

# Boletín de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba



Abril a Septiembre 1933  
Año X • Número 38

## SUMARIO

	Páginas
I.—La Semana Cordobesa.....	69
II.—Discurso inaugural, por <i>José Amo Serrano</i> .....	71
III.—Cordobeses que intervinieron en el descubrimiento, conquista y colonización del Perú, por <i>José de la Torre y del Cerro</i> .....	77
IV.—Estudios Cordobeses, por <i>José Manuel Camacho Padilla</i> ...	125
V.—Conferencia de don Rafael Castejón.....	139
VI.—Un Poeta en la sombra, por <i>José Priego López</i> .....	141
VII.—Cordobeses ilustres: Obra póstuma del Médico montillano Doctor Solano de Luque y las crisis en Medicina, por <i>José Salas Vacas</i> .....	203
VIII.—Una tradición cordobesa: El Doble de Cepa, por <i>Angel Torres</i> .....	219
IX.—Ideales sociales de Séneca, por <i>Pascual Santacruz</i> .....	225
X.—El Poeta don Pedro de Lara, por <i>Benigno Íñiguez González</i> .....	235
XI.—Semana Cordobesa, por <i>José Manuel Camacho Padilla</i> ....	251
XII.—Antología de Córdoba.....	255

### CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN

*D. José de la Torre y del Cerro*, Presidente.

*D. Antonio Carbonell*, *D. Antonio Gil Muñiz* y *D. José Manuel Camacho Padilla*, Vocales.

#### PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Diez pesetas al año.—Número suelto, tres pesetas.

# BOLETIN

de la



## Academia de Ciencias

### Bellas Letras y Nobles Artes

- - - - - DE CORDOBA - - - - -



Año XII

Abril a Septiembre 1933

Núm. 38



1933

Tipografía Artística.—San Alvaro, 17  
CORDOBA



# Boletín de la Academia

de

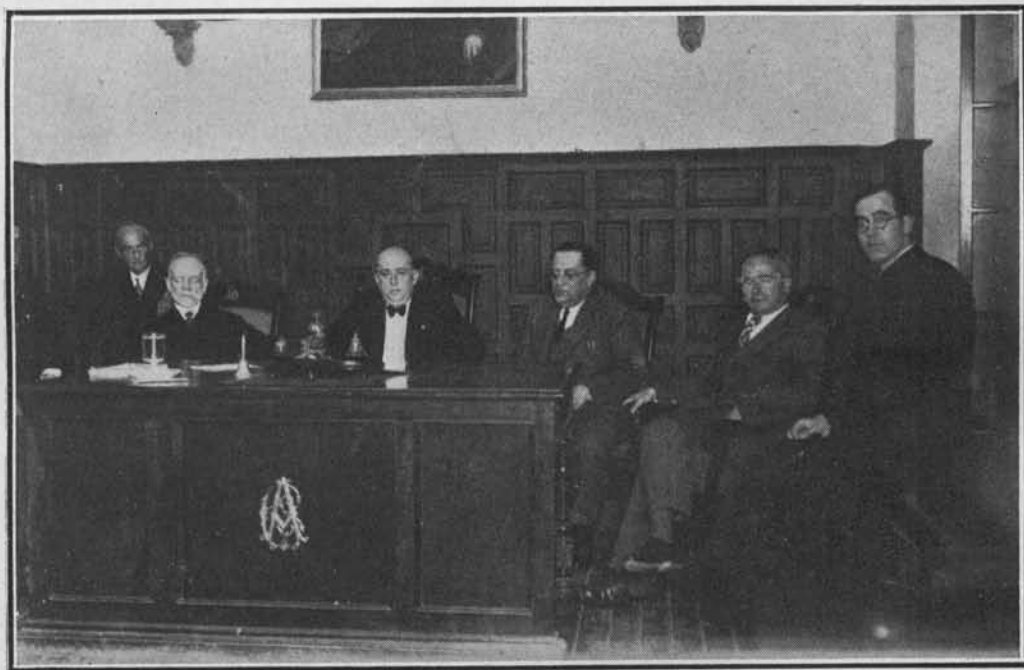
## Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba

AÑO XII

ABRIL A SEPTIEMBRE 1933

NÚM. 38

## SEMANA CORDOBESA



Presidencia de la Academia en la inauguración de la Semana Cordobesa

De izquierda a derecha: el académico D. Angel de Torres, el Director de la Academia, D. José Amo; el Alcalde de Córdoba, D. Francisco de la Cruz Ceballos, y los académicos D. José Priego López, D. José M. Camacho Padilla y D. Rafael Gálvez



# La Semana Cordobesa

---

Se ha llevado a cabo la primera «Semana Cordobesa». Hé aquí el proceso de su preparación y el resultado, que la Academia se complace en fijar en las páginas de su BOLETÍN.

\* \* \*

En la sesión celebrada el día 26 de Noviembre de 1932, se presentó por el Académico don José M. Camacho Padilla, el siguiente proyecto:

«Con el fin de llamar la atención del espíritu de las gentes de Córdoba sobre la labor que es preciso realizar para llegar al conocimiento de nuestra ciudad y de nuestra provincia, y que en parte es el propósito de nuestra Academia, que desde hace largos años se afana en conseguirlo, he creído que tal vez sería conveniente que la Academia celebrase todos los años una «Semana Cordobesa». En ella se procuraría que se desarrollasen por seis señores Académicos diversos puntos unidos a nuestra historia, y en los que se procuraría reflejar el resumen de los trabajos llevados a cabo en el año anterior, las nuevas aportaciones o trabajos de investigación que pudieran contribuir al desenvolvimiento de la ciencia.

Unificados así por el nexo de la ciencia y de la fiesta que se celebraba, todos los esfuerzos, tal vez conseguiríamos despertar en las gentes el deseo de ayudarnos en nuestra labor, pues de todos es conocido que por mucho que sea nuestro esfuerzo, nunca será bastante a igualar el trabajo que el esclarecimiento que nuestra historia reclama.

No creo que fuera para los señores Académicos una carga más, pues sordamente ya contribuiremos todos, todos, en la medida de nuestras fuerzas, a este proceso de cultura, trayendo nuestra labor a nuestra casa. Tampoco se trata de satisfacer una vanidad nuestra.

Se trata sólo de dar a estos trabajos, no mayor empaque, que ninguno de nosotros pretendemos, sino un mayor radio de difusión con el fin de inclinar al estudio aquellas personas que por no haberse visto

# DISCURSO INAUGURAL

---

SEÑORAS Y SEÑORES:

Nuestra secular Academia trabaja sin descanso para esclarecer su historia y para justificar la protección que le dispensan los centros oficiales desde hace algún tiempo. Pero trabaja ordinariamente sin exteriorizar sus asíduas tareas, y para muchos sólo es un cuerpo consultivo en determinadas circunstancias. Para demostrar su actividad y hacer conocer, a el que se interese por nuestra labor cotidiana, y no se limite a hojear nuestro BOLETÍN o tener noticia lejana de nuestros actos, los señores Académicos, mis queridos compañeros, y por iniciativa de don Manuel Camacho Padilla, han tenido la idea de dedicar una semana cada curso a hacer públicos nuestros trabajos, dándolos a conocer de una manera sumaria y como una recapitulación final de lo hecho en el transcurso de los meses dedicados a su mayor actividad.

Durante algún tiempo, la Academia ha dirigido, en atención a fomentar su biblioteca, con preferencia a todo lo que se refiere a Córdoba y a escritores cordobeses; sin duda que todavía nos falta algo por hacer en este sentido, pero con lo ya conseguido nos esforzamos en acrecentar datos para la historia de nuestra querida ciudad, tan interesante en todos sus aspectos, y en donde no nos guía una curiosidad juvenil, sino donde se puedan investigar y hallar datos interesantes para las letras, la filosofía y hasta para el gobierno de la sociedad humana.

Con miras a este fin se ha pensado en la semana que se inaugura hoy, y por eso la llamamos «Semana Cordobesa». Los asuntos que han de tratarse en ella se refieren sólo a Córdoba, y pensamos que en años sucesivos se siga laborando en esta vía, con todos los medios que estén a nuestro alcance, y con todo el ardor de que pueden disponer los elementos jóvenes que actúan, con los que ya disponemos sólo de una buena voluntad.

Con lo dicho he cumplido mi cometido; he dado cuenta de la razón y el objeto de esta «Semana Cordobesa», sus aspiraciones modestas, todas dirigidas y dedicadas a nuestra querida ciudad; pero os ruego me dis-



solicitadas o por ignorancia o por conocimiento débil, no acuden con su ayuda a nuestro llamamiento.

Quiero también indicar que de aceptarse este proyecto debía fijarse la celebración de esta «Semana Cordobesa» en la primera quincena del mes de Mayo, y podría servir para que con ella diésemos por terminada nuestra labor del curso, y así, con dos fiestas solemnes, podríamos limitar nuestro período de trabajo colectivo.

Y en el deseo de contribuir a que esta fiesta tuviera lugar este mismo año, me permito adelantar el siguiente programa, que pudiera tener lugar en Mayo de 1933:

«Colón en Córdoba», José de la Torre.

«La escultura en Córdoba», Rafael Castejón.

«Literatura cordobesa», J. M. Camacho.

«El arte en la platería», J. M. Rey.

«Prehistoria cordobesa», Antonio Carbonell.

«El arte del Renacimiento en Córdoba», Vicente Orti.

La Academia acordó invitar a dichos señores para que contribuyan al desarrollo de esta «Semana Cordobesa».

En la sesión celebrada en 25 de Marzo de 1933, se acordó definitivamente este programa:

Mayo, lunes 1.—Don José Amo Serrano, Director, «Discurso inaugural».

Don José de la Torre y del Cerro, «Cordobeses que intervinieron en el descubrimiento, conquista y colonización del Perú». Lectura de poesías cordobesas.

Martes 2.—Don José M. Camacho Padilla, «Literatura Cordobesa». Lectura de poesías cordobesas.

Miércoles 3.—Don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, «La escultura en Córdoba». Lectura de poesías cordobesas.

Jueves 4.—Don José Priego López, «Un poeta en la sombra».

Viernes 5.—Don José Salas Vacas, «Obra póstuma de Solano de Luque y la crisis en Medicina». Don Angel de Torres e Illescas, «Una tradición cordobesa».

Sábado 6.—Don Pascual de Santacruz, «Ideas sociales de Séneca». Don Benigno Iñiguez González, «El Poeta Pedro de Lara». Clausura de la «Semana».



penséis que, aprovechando esta ocasión, explane mis sentimientos sobre el pasado y presente de Córdoba, y hasta me atreva a hacer un paralelo entre los tiempos que por mí mismo he podido observar, no sin conceder de antemano que en todas las cosas humanas hay varios aspectos, y que según sean mirados éstos, nos impresionan y nos conmueven. La razón y el interés absoluto existe para muy pocas cosas.

Nuestra época es de agitación y de lucha; aunque siempre la humanidad ha presentado el triste, aunque grandioso espectáculo de las guerras y el incesante batallar con que los pueblos y los individuos se ocupan, tal vez en nación alguna hayan llegado estos disturbios a la proporción aterradora con que se sufre al presente. Por eso no es de extrañar que espíritus cansados de presenejar esta contraposición de ideas, de opiniones y de intereses, vuelvan la vista al pasado y recuerden con amor las dulzuras de una ciudad tranquila y apacible como lo ha sido Córdoba en tiempo todavía no muy lejano.

En esta ojeada retrospectiva no me propongo bosquejar la Córdoba romana, con sus monumentos suntuosos y la gloria de sus guerreros, frente al heroísmo de los primitivos pueblos hispanos. No voy a recordar ese período casi ignorado en que los visigodos sostuvieron tantas luchas religiosas y políticas; tampoco me hallo con fuerzas, por otra parte harto lo sabéis, para pintar la fastuosa corte de los Califas, ni esas persecuciones con los cristianos, que produjeron tantos mártires gloriosos. Mis observaciones han de referirse a una época más cercana a nosotros, a la Córdoba que vemos agonizar, y de la que tenemos recientes recuerdos todavía en sus antiguas calles, y su ambiente melancólico y lleno de poesía.

Todavía, y esto durará siempre, tenemos el espectáculo grandioso, cuyas emociones serán eternamente el encanto de las almas elevadas, la contemplación de conjunto de este valle maravilloso y sin rival. Subid a las cumbres de nuestra sierra, y ora asistais a una salida de sol, cuando la luz empieza a alegrar el horizonte, o ya cuando el ocaso va borrando las alegrías del día y los incendios del poniente con sus tintas calientes nos extasían y arrebatan, examinad el panorama que se desarrolla a nuestra vista, y mirad a nuestra ciudad entre ondulante verdor evocando los recuerdos que atesora en su seno. Con razón se lamentaba cierto personaje árabe, cuando fué expulsado de Córdoba, al llegar a las alturas de los Visos, y perder para siempre las delicias de que había gozado.

No me detendré, ya otros lo han hecho con buena fortuna, en describir las alegres huertas de la sierra, pero antes de abandonar estos lugares deliciosos, ya empezamos a experimentar algo de las tristezas comparativas que son el objeto de estos apuntes. A los espesos montes y

apretados pinares donde se albergaba tanta caza, han sucedido desiertos eriales y rocas peladas donde la codicia de los hombres ha devastado sin piedad antiguos y hasta seculares árboles. Pero acerquémonos a nuestra ciudad y recreémonos un poco en sus alrededores encantados; los barrios del lado oriental, sitios históricos y de múltiples recuerdos van cada día perdiendo su importancia; el Betis resbala tranquilamente entre huertas y cañaverales; los templos de estos lugares son cada día más olvidados, algunos ya casi completamente destruidos, y la vida se extiende más por el lado occidental, siguiendo el camino que le traza las necesidades de la época. Por donde quiera que dirijais vuestros paseos hallareis recuerdos, ya históricos, ya religiosos que recrearán vuestra mente, bien con los hechos gloriosos de nuestros antepasados, o con las obras del arte y del entendimiento. Nombrar todos los sitios interesantes de los alrededores de Córdoba, hacer una indicación de los santuarios y lugares donde nuestros padres y antepasados tenían sus recreos y sus dichas completas, sería demasiado prolijo y seguramente fuera de propósito aquí.

Penetremos al fin dentro del recinto de la ciudad; los que se interesan solo por el adelanto material de una población, seguramente se impresionaron favorablemente al contemplar nuestras calles modernas, tiradas a cordel, con edificios altos y con el ruido y el movimiento que trae consigo el batallar incesante que caracteriza la moderna lucha por la vida. Esto seguramente satisface por completo los gustos de muchos, pero yo ante este movimiento y este cuadro de agitación, me complazco en traer a mi memoria la Córdoba de otros tiempos, con sus calles silenciosas y estrechas, y en los que todavía quedan algunos ejemplos. En la época a que me refero el transeunte marchaba protegido de los ardores del sol entre vías estrechas y tortuosas percibiendo el aire fresco y embalsamado que salía de los patios entoldados. El silencio permitía oír nuestras pisadas o las de algún caballo digno heredero de célebres antepasados que con sus aires voluptuosos y llenos de gracia pisaba por el empedrado. En las muchas y poéticas callejitas, que cada una parecía una casa de vecindad alegre alegre y tranquila, crecían en el suelo plantas típicas de estos lugares, y donde los niños jugaban alegremente con una cabrita blanca. Ahora ¡qué diferente cuadro! el silencio ha sido reemplazado por las bocinas ensordecedoras de los vehículos modernos; los olores de jazmines y nardos que exhalaban los patios, por las molestias emanaciones de la gasolina, y en cada instante tiene el transeunte la vida en peligro, por lo que hay que marchar con mil cuidados para defenderla.

Estas calles típicamente cordobesas, tienen para sus buenos y antiguos

habitantes un encanto singular; el que sepa sentir las y comprenderlas, el observador que no sea superficial o vulgar, no dejará de hallar un cierto sentimiento de bienestar y de sosiego, y cuando se consideren en conjunto con sus casas bajas y bañadas de sol, dotadas de múltiples y pequeñas ventanas, rodeando su antigua mezquita, hacen la impresión de una familia modesta, que guarda con orgullo una antigua imagen o alhaja de familia, y que enseña con orgullo y satisfacción.

Detengámonos un momento ante el atractivo de nuestras casas antiguas; su amplitud permitía buscar un sitio agradable y adecuado para cada estación, y siempre se tenía a la vista un recreo saludable, gozando las delicias de un patio. Muchas personas no se detienen a pensar lo que vale un patio; un viajero italiano ha pintado, de mano maestra, sus encantos. En esta mezcla de jardín, de sala y de taller doméstico, la familia reunida trabaja cómodamente; los niños juegan y alegran el lugar, y la fuente y las plantas que lo embellecen recrean nuestros sentidos más nobles.

Hagamos una comparación con nuestras casas modernas; encajonadas en un estrecho piso se acumulan multitud de familias, que no disponen apenas del espacio necesario para moverse. Reciben una luz insuficiente cuando les permite el tiempo abrir los claros de que disponen; los ruidos de los pisos inmediatos; los motores y talleres vecinos impiden muchas veces el necesario descanso, y desde todos los puntos llegan a nuestro olfato los olores nada poéticos de ciertas prosaicas oficinas. Reflexionen bien todos los que nos quieren ofuscar con reglas de higiene, que yo me atrevo calificar de mal entendidos en ocasiones, ante el cuadro real y el contraste que puede observarse entre la Córdoba actual y la de nuestros antepasados, y si hacemos extensivos estos pormenores a las relaciones sociales, recordad, siquiera sea someramente, los múltiples establecimientos benéficos que existían antes, y que ahora agonizan o están destruidos, sostenidos solamente por la caridad y la filantropía de los cordobeses.

A los que califican de atrasada nuestra población de hace siglos, me permito recordarles que dentro de ese recinto oscuro y melancólico han vivido Gongora, Céspedes, Antonio del Castillo, Valdés Leal, el Duque de Rivas, Muñoz Capilla y tantos otros que pudiera citar, y que hasta en las armas, como Diego León, han puesto muy alto el nombre de nuestra amadísima ciudad. Ahora, y en la época reciente de nuestra febril actividad, ignoro si hay hombres de la altura de los citados, para consolarnos de la lejana ausencia.

No olvidéis tampoco, señores, el lado industrial y comercial de Córdoba, el que hoy tanta importancia se atribuye. Antes, es cierto que no

existían ferrocarriles, ni industrias metalúrgicas, ni algunas otras derivadas de las necesidades actuales, pero actuaban con intenso movimiento la industria de la seda, la platería, con sus artífices célebres, los cueros, los tejidos y otras muchas que ocupaban infinidad de familias enteras, en número considerable, si se atiende a la población de entonces.

No desconozco que cuanto acabo de decir tiene sólo un aspecto, que es el de mis impresiones íntimas, y que es susceptible de muchas y serias advertencias; más argumentos sólo serán valederos para aquellos que viven la vida del espíritu solamente, y tienen en su mente y en su corazón la Córdoba que yo echo de menos, con sus leyendas poéticas y sus recuerdos interesantes e imperecederos; pero después de lo dicho tan sumariamente puede establecerse una cuestión que quizá interese a todos. ¿Los habitantes actuales de Córdoba viven mejor y más felices que nuestros antepasados? Difícil será responder cumplidamente a esta pregunta. La persecución de la dicha es seguramente el fin y objeto de todos los actos del hombre; se ha reconocido por todos los psicólogos y pensadores más notables, que la felicidad no viene del exterior; es cosa subjetiva que solo puede tener origen en las sanas prácticas de la moral y del bien, ni el dinero, ni los placeres fugaces, que están al borde del vicio, proporcionan otra cosa que cuidados, decepciones y si acaso desengaños saludables. *Mi pequeño cuerpo está cansado áe este mundo.* «Se que lo que a todos nos falta es la paz interior» ha dicho un escritor célebre; pues bien si se miden y contrapesan todas estas razones, no creo fácil en la Córdoba actual hallar el reposo y la dicha; las agitaciones crecientes a que estamos sometidos; las luchas enconadas y la malquerencia de los hombres aumentando sin cesar, hacen volver la vista a nuestras casas tranquilas y apacibles, con sus patios, sus huertos y su ambiente embriagador.

He dicho.

JOSÉ AMO.





# Cordobeses que intervinieron en el descubrimiento, conquista y colonización del Perú

---

CONFERENCIA DE D. JOSÉ DE LA TORRE

*Día 1.º de Mayo de 1933.*

SEÑORAS Y SEÑORES. SEÑORES ACADÉMICOS:

Las tres grandes empresas militares realizadas por los españoles en América durante el siglo XVI, fueron la conquista de Méjico, la del Perú y la del Nuevo Reino de Granada, hoy República de Colombia. En las tres tomaron parte gran número de cordobeses, y muchos de calidad, sobre todo en la última, cuyo caudillo fué el famoso licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, natural de Córdoba y no granadino, como he de probar cumplidamente en un trabajo que preparo. Acaso me ocupe de él y de sus heroicos compañeros de armas cordobeses en la conferencia del próximo año. Esta, como está anunciado, la he de dedicar tan sólo a los que intervinieron en el descubrimiento, conquista y colonización del Perú.

Pasan de un centenar los conocidos e identificados por mí hasta el presente; y aunque algunos no nacieron en Córdoba o pueblo de esta provincia, por su origen, enlaces familiares o residencia también pueden considerarse como paisanos nuestros, y desde luego algo de nuestra sangre y de nuestro espíritu llevaron a tierras americanas. De la mayor parte de ellos y de sus inmediatos parientes, he recogido noticias y encontrado numerosos documentos en mis investigaciones por archivos y bibliotecas, que permiten poner en claro su verdadera filiación, su condición social y, en ocasiones, hasta los motivos que les impulsaron a expatriarse; y fijar también la fecha, por lo menos aproximada, de su paso al Nuevo Mundo, y las empresas en que figuraron como actores, o los cargos u oficios que por allí desempeñaron.

Escritas traigo aquí sus respectivas notas biográficas, y algunas de ellas,

las de los más sobresalientes o destacados, como ahora se dice, he de dáros-las a conocer; pero como su simple lectura, aisladamente considerados, nada o bien poco os diría, si no situara antes a los personajes dentro del marco o en el escenario y momento de su actuación, me ha parecido, no tan sólo conveniente, sino de todo punto necesaria la exposición histórica, aunque sea a grandes rasgos y sin apurar detalles, de la magna empresa del descubrimiento y conquista del imperio de los Incas y de los países a él anexos, y en un principio dependientes del virreinato del Perú, como fueron los actuales de Bolivia y Chile.

\* \* \*

Las primeras noticias acerca de la existencia del imperio de los Incas, las tuvieron los españoles hacia el 1511, por el cacique panameño Comagre. Cuatro años después, en el de 1515, el gobernador de Tierra Firme don Pedro Arias de Avila, envió una expedición a las islas de las Perlas, en la cual figuraban Francisco Pizarro y Diego de Almagro, que recogieron de los naturales de aquellas islas interesantes informes sobre las riquezas del Perú. Entonces, Vasco Núñez de Balboa, yerno de Pedrarias, organizó otra para su conquista, alcanzando con sus dos carabelas el puerto de Piñas, veinte leguas al S. del golfo de San Miguel. En 1522, Pascual de Andagoya, regidor de Panamá, intentó la misma empresa y pudo llegar hasta el río Virú.

Dos años más tarde, en Noviembre de 1524, se concertaron Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Hernando de Luque (1), vicario de Panamá, cordobés según afirma algún historiador, a fin de llevar a cabo la empresa de descubrir y conquistar el Perú, para cuyos gastos aportó el último 20.000 pesos. Diego de Almagro se quedó en Panamá para completar el alistamiento de gente; y Francisco Pizarro, en una pequeña carabela y con 8 hombres, inició la jornada, llegando hasta el río Virú, cuyo curso remontó un par de leguas, continuando luego por mar hacia el S. un largo trecho, hasta que las tormentas y vientos contrarios le obligaron a refugiarse en Chicamá. Entretanto, Diego de Almagro, que con otra carabela y 60 hombres se había dado a la vela en demanda de su compañero, desembarcó junto a Puerto Quemado, en cuyo asalto recibió una grave herida, de la cual quedó tuerto; y prosiguiendo luego su viaje hacia el S., llegó hasta el río San Juan, y no encontrándolo por parte alguna, dió la vuelta a Panamá, donde ya estaba de regreso Francisco Pizarro.

Merced a los buenos oficios de Hernando de Luque, el gobernador Pedrarias Dávila les concedió permiso para una nueva expedición. Surgie-



ron entonces entre Pizarro y Almagro, sobre la primacia en el mando, peligrosas envidias y diferencias, que nunca llegaron a desaparecer del todo y tantas perturbaciones y luchas fatricidas ocasionaron años más tarde; pero al fin Luque pudo avenirlos, y el día 10 de Marzo de 1526 se ajustó entre los tres el célebre contrato, del cual arranca el verdadero principio del descubrimiento y conquista del imperio de los Incas. Se adquirieron dos carabelas, mayores y mejores que las utilizadas en la anterior, y se alistaron hasta 160 hombres, entre ellos el notable piloto Bartolomé Ruiz, que condujo la expedición hasta el río San Juan. Pizarro desembarcó con parte de la gente y se apoderó de uno de los poblados ribereños; y con el bote recogido, dispuso la vuelta de Almagro a Panamá con una de las naves, en tanto que Bartolomé Ruiz, con la otra, continuaba el reconocimiento de las costas hacia el S., en el cual llegó hasta bastante más abajo de la bahía de San Mateo, tocando de paso en la isla del Gallo. A poco de volver Bartolomé Ruiz a donde le aguardaba Pizarro, llegó Almagro con provisiones y un refuerzo de soldados, y los tres juntos reanudaron el viaje de exploración hasta dar vista a la bahía de San Mateo.

Cuando las dos carabelas fondearon en el puerto de Tacámez, se encontraron los españoles con una ciudad de calles arregladas y de numerosos y muy poblados arrabales. Esto, y la presencia de innumerables indígenas armados y en actitud belicosa, les hizo considerar ser empresa muy arriesgada la de acometer la conquista de aquel territorio con tan poca gente y escasos recursos. Después de agrias y violentas disputas entre Pizarro y Almagro, se decidió que éste volviese a Panamá con uno de los barcos en busca de refuerzos, y que Pizarro esperara su regreso en la isla del Gallo. Los que con éste hubieron de quedarse mal de su grado y ya hartos de tantas andanzas, consiguieron esconder dentro de un ovillo de algodón, de los que se remitían con Almagro como muestra de los productos del país, un mensaje firmado por varios de ellos, en el que imploraban del gobernador de Tierra Firme enviase un barco para recogerlos y salvarlos de una muerte segura.

A la sazón lo era don Pedro de los Ríos (2), ilustre caballero natural de Córdoba. La carta cayó en manos de su esposa doña Catalina de Saavedra (3), cordobesa, la cual se la entregó a su marido. Este dispuso la inmediata salida de dos buques al mando del capitán Juan Tafur (4), cordobés también, para recoger a los refugiados en la isla del Gallo. A su llegada fueron saludados con exclamaciones de júbilo por la gente de Francisco Pizarro. Tomó entonces éste una resolución heroica. Vista la

orden que Juan Tafur traía del gobernador de Tierra Firme, obedeciola; y antes de ser ejecutada, sacó la espada y con ella trazó de E. a O. una raya en la arena, y volviéndose a sus soldados y señalando hacia el S., les dijo: «Esta parte es la de la muerte, de los trabajos, de las hambres, de la desnudez, de los aguaceros y desamparos; la otra, la del gusto. Por aquí se va a Panamá a ser pobres; por allá al Perú a ser ricos. Escoja el que fuere buen castellano lo que más bien le estuviere». Diciendo ésto pasó la raya, y tras él Bartolomé Ruiz, Pedro de Candía y once valientes más. Regresó Juan Tafur con los restantes a Panamá. De la isla del Gallo trasladáronse Pizarro y sus trece compañeros a la de Gorgona; y con la caza, la pesca y el poco maíz que les dejó Juan Tafur, se sostuvieron a duras penas durante cinco meses, hasta que regresó la carabela de Almagro con víveres, pero sin refuerzo de soldados. Con ella volvió Pizarro a navegar hacia el S.; tocó entonces en Tumbes y llegó hasta Santa. Luego dió la vuelta y regresó a Panamá al cabo de casi tres años de ausencia.

Resolvieron entonces los tres socios que Francisco Pizarro en persona viniera a España a pedir concesiones y obtener recursos para la conquista. Al desembarcar en Sevilla fué preso a requerimiento de un antiguo acreedor. Puesto en libertad se encaminó a Toledo en demanda del Emperador Carlos V, que le hizo un afectuoso recibimiento y recomendó eficazmente su asunto al Consejo de Indias; y el 26 de Julio de 1529 se ajustaron las famosas capitulaciones, que aseguraron a Francisco Pizarro el derecho y prioridad al descubrimiento y conquista del Perú o reino de Nueva Castilla, como en ellas fué denominado. Recogió en Trujillo a sus hermanos Francisco Martín de Alcántara, Hernando, Gonzalo y Juan Pizarro, y dióse a la vela en el puerto de Sanlúcar el día 19 de Enero de 1530. Entre los varios dominicos que le acompañaron en este viaje se encontraba un paisano nuestro, fray Tomás de San Martín, que andando el tiempo había de ser una de las figuras más preeminentes del Perú,

Al punto que arribó a Tierra Firme, empezaron los preparativos para la expedición, de cuyo mando había de encargarse personalmente. Su compañero Almagro debía quedarse en Panamá para recoger los refuerzos que se esperaban de Nicaragua.

En Enero de 1531 partió Francisco Pizarro del puerto de Panamá con tres buques, 185 soldados, varios esclavos negros y 27 caballos. Al llegar a la habia de San Mateo desembarcó con sus tropas para seguir el camino por tierra, mientras las naves, guiadas por Bartolomé Ruiz, seguían su rumbo al S. pegadas a la costa. En Puerto Viejo se le incorporó Se-

bastián de Belalcázar con un barco y 30 hombres. Adelantaron luego todos hasta el golfo de Guayaquil, cerca de Tumbes, de donde se trasladaron a la isla de Puná, que Pizarro pensaba utilizar como base de operaciones para la conquista del ya próximo territorio del Perú. Atacados continúa y furiosamente por los habitantes de la isla, los españoles llegaron a verse en grave aprieto; mas por fortuna llegaron entonces dos buques con un refuerzo de 100 hombres y bastantes caballos, al mando de Hernando de Soto, que tanto hubo de señalarse por su valor y dotes militares en la conquista del imperio de los Incas.

Durante su estancia en la isla de Puná, pudo adquirir Pizarro interesantes y muy útiles informes sobre la situación del Perú. Por ellos vino en conocimiento de las disensiones entre Atahualpa, que se había adueñado del trono, y los partidarios de Huascar, el legítimo soberano, reducido a prisión por aquél, y trató de aprovecharse de ellas en beneficio propio, apoyando a los vencidos contra el usurpador y sus odiados generales. En Mayo de 1532 partió de Tumbes y alcanzó el río Piura, en cuyas orillas fundó a San Miguel y se detuvo algunos meses. Dejando en San Miguel de Piura a Sebastián de Belalcázar y gran parte de los expedicionarios, con sólo 102 infantes, 62 jinetes y dos pequeñas piezas de artillería, reanudó la marcha a fines de Septiembre de aquel mismo año. Al llegar a Cajamarca recibió un mensaje de Atahualpa, anunciándole su viaje a dicha ciudad para entrevistarse con él. Pizarro concibió entonces una idea temeraria: la de apoderarse del Inca a viva fuerza; y al entrar el soberano peruano en la desierta plaza de Cajamarca al frente de sus nobles y de varios millares de guerreros, los españoles salieron de sus escondites y se lanzaron de improviso sobre los desprevenidos indios, causando en ellos una horrible matanza y apoderándose de Atahualpa. Este, para conseguir su libertad, ofreció a los españoles llenarles de oro y plata una habitación contigua al alojamiento que se le había dado como cárcel, tomándose un plazo de dos meses, que le hubieron de prorrogar. En esto, a mediados de Abril de 1533, llegó a Cajamarca Diego de Almagro con un refuerzo de 150 soldados, 50 caballos y bastantes provisiones de boca y guerra.

En estos dos años, unos con Francisco Pizarro y otros con Diego de Almagro, pasaron a la conquista del Perú el capitán Sebastián de Belalcázar (5), ya mencionado, natural de la villa del mismo nombre; Diego de Mora (6), Gabriel de Rojas (7) y Cristóbal Ceballos (8), de la de Bujalance; Antonio de Heredia (9), de Adamuz; Sancho de Valenzuela (10),

de Arjonilla, que se casó con una cordobesa; Francisco de Godoy (11), natural de Ubeda, pero de padre cordobés; Alonso Fernandez de Mesa (12), de madre cordobesa, nacido en Toledo; y Pedro de los Rios (13), Francisco de Cárdenas (14), Gonzalo de Pineda (15), Alonso de Sevilla (16), Pedro de Cabrera Páez de Sotomayor (17) y Martín Yáñez Tafur (18), los seis cordobeses. Estos dos últimos se quedaron con Sebastián de Belalcázar.

Atahualpa entregó al fin por su rescate una cantidad de oro y plata tan considerable, que ha sido valuada en más de cien millones de pesetas. Enseguida reclamó su libertad, según lo convenido; pero entonces, echados a volar por un intérprete indígena llamado Felipillo, comenzaron a esparcirse entre los soldados rumores alarmantes sobre un levantamiento de los indios contra los españoles; y declarado culpable Atahualpa de ser el fomentador del movimiento, fué condenado a muerte y ejecutado en Cajamarca el 29 de Agosto de 1533. Uno de sus jueces fué el capitán Diego de Mora.

Huascar ya había muerto, asesinado por orden de su rival; Manco, su hermano, se hallaba muy lejos, en el Cuzco, y además no eran conocidas sus intenciones respecto a los españoles. Por ello se decidió Pizarro a designar por sucesor de Atahualpa en el trono a su hermano Túpac Hullpa; y acompañado del nuevo monarca, de su general Chalcuchima y al frente de 500 soldados, salió de Cajamarca en los primeros días de Septiembre, y por la magnífica calzada de los Incas se encaminó al Cuzco. En todo el trayecto los indígenas, que veían en Pizarro un libertador, lo acogieron con muestras de simpatía y amistad. Durante su estancia en Jauja falleció Túpac Hullpa; y atribuída la muerte a su propio general Chalcuchima, en castigo fué quemado vivo al llegar a Xaquixaguana.

En el Cuzco, capital entonces del Perú, también fueron recibidos los españoles con gran entusiasmo; y Pizarro hizo coronar al príncipe Manco, hermano de Huascar, por emperador de los peruanos. Organizó el gobierno de la ciudad, nombrando ocho regidores y dos alcaldes, que lo fueron sus hermanos Juan y Gonzalo. A poco Quisquiz, uno de los generales del difunto Atahualpa, con los restos del ejército de éste, se dirigió hacia el Cuzco para atacar a los invasores. Contra él envió Francisco Pizarro un cuerpo de tropas españolas al mando de Diego de Almagro, y otro de indígenas, a cuyo frente se puso el propio Manco. La campaña fué dura y difícil en región tan montañosa como aquella; pero al fin se libró un combate decisivo, con la derrota de Quisquiz, en las inmediaciones de Jauja.

Apenas libre de éste, surgió para Francisco Pizarro un nuevo peligro. Por el Norte se presentó en son de conquista, procedente de Guatemala y con un brillante y aguerrido ejército, el famoso Pedro de Alvarado, con ánimos de disputarle los frutos de su empresa. Alarmado por la noticia, salió del Cuzco con un cuerpo de tropas para rechazar al invasor; pero hubo de adelantársele Diego de Almagro, y al llegar a Pachacamac recibió la muy grata del convenio que había hecho con Alvarado, por el cual éste cedió sus barcos, tropas, municiones y víveres a cambio de 100.000 pesos. Conjurado el peligro, se encaminó entonces Pizarro hacia la costa, y a orillas del Rimac y a 15 kilómetros de su desembocadura, fundó el 6 de Enero de 1535 la ciudad de Lima, a la que dió el nombre de Los Reyes.

Con Pedro de Alvarado entraron a la conquista del Perú en el año 1534 los hermanos Pedro de los Ríos (19) y Diego Gutiérrez de los Ríos (20), sobrinos carnales del que fué gobernador de Tierra Firme don Pedro de los Ríos; Francisco Gutiérrez (21) y Luis de Castillejo (22), cordobeses los cuatro, y Gonzalo Silvestre (23), natural de Valencia de Alcántara, que luego fué vecino de Posadas. Con ellos pasaron también al Perú Sebastián Garcilaso de la Vega y Vargas, futuro padre del historiador Garcilaso de la Vega el Inca, y su hermano Juan de Vargas.

Conocidas y divulgadas las noticias del descubrimiento y de sus asombrosos resultados, se produjo una gran corriente emigratoria de aventureros hacia aquellas tierras. Por centenares se cuentan los que entre este año de 1534 y el siguiente pasaron a su conquista y población; y entre ellos el dominico fray Tomás de San Martín (24), ya citado; Alonso de Córdoba y Montemayor (25), sevillano, pero de familia cordobesa; Antonio de la Madriz (26), vizcaíno, vecino de Córdoba y luego veinticuatro de ella; Martín de Solier (27), Francisco Pérez de Quesada (28) y sus primos Diego de Uceda (29) y Alonso de Uceda (30); Juan de Godoy (31), Hernando de Arias (32), Juan del Puerto (33), Pedro de Montoya (34) y Alonso Gutiérrez (35), todos naturales de esta ciudad.

Por entonces le llegó también a Diego de Almagro el nombramiento de Adelantado y gobernador de los territorios que conquistase al Sur del Perú. Se dirigió al Cuzco e hizo dueño de la ciudad, por considerarla comprendida en su jurisdicción, y a punto estuvo de romper con Francisco Pizarro. Hechas las paces, a mediados del año 1535 partió del Cuzco para la conquista de Chile al frente de varios millares de indios auxiliares y de unos 500 españoles, entre los que figuraban Francisco Pérez de

Quesada, Martín de Solier y Alonso de Córdoba y Montemayor. Los expedicionarios siguieron el borde occidental de la meseta boliviana, y por el paso de San Francisco atravesaron los Andes y bajaron al valle de Copiapó, prosiguiendo luego su camino hasta el Maipú. La escasez de víveres y un invierno en extremo riguroso, hizo fracasar la empresa; y a fines de 1536, concentrados en Copiapó, emprendieron su vuelta al Perú, alarmados por las noticias que de allí recibieron sobre los graves sucesos que voy a referir.

Apenas Diego de Almagro abandonó la ciudad del Cuzco, volvieron a ella los hermanos de Francisco Pizarro y comenzaron a perseguir a los indígenas, y concluyeron por meter en la cárcel al monarca peruano, por sospechoso. Este pudo evadirse de su prisión y levantó al país en armas contra los dominadores. Fué un momento verdaderamente crítico para ellos, pues Manco no carecía de valor ni de dotes militares y había aprendido sus métodos de combate, lo que le hacía mucho más peligroso y temible. A orillas del Yucay se libró el primer encuentro entre los peruanos y un cuerpo de españoles mandados por Juan Pizarro. A los dos días de pelea, Juan Pizarro emprendió la retirada hacia el Cuzco, llamado por su hermano Hernando, que no podía contener a los indios que habían caído sobre la ciudad y en gran parte eran ya dueños de ella. Manco envió otros dos ejércitos contra la ciudad de Jauja y la de Lima, donde estaba Francisco Pizarro. Tan apurada vió éste la situación, que a toda prisa pidió refuerzos a Panamá, Guatemala y Santo Domingo. Pudo, por su parte, rechazar a los indios, mandados por Titu Yupangui; pero en el Cuzco su hermano Juan caía muerto en la lucha; y Hernando se hallaba reducido al último extremo, después de cinco meses de asedio, cuando a marchas forzadas llegó Diego de Almagro con su gente y pudo conseguir que los indios levantaran el cerco y se retirasen.

Durante estos sucesos debieron pasar al Perú Francisco de Villagrá (36) y su primo Pedro de Villagrá (37), naturales de Bujalance. Por entonces o poco después llegarían también a tierras peruanas el capitán Francisco de Cabrera y Godoy (38), Alonso Pérez de Cea (39) y Pedro Muñiz de Godoy (40), cordobeses los tres, y Francisco de Velasco (41), natural de Bujalance.

El día 8 de Abril de 1537 entró Diego de Almagro en el Cuzco de regreso de su fracasada expedición a Chile, y tomó posesión de la ciudad, expulsando de ella a Hernando y a Gonzalo Pizarro. Esto produjo su rompimiento con Francisco, cuyas tropas fueron vencidas en las inmedia-

ciones de la capital incaica. Vinieron luego ambos a un acuerdo, pronto quebrantado por Francisco Pizarro, que envió un fuerte ejército para combatir a su odiado rival; y el 26 de Abril de 1538 se libró en Las Salinas la célebre batalla de este nombre, en la que los almagristas, mandados por Gonzalo Orgóñez, fueron deshechos por las tropas de Hernando Pizarro. Este se apoderó del Cuzco e hizo prisionero a Diego de Almagro, que fué sentenciado a muerte y ejecutado el día 8 de Julio del mismo año. Dejó un sólo hijo, mestizo de india, nombrado Diego, casi un niño todavía, que tres años más tarde había de ocasionar la más grave de las perturbaciones padecidas en el Perú, sobre todo por sus posteriores consecuencias.

\* \* \*

De momento quedó restablecido el orden en el Perú. Los partidarios de Almagro, desmoralizados y sin caudillo de prestigio ni propósito de quien echar mano, allanáronse a su vencimiento y se estuvieron quietos. Francisco Pizarro, engañado por esta aparente tranquilidad, se decidió a desprenderse de gente adicta, para llevar a cabo otras empresas de conquista. Estas fueron la del Alto Perú o Bolivia y la de Chile.

De la primera fué caudillo su hermano Gonzalo Pizarro, el cual la inició en 1538 con sólo sesenta bravos soldados, entre los que figuraban varios cordobeses. Reconstruido el puente sobre el río Desaguadero, lo pasaron los españoles y derrotaron en el valle de Cochabamba a los 40.000 indios de Tiorinaceo. Llegaron luego a Chuquisaca, población principal de los Charcas, y en ella tuvieron que hacerse fuertes para poder resistir los furiosos ataques de todos los naturales del contorno; pero al fin pudieron rechazarlos, y esta victoria, que fué decisiva, les proporcionó el dominio del Collasuyo. Posteriormente se tuvieron que realizar otras operaciones militares, para dar remate y consolidar la conquista de aquel territorio.

De la ciudad de La Plata, fundada por el capitán Pedro Anzures en el mismo lugar de la población indígena de Chuquisaca, fueron vecinos Gabriel de Mora y Jerónimo de Villarreal (42), cordobés. En el asiento de Potosí, cuyas minas fueron descubiertas a principios de 1545, se establecieron Antonio de la Madriz, los hermanos Diego Gutiérrez de los Ríos (43) y Martín Alonso de los Ríos (44), Alonso Pérez de Cea y su hermano Gonzalo de Cea y de los Ríos (45), cordobeses también. En la ciudad de Nuestra Señora de la Paz, fundada por orden de Pedro de la Gasca el 26 de Octubre de 1548, fijaron su residencia Pedro Múñiz de Godoy, Diego de Uceda y Alonso de Uceda, ya citados. De la de Co-

chabamba u Oropesa fué gobernador el cordobés don Alonso de las Infantas. En el año 1592 fundó la de Santa Cruz, con el nombre de San Lorenzo de la Frontera, don Lorenzo Suárez de Figueroa (46).

\* \* \*

El conquistador de Chile fué Pedro de Valdivia, maestre de campo de Francisco Pizarro y uno de sus más valerosos capitanes. Partió del Cuzco en Enero de 1540 al frente de 150 españoles, entre ellos Francisco de Villagrà, su primo Pedro de Villagrà y Martín de Solier, y algunos millares de indios, y tomó el camino de la costa por Arequipa, Moquegua, Arica y el desierto de Atacama hasta el valle de Copiapó, donde tomó posesión del territorio en nombre del rey de España. A fines de aquel año llegó al río Mapocho, en cuyas márgenes fundó la ciudad de Santiago el 12 de Febrero de 1541, la que no tardó mucho en ser tomada y destruida por los indios. La llegada de refuerzos permitió a Valdivia continuar su empresa, y en 1544 fundó a la orilla del mar la ciudad de La Serena, en recuerdo de su patria.

En 1547 se marchó al Perú, dejando en su lugar a Francisco de Villagrà. Como recompensa a su lealtad combatiendo en el bando de Pedro de la Gasca contra Gonzalo Pizarro, fué confirmado en el cargo de gobernador de Chile, y obtuvo un considerable refuerzo de tropas para su conquista. Entonces debieron pasar a Chile los cordobeses Pedro Fernández de Córdoba (47) y Pedro de Aguayo (48), y también Alonso de Aguilera (49) y su hermano Pedro de Olmos de Aguilera (50). Llegó ahora Pedro de Valdivia hasta el río Biobío, en cuya orilla fundó la ciudad de La Concepción, y avanzó denodadamente en territorio araucano, fundando en él, durante el año 1552, tres nuevas ciudades: Imperial, Villarrica y Valdivia. Los indígenas se levantaron en masa contra los españoles; y en Tucapel, el 31 de Diciembre de 1553, les ocasionaron una tremenda derrota. Valdivia cayó prisionero y fué asesinado por los vencedores, no obstante el temerario esfuerzo que para evitarlo intentaran Pedro Fernández de Córdoba y otros trece valientes.

Francisco de Villagrà, sucesor de Pedro de Valdivia en el mando, no tuvo mejor suerte, pues fué vencido en Mirahueno y tuvo que abandonar La Concepción, cuya ciudad fué tomada y destruída por los araucanos. La situación militar en Chile no hubo de mejorarse algo hasta que llegó allí de gobernador don García Hurtado de Mendoza, con unos 700 soldados de refuerzo, entre ellos el célebre poeta Alonso de Ercilla, autor de «La



Araucana». Entonces fué vencido y muerto Latauro a orillas del Mataquito, en Abril de 1557. Sin embargo, la lucha contra los fieros e indomables indígenas de Arauco, con varias alternativas, duró todavía más de dos siglos.

Y para terminar lo referente a Chile. En el año 1579 pasaron allí don Luis Méndez de Sotomayor (51), natural de Fernán Núñez, con su esposa doña María de Aranda Valdivia; y unos diez años más tarde, los cordobeses don Pedro de Córdoba y Guzmán (52) y Luis de Roa (53).

\* \* \*

Volvamos atrás y veamos lo que entre tanto sucedía en el Perú.

El domingo 26 de Junio de 1541, un grupo de almagristas, encabezados por Juan de la Herrada, asaltaron el palacio de Francisco Pizarro y le dieron muerte. Dueños de la situación en breve tiempo, pues la sorpresa y el pánico paralizó a sus contrarios, proclamaron gobernador del Perú a Diego de Almagro el mozo. A la sazón se encontraba ya en América, de viaje para Lima, el juez Vaca de Castro, enviado por Carlos V para informarse de la situación del país y hacerse cargo del mando en caso preciso. La noticia del asesinato de Pizarro le cogió en Popayán, e inmediatamente requirió el concurso de Sebastián de Belalcázar, y con su gente se dirigió a combatir al usurpador y rebelde. Diego de Almagro, auxiliado por su amigo Manco, intentó resistirle; pero fué vencido en la batalla de Chupas, hecho prisionero y ajusticiado por traidor.

Las noticias del asesinato de Francisco Pizarro y de la rebelión de Diego de Almagro el mozo, llegaron pronto a España; e impresionado por ellas el Emperador Carlos V, resolvió nombrar un virrey del Perú, con facultades extraordinarias, al que debían acompañar cuatro jueces para constituir la Audiencia y a su lado una especie de Consejo de gobierno. Dictó también unas severísimas Ordenanzas, a fin de cortar los abusos de los encomenderos. Para el cargo de virrey designó a un caballero de Avila, valiente y enérgico, pero algo testarudo, llamado Blasco Núñez Vela, quien hizo su entrada en Lima el 15 de Mayo de 1544.

Inmediatamente hizo promulgar las Ordenanzas, que fueron recibidas con desagrado por casi todos los españoles, y con la más violenta repulsa por los encomenderos. Los del Cuzco, capitaneados por Gonzalo Pizarro, se dirigieron a Lima para combatir al virrey; pero se les adelantaron los de esta ciudad, que le echaron mano y lo embarcaron para España. En el camino, antes de llegar a Panamá, Blasco Núñez Vela logró ganarse al

oidor Alvarez que lo conducía, desembarcó y se dirigió a Quito, donde pudo reunir alguna tropa con propósito de sofocar la rebeldía de Gonzalo Pizarro, que había sido reconocido como gobernador del Perú, incluso por la misma Audiencia. Gonzalo Pizarro no perdió tiempo y marchó en busca del virrey; el cual, no obstante la opinión contraria de Sebastián de Belalcázar, aceptó el combate en muy desfavorables condiciones, sufriendo una tremenda derrota en Añaquito el 4 de Marzo de 1545, con pérdida de la vida. En ella también estuvo a punto de perderla y cayó prisionero Alonso de Córdoba y Montemayor.

La victoria de Añaquito produjo un júbilo inmenso a todos los españoles establecidos en el Perú, y todos la consideraron como el golpe de gracia a las odiadas Ordenanzas. Gonzalo Pizarro quedó por dueño absoluto de la situación, y desde Chile hasta Panamá todos le acataron y se le sometieron. Su escuadra, mandada por Hinojosa, aseguró su poder en toda la costa del Pacífico hasta el istmo de Panamá, inclusive el puerto de Nombre de Dios, llave de las comunicaciones con España. La plata afluía a raudales de las recién descubiertas minas del Potosí. Por un momento pasó por su mente la idea de proclamarse monarca, mas desistió de ello; pero sí quiso consolidarse en el puesto preeminente que la fortuna le había deparado, y comisionó a fray Jerónimo de Loayza (54), obispo de Lima, y a su antiguo compañero de claustro fray Tomás de San Martín, provincial de los dominicos, para que vinieran a España a gestionar que se aceptasen los hechos consumados y se le nombrase virrey.

No se pensaba aquí en tal cosa. Para sofocar la rebelión, Carlos V envió al licenciado Pedro de la Gasca, con el título de Presidente de la Real Audiencia, amplias facultades y orden de revocar las tan odiadas Ordenanzas. Embarcó en Sanlúcar a fines de Mayo de 1546, llevándose a Pedro de Guzmán (55), cordobés, y al licenciado Andrés de Cianca (56), que había sido Alcalde mayor de Córdoba. Llegó a Panamá en el mes de Noviembre, y sagazmente logró adueñarse de la escuadra de Hinojosa, fondeada en el puerto. La noticia de que traía orden de revocar las Ordenanzas y a más su hábil política, dieron el fruto apetecido, y bien pronto logró atraer al bando realista a la mayor y mejor parte de los rebeldes. El 10 de Abril de 1547 partió con la escuadra con dirección al Perú y en el mes de Junio llegó a Tumbes. Con él debieron embarcarse en Panamá, para combatir a Gonzalo Pizarro, don Arias de Acevedo (57), yerno del ex-gobernador don Pedro de los Ríos; el sobrino de éste don Diego Gutiérrez de los Ríos (58), y su cuñado don Gonzalo Martel de la Puente (59).

Se vislumbraba y ya estaba próximo el desenlace. Aldana, lugarteniente de Pedro de la Gasca, que se había adelantado con algunos buques, se hizo dueño del puerto del Callao y después de Lima, de cuya ciudad se retiró Gonzalo Pizarro sin atreverse a resistirle. Entre tanto La Gasca se dirigió a Trujillo y luego a Jauja. Allí recibió la noticia de la derrota de Diego Centeno en Huarina, batalla dada el 26 de Octubre, en la que perecieron Pedro de los Rios, cordobés, encomendero del Cuzco, y don Juan de Vargas, tío carnal del inca Garcilaso. Desde Jauja marchó La Gasca en busca de Pizarro, que andaba por el Cuzco. En el camino se le incorporaron las fuerzas de Sebastián de Belalcázar, procedentes de Quito, y las de Pedro de Valdivia, que se hizo cargo del mando supremo del ejército realista. El día 8 de Abril de 1548 se avistaron ambos en el valle de Xaquixaguana. Al principio del combate ya empezaron las deserciones en el campo de Pizarro. Con poca gente ya, y anonadado por lo que sucedía, le preguntó a su oficial Acosta: «¿Qué haremos?», a lo que aquel respondió: «Arremeter al enemigo y morir como romanos.» «Mejor es morir como cristianos», replicó Gonzalo Pizarro, y avanzando hacia los contrarios, se entregó. Al día siguiente fué decapitado sobre el mismo campo de batalla.

Había terminado el drama de Gonzalo Pizarro, y con él el largo período de graves alteraciones iniciadas en el Perú por las rivalidades de dos hombres. Pedro de la Gasca regresó a Lima, y procuró, ante todo, mejorar la condición de los indígenas, rebajándoles los impuestos; introdujo algunas reformas en la administración municipal y promovió otras muchas mejoras. Cumplida su misión, entregó el gobierno a la Audiencia, cuyo Presidente era entonces el licenciado Andrés de Cianca, y se vino a España. Carlos V premió sus servicios con el obispado de Palencia.

El segundo virrey del Perú fué don Antonio de Mendoza, que llegó a Lima el 29 de Septiembre de 1551. Falleció a los pocos meses, el 21 de Julio de 1552, asumiendo entonces el mando la Real Audiencia. En el siguiente año se produjo el alzamiento de Francisco Hernández Girón, que fué vencido por los leales en Pucará el 8 de Octubre de 1554. Durante el gobierno de la Audiencia pasaron al Perú don Rodrigo de Hinestrosa y Villacís (60), don Luis Fernández de Córdoba (61), Juan Yañez de Avila (62), Pedro de Ribera (63), Cristóbal de Aranda (64) y Diego Fernández de Córdoba (65), mercader, naturales de Córdoba los cinco primeros y el último vecino de ella.

El tercer virrey fué don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Ca-

ñete, que fué recibido como tal en Lima el 29 de Junio de 1556. Estirpó con mano dura los últimos vestigios de sedición; envió varias expediciones a la región del Amazonas, entre ellas la de Pedro de Ursúa, y a Chile, como gobernador, y al frente de 700 hombres, a su hijo García Hurtado de Mendoza. Durante este virreinato, en 1560, pasó al convento de su Orden en Trujillo el dominico cordobés fray Jerónimo de Cervantes (66). En el mismo año se vino a España Garcilaso de la Vega el Inca (67), luego vecino de Córdoba; y en el anterior de 1559 llegó a esta ciudad su antiguo condiscípulo Pedro del Barco, tras de su mujer Catalina de Alba, que se le había fugado con el hijo mayor de Sebastián de Belalcázar.

El cuarto virrey fué don Diego de Acevedo y Zúñiga, conde de Nieva, que salió de España en Enero de 1560 y tardó más de un año en llegar a Lima. Fué asesinado el 20 de Febrero de 1564, a causa de sus relaciones ilícitas con una señora casada. En su tiempo, año de 1562, se marchó al Perú Asensio López (68), natural de la villa de Morente.

Al conde de Nieva le reemplazó, con el título de Gobernador, Capitán general y Presidente de la Real Audiencia, el licenciado Lope García de Castro, que entró en Lima el 22 de Septiembre del mismo año. En este de 1564 fué nombrado obispo del Cuzco el racionero de la Catedral cordobesa don Matías Pínelo de Mora (69).

Le sucedió el quinto virrey don Francisco de Toledo, uno de los mejores que tuvo el Perú. Se hizo cargo de su gobierno, que desempeñó por espacio de unos catorce años, el 26 de Septiembre de 1567. Giró una visita por todo el territorio del virreinato, y con arreglo a los datos recogidos promulgó sus célebres Ordenanzas. Durante su mando pasaron al Perú el tesorero don Fernando Arias de Saavedra (70), su hermano Juan de Saavedra (71) y Alonso Díaz Carrasco (72), los tres naturales de Córdoba; el licenciado Egas Venegas de Figueroa (73), montillano; el licenciado Pedro Fernández de Valenzuela (74) y Antón Ruiz Perulero (75), cordobeses; Fernando Carrillo de Valenzuela (76), natural de Baena; Jerónimo Borrero (77) y Rodrigo Jurado (78), ambos mercaderes, el primero de Lucena y el segundo de Córdoba; y el padre jesuita Alonso Ruiz (79), también cordobés.

El sexto virrey fué Martín Enríquez, que falleció en Lima el 13 de Marzo de 1583. En su época, año de 1582, se marcharon al Perú el bachiller Alonso Tejada (80), cordobés, y Francisco de Molina (81), natural

de Priego, ambos presbíteros. En 1584, Fernando Alonso de Córdoba (82); y por entonces también andaría por allí don Luis Venegas del Canave-  
ral (83).

Luego, durante tres años, desde 1586 a 1589, fué virrey del Perú don Fernando de Torres y Portugal (84), conde del Villardonpardo, marido de una cordobesa. En su tiempo encontrábase por aquellas tierras el capitán Pablo de Godoy (85) y Baltasar de Collazos (86).

Le reemplazó en el virreinato don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, antiguo gobernador de Chile. Con él se marchó fray Francisco Solano, franciscano (87), natural de Montilla; y en su tiempo también debieron pasar al Perú Juan de Vargas Venegas (88), Francisco de Cabrera y Godoy (89) y su hermano Lorenzo de Cabrera y Godoy (90), los tres cordobeses. En 1594 embarcó con rumbo a Trujillo y murió en el camino el poeta cordobés Gonzalo de Cervantes y Saavedra (91).

Durante el virreinato de don Luis de Velasco, años 1596 a 1604, debieron pasar al Perú Juan de Cabrera (92) y Alonso de las Infantas (93), los dos naturales de Córdoba.

En 1608, Alonso Gutiérrez de Carrasquilla (94), cordobés, y por entonces también el dominico fray Pedro de Luque (95), natural de La Rambla.

Con don Francisco de Borja y Aragón, príncipe de Esquilache, y a su inmediato servicio, se fué al Perú un cordobés llamado Miguel de Roa (96).

Al príncipe de Esquilache le sucedió en el virreinato un ilustre paisano nuestro, don Diego Fernández de Córdoba, primer marqués de Guadalcázar (97), que antes había sido virrey de Méjico. Gobernó el Perú durante unos ocho años, desde 1621 al 1629. Enérgico y previsor, restableció el orden en el Potosí, gravemente alterado por las rivalidades de castellanos y vizcainos; hizo consagrar la Catedral de Lima, y contuvo al almirante holandés Jorge Clerk, que trató de apoderarse del Callao. Durante su mando pasaron al Perú su sobrino Luis Fernández de Córdoba y Arce (98) y Antonio de las Infantas y Herrera (99), los dos cordobeses; y probablemente Francisco de las Infantas y Morales (100), natural de Córdoba; el padre jesuita Gabriel Cerrato (101), lucentino; los frailes mercedarios Fernando Muñoz de Baena (102) y Juan de Cea (103); el franciscano fray Diego de Córdoba y Salinas (104), y el dominico fray Antonio de Cabrera (105), cordobeses los cuatro.

Comenzaban a prevalecer los religiosos sobre los guerreros. La espada y el estampido de los arcabuces cedían ya el puesto y eran reemplazados

por la cruz y las palabras de los misioneros en la árdua tarea de completar y consolidar la conquista de las tierras americanas para España y la Civilización.

---

## NOTAS BIOGRÁFICAS

---

**1.—Hernando de Luque.**—Según parece nació en Olvera, provincia de Cádiz, en la segunda mitad del siglo XV; pero Andrés de Morales y Padilla, en su «Historia de Córdoba», lo considera natural de esta ciudad, fundándose en el testimonio de dos deudos suyos, los sacerdotes Francisco de Luque Fajardo y Gonzalo Gómez de Luque.

Hernando de Luque siguió también la carrera eclesiástica y pasó a las Indias. Residió primero en Darién y más tarde en Panamá. Allí se asoció en 1524 con Diego de Almagro y Francisco Pizarro para el descubrimiento y conquista del Perú, sufragando él los gastos. En 1529 fué nombrado obispo de Tumbes y murió tres años después.

**2.—Pedro de los Ríos.**—Apellidábase también Gutiérrez de los Ríos y pertenecía a la casa de los señores de Fernán Núñez. Nació en Córdoba hacia el año 1475, y fué el primogénito del caballero veinticuatro don Diego Gutiérrez de los Ríos y de su primera esposa doña Elvira de Aguayo. Esforzado guerrero, se hizo famoso además por su destreza y valor en los torneos. Muy joven aún fué nombrado veinticuatro de esta ciudad; desempeñó con beneplácito de su Concejo gran número de comisiones, y en unión de don Francisco Pacheco hubo de representarla en las Cortes celebradas en la Coruña durante la primavera de 1520. Su actuación en las mismas, harto sospechosa, y su posterior conducta francamente favorable a Carlos V, fué por éste premiada años más tarde con el gobierno de la provincia de Castilla del Oro, en sustitución del caballero cordobés don Lope de Sosa. Embarcó para su destino a mediados de 1526, con su esposa doña Catalina de Saavedra, su hija Leonor de los Ríos y buen golpe de parientes, llevando por su Alcalde mayor al licenciado Juan de Salmerón y el encargo de tomarle la residencia a Pedrarias Dávila.

Terminada ésta en 1527, por instigación de Pedrarias trató de apode-

rarse del territorio de Guatemala, que gobernaba Diego López de Salcedo, el cual le obligó a volverse a Panamá. Sus abusos y mal gobierno le acarrearon no pocos conflictos y enemistades y hasta su desavenencia con el licenciado Salmerón, que se vino a España para dar cuenta de su conducta. Pero ya habían tenido eco en la Corte las quejas formuladas contra él, y en 1529 enviaron al licenciado Antonio de la Gama para tomarle residencia. Destituído del cargo de gobernador, Pedro de los Ríos, según dicen algunos historiadores, se marchó al Perú con Francisco Pizarro, distinguiéndose mucho en la conquista de aquel reino. Esto es falso, y seguramente lo han confundido con alguno de sus dos sobrinos del mismo nombre. Lo cierto es, que ya en 1531 se encontraba de regreso en Córdoba, donde pasó tranquilamente los últimos años de su vida, disfrutando de sus cuantiosas rentas. Falleció a fines de Noviembre o en los primeros días de Diciembre de 1549.

Dos veces contrajo matrimonio. La primera, con doña Inés Venegas de Montemayor y de los Ríos, prima segunda suya, hija de don Fernando de los Ríos, señor de Fernán Núñez, de la cual le quedaron dos hijos: Diego Gutiérrez de los Ríos, que fué también veinticuatro de Córdoba y valeroso soldado, y murió en Flandes sirviendo a las órdenes de don Juan de Austria; y doña Elvira de Aguayo o de los Ríos, esposa de don Juan de Córdoba, señor de Zuheros. Y la segunda, con doña Catalina de Saavedra, de la cual tuvo tres hijas: Leonor de los Ríos o Angulo de los Ríos, que casó en las Indias con don Arias de Acevedo; Andrea de los Ríos y otra que también falleció antes de 1526.

Tuvo dos hermanos varones: Diego Gutiérrez de los Ríos y Alonso de los Ríos, y dos hembras, que fueron monjas. El primero fué padre de Diego Gutiérrez de los Ríos, Pedro de los Ríos y otro Diego Gutiérrez de los Ríos, que los tres pasaron al Perú; y el segundo, de Pedro Venegas de los Ríos, tesorero en el Perú y en Nicaragua.

La casa solariega de los Ríos, que fué ampliada y reedificada por este don Pedro de los Ríos, es la hoy llamada del Vizconde de Miranda, en la plaza del mismo nombre.

**3.—Catalina de Saavedra.**—Era natural de Córdoba e hija del caballero veinticuatro don Fernando Páez de Castillejo y de doña Leonor de Angulo y Saavedra. Primeramente contrajo matrimonio con don Alonso Fernández de Valenzuela, señor de la villa de Valenzuela, del cual le quedó un hijo: Juan Pérez de Valenzuela. De segundas se casó con el veinticuatro don Pedro Gutiérrez de los Ríos, más conocido por Pedro de los

Ríos, que fué gobernador de Castilla del Oro, al que acompañó en 1526 en su viaje a las Indias. La mencionan los historiadores de ellas por la intervención que tuvo en el socorro que se envió a la gente de Francisco Pizarro, refugiada en la isla del Gallo. No quiso volver a España con su marido y se quedó en Tierra Firme con su hija Leonor. Falleció probablemente en Panamá y hacia el año 1538.

De don Pedro de los Ríos tuvo tres hijas: Leonor de los Ríos o Angulo de los Ríos, que casó en las Indias con don Arias de Acevedo; doña Andrea de los Ríos, y otra que también murió antes de que sus padres se ausentaran de Córdoba.

Tuvo cuatro hermanos: el veinticuatro don Francisco Páez de Castillejo, que se volvió loco; María de Figueroa, esposa de don Fernando Yáñez de Godoy y madre de Pedro Muñiz de Godoy, que también pasó al Perú; Aldonza de Figueroa y Francisca de Figueroa.

**4.—Juan Tafur.**—Nació en Córdoba hacia el año 1500, y era hijo de un modesto labrador y calero llamado Juan Pérez de Jubera y de Isabel Díaz Tafur. Siguió la carrera de las armas, y fué uno de los cinco capitanes de la gente alistada en Córdoba para combatir a los comuneros de Castilla. Pasó a las Indias en 1526 con el gobernador de Castilla del Oro don Pedro de los Ríos, y se distinguió en la reducción de los indios de Nombre de Dios y de Panamá. En 1527 fué enviado por Pedro de los Ríos a la isla del Gallo para recoger a la gente de Francisco Pizarro.

Más tarde, en 1531, se marchó a Santa Marta. Acompañó a Pedro de Lerma en la expedición por el Magdalena, y a Juan de Céspedes y Juan de San Martín en la jornada hasta el río César. Como soldado de caballería figuró en la conquista del reino de los chibchas a las órdenes de su paisano el licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, distinguiéndose entre los mejores, sobre todo en la batalla de Zipaquirá. Asistió a la fundación de Santafé de Bogotá, en cuya ciudad se avecindó, desempeñando en ella los cargos de alcalde ordinario y regidor y hasta el de Alguacil mayor entre los años 1541 y 1571. Desde 1543 desempeñó los destinos de veedor y factor de la Real Hacienda. Por comisión del Cabildo de Santafé fundó en 1553 la villa de San Miguel en tierras de los panches.

Como premio a sus servicios se le adjudicó la encomienda de Pasca, de la que fué luego desposeído por don Lope Montalvo de Lugo. En 1577 se lo concedió el repartimiento de Toquencipá y Unta, en el que le sucedió su segunda esposa.

Contrajo matrimonio en 1558 con doña Francisca de Ulloa, de la que



no tuvo hijos, como tampoco de doña Antonia Manuel de Hoyos. Dejó dos hijas naturales: Isabel Tafur, que casó con Luis de Avila, y Catalina Tafur, mujer de Juan de Abreva.

Tuvo cuatro hermanas, vecinas de Córdoba: Elvira Tafur, Isabel Tafur, Catalina Tafur de Jubera y Antonia Tafur de Jubera, que al parecer ni se metieron monjas ni llegaron a contraer matrimonio.

**5.—Sebastián de Belalcázar.**—Nació en la villa de Belalcázar hacia el año 1490, y según dice Andrés de Morales y Padilla en su «Historia de Córdoba», fué gemelo de sus hermanos Fabián y Anastasia. Al quedar huérfano de padre, no pudiendo resistir los malos tratos de su hermano mayor, se huyó a Sevilla y pudo conseguir que Pedrarías Dávila lo admitiese en la expedición que organizó para Tierra Firme en 1514. Hay, sin embargo, indicios de que pasó a las Indias siete años antes. Pedrarías le dió el nombramiento de capitán, confiándole algunas empresas arriesgadas, y en 1524 dirigió la conquista de Nicaragua.

Seis años después, Francisco Pizarro pudo ganarlo para que le acompañase en su expedición al Perú, y a su costa fletó un barco y equipó treinta hombres. Se quedó en San Miguel de Piura como gobernador y con parte del ejército; y después de organizar la administración de la nueva ciudad, emprendió la conquista del territorio de Quito, que gobernaba Rumiñahui, a mediados de Octubre de 1533. En el Cañal derrotó por completo a los quiteños; y continuando su empresa fundó las ciudades de San Francisco del Quito y Santiago de Guayaquil. En 1536 tuvo noticias de la existencia de El Dorado, y organizó para su conquista una nueva expedición, fundando entonces a Popayán, Timaná y otras poblaciones. Llegó hasta la recién fundada Santa Fé de Rogotá, encontrándose allí con Gonzalo Jiménez de Quesada y con Nicolás de Federmán. Con ellos se vino a España en 1539, obteniendo el nombramiento de gobernador de Popayán y de las provincias equinociales.

Ayudó con sus tropas a Vaca de Castro contra Diego de Almagro el mozo, y al virrey Blasco Núñez Vela y al licenciado Pedro de la Gasca contra Gonzalo Pizarro. Por desgracia para él, su antiguo lugarteniente Jorge de Robledo quiso arrebatarle parte de sus dominios; pudo echarle mano y lo hizo ahorcar. Sus enemigos, y a la cabeza de ellos la terrible doña María de Carvajal, viuda de Robledo, se aprovecharon de este suceso para conseguir que fuera condenado a muerte y confiscados sus bienes; y cuando disponía su embarque a España para apelar ante el Emperador de la sentencia, le alcanzó la muerte en Cartagena de Indias, año de 1551.

Sebastián de Belalcázar no dejó hijos legítimos, pues no llegó a contraer matrimonio, pero sí muchos naturales habidos en indias. Se conocen los nombres de seis: Sebastián de Belalcázar; Francisco de Belalcázar, que casó en Burgos con doña María de Herrera y Sarmiento; Lázaro, Miguel, Catalina, casada con Martín de Rojas, y Luisa, con Diego de Vargas.

**6.—Diego de Mora.**—Natural de Bujalance. A las órdenes de Francisco Pizarro y como capitán de caballos ligeros, tomó parte en la conquista del Perú. Por su conocimiento de la lengua quichua, fué uno de los jueces designados para entender en el proceso contra Atahualpa, y se le considera autor del retrato que de este inca se conservaba en Cajamarca, hoy perdido.

Diego de Mora se estableció en Trujillo, donde ejerció el cargo de Justicia mayor. Intervino en las guerras civiles, primero en el bando de los almagristas y luego en el de Gonzalo Pizarro; pero cuando llegó a Panamá Pedro de la Gasca y supo que traía la revocación de las Ordenanzas, se pasó a su servicio con 40 hombres, ganándole otros muchos adeptos, entre ellos Juan de Saavedra. Murió en su viaje de regreso a España.

**7.—Gabriel de Rojas.**—Era natural de Bujalance. Tomó parte en la conquista del imperio de los Incas, como jefe de artillería, a las inmediatas órdenes de Pedro de Candia. Luego acompañó a Gonzalo Pizarro a la del país de los Charcas, y terminada ésta se radicó en La Plata. Obtuvo allí un buen repartimiento de indios, del cual fué despojado por Diego de Almagro el mozo, cuando éste se hizo dueño de la situación a la muerte de Francisco Pizarro. Años más tarde combatió contra Gonzalo Pizarro en el ejército de Pedro de la Gasca.

**8.—Cristóbal Ceballos.**—Natural de Bujalance, según afirma el historiador de dicha villa fray Cristóbal de San Antonio y Castro. Tomó parte en la conquista del Perú con el cargo de capitán de infantería.

Lo menciona también fray Pedro Simón en las «Noticias históricas de la conquista de Tierra Firme».

**9.—Antonio de Heredia.**—Era hijo de un Gonzalo de Heredia, y según parece natural de la villa de Adamuz. En 1526, ya casado y con hijos, pasó a las Indias con el gobernador de Castilla del Oro don Pedro de los Ríos, a cuyo servicio estuvo; y años más tarde tomó parte en la conquista del Perú a las órdenes de Francisco Pizarro. Con rico botín regresó a España en 1535, avecindándose en Adamuz.

De su mujer doña Teresa de la Cuerda tuvo por lo menos un hijo, llamado Juan de Heredia.

**10.—Sancho de Valenzuela.**—Natural de Arjonilla. Fué el quinto de los hijos varones de don Sancho de Valenzuela y de doña Elvira de Párraga. En unión de su padre y de sus hermanos Pedro, Luis, que murió en un combate, Juan y Rodrigo, tomó parte en el descubrimiento y conquista del imperio de los Incas. Ya de regreso en España, contrajo matrimonio en Córdoba con doña Elvira de Aguilera, hija de don Francisco de Morales y de doña Lucía Ramírez de Aguilera, de la cual tuvo cuatro hijos varones. De ellos, Pedro de Valenzuela y Juan Pérez de Valenzuela también pasaron al Perú.

Cuñado suyo, esposo de su hermana María de Valenzuela, fué el famoso Pánfilo de Narváez.

**11.—Francisco de Godoy.**—Probablemente nació en Ubeda; pero era oriundo de Córdoba, pues natural de esta capital fué su padre el capitán Luis de Godoy Ribera. Su madre se llamaba Isabel de Orozco Pacheco. Fué uno de los primeros conquistadores del Perú, e intervino en las guerras civiles al lado del gobernador Vaca de Castro contra Diego de Almagro el mozo.

**12.—Alonso Fernández de Mesa.**—Aunque no cordobés, pues probablemente nació en Toledo, era hijo de una cordobesa. Sus padres fueron don Alonso Alvarez de Toledo y doña Lucía de Mesa, hija del veinticuatro don Cristóbal de Mesa y de doña Leonor de Hocés. Fué uno de los primeros conquistadores del Perú y de los que más se distinguieron por su valor en aquella empresa. En aquellas tierras contrajo matrimonio con doña Catalina Guaco Olli, descendiente de los Incas, de la que sólo tuvo un hijo: Alonso Fernández de Mesa, señor de Piedrabuena, mayorazgo fundado por su padre.

Tíos suyos fueron los caballeros veinticuatro de Córdoba don Fernando Fernández de Mesa, don Pedro de Mesa y don Andrés de Mesa.

**13.—Pedro de los Ríos.**—Cordobés desde luego. Sospecho que su verdadero apellido era el de Venegas de los Ríos y que sus padres fueron doña Constanza Venegas y don Alonso de los Ríos, hermano menor éste del gobernador de Castilla del Oro don Pedro de los Ríos. Tal vez con su tío pasara a las Indias, y fué uno de los primeros conquistadores del Perú. En el año 1537 ejercía allí el cargo de tesorero por S. M. Re-

gresó luego a Córdoba hacia el de 1544, y poco después fué nombrado para el mismo de tesorero en Nicaragua. Con él se marcharon sus padres, y aún residían los tres en León, capital de dicho territorio, en el año 1561.

**14.—Francisco de Cárdenas.**—Nació en Córdoba a fines del siglo XV, y fué hijo bastardo del caballero veinticuatro don Luis de Cárdenas. Tomó parte en la conquista del Perú a las órdenes de Francisco Pizarro, y fué uno de los que más se distinguieron en aquella empresa. Por sus servicios obtuvo el repartimiento de los Chocobos en la ciudad de Huamanga.

Contrajo matrimonio con doña Elena de Rojas, y de ella dejó descendencia en el Perú.

**15.—Gonzalo de Pineda.**—Era natural de Córdoba e hijo de un Francisco Pérez Tirado. Ya casado con Marina de Valenzuela, se marchó a las Indias en busca de fortuna. Fué de los primeros conquistadores del Perú; y en 1535 regresó a su patria en compañía de varios cuentos de maravedís, con los que compró fincas rústicas y urbanas, juros y censos y obtuvo un oficio de jurado de la collación de San Lorenzo, que renunció en 1554, poco antes de trasladarse a Sevilla. Aún residía en dicha ciudad doce años después.

De segundas contrajo matrimonio con doña Luisa Lucero, y no se sabe si dejó descendencia.

**16.—Alonso de Sevilla.**—Natural de Córdoba. Sus padres fueron Juan de Sevilla y Teresa Fernández. Tomó parte en la conquista del Perú a las órdenes de Francisco Pizarro, y se estableció luego en la ciudad del Cuzco, donde aún se encontraba en 1566.

Tuvo seis hermanos: Francisco Pérez, clérigo presbítero; Juan de Sevilla, Cristóbal de Córdoba, Gaspar de Córdoba, María de Sevilla y Juana Rodríguez.

**17.—Pedro de Cabrera Páez de Sotomayor.**—Andrés de Morales y Padilla, en su «Historia de Córdoba», dice que era cordobés y de ilustre familia. Fué uno de los primeros conquistadores del Perú y llegó a ser maese del campo de Gonzalo Pizarro; pero cuando éste se rebeló, se le puso enfrente y se pasó a los realistas.

Por coincidir en nombre, primer apellido y otras circunstancias, parece tratarse del Pedro de Cabrera, cordobés, que según el mismo historiador,

fué lugarteniente de Sebastián de Belalcázar, al que acompañó en sus conquistas y en el socorro que prestó al licenciado Pedro de la Gasca. El inca Garcilaso de la Vega dice que asistió a la batalla de Xaquixaguana.

**18.—Martín Yáñez Tafur.**—Era natural de Córdoba y primo del capitán Juan Tafur. Según parece anduvo primero por Venezuela. Luego se pasó a la conquista del Perú, militando a las órdenes de Sebastián de Belalcázar, con el que entró en 1539 al Nuevo Reino de Granada, y en él se quedó. Como capitán de infantería tomó parte en la expedición organizada en 1541 por Hernán Pérez de Quesada para el descubrimiento de El Dorado, que tan desastroso final tuvo. Tres años después hubo de acompañar a su paisano Hernán Venegas Carrillo Manosalbas a la conquista y población de Tocajima, en cuya ciudad lo dejó por su Teniente y Justicia mayor.

Estuvo casado con doña Inés Jiménez de Bohorques, de la que tuvo por lo menos dos hijos: Martín Yáñez Tafur y Francisco Tafur.

**19.—Pedro de los Ríos.**—Era natural de Córdoba, y sus padres fueron el jurado don Diego Gutiérrez de los Ríos y su segunda mujer doña Beatriz Laso de Mendoza. Seguramente embarcó para las Indias en 1526 con su tío carnal don Pedro de los Ríos, gobernador de Castilla del Oro. Años más tarde, en 1534, con su hermano uterino Diego Gutiérrez de los Ríos y a las órdenes de Pedro de Alvarado pasó a la conquista del Perú. Fué uno de los pobladores del Cuzco, en cuya ciudad se avecindó y tuvo encomienda de indios. Intervino en las guerras civiles y contra Gonzalo Pizarro, y fué muerto de un arcabuzazo el 26 de Octubre de 1547 en la batalla de Huarina.

Su hermana y heredera doña Francisca Laso de Mendoza y de los Ríos estuvo casada con el tesorero de Tierra Firme don Gonzalo Martel de la Puente.

**20.—Diego Gutiérrez de los Ríos.**—Era cordobés e hijo del jurado don Diego Gutiérrez de los Ríos y de doña Beatriz Laso de Mendoza. Ya huérfano de padre, y en unión de su hermano Pedro de los Ríos, se marchó a las Indias, probablemente en 1526 con su tío carnal don Pedro de los Ríos, gobernador de Castilla del Oro. En 1534 bajó al Perú con Pedro de Alvarado; intervino en la conquista y en las guerras civiles, y se halló el 8 de Abril de 1548, entre las tropas de Pedro de la Gasca, en la batalla de Xaquixaguana. No murió en ella, como dicen algunos historiadores, pues once años después aún vivía en el Cuzco.

Fué uno de los pobladores y encomenderos de dicha ciudad, y allí contrajo matrimonio. Su hijo Juan Gutiérrez de los Ríos heredó el mayorazgo de su primo hermano Diego Gutiérrez de los Ríos, veinticuatro de Córdoba, hijo de don Diego Gutiérrez de los Ríos y de doña Leonor Venegas.

**21.—Francisco Gutiérrez.**—Era cordobés, hijo de María Álvarez y nieto de Alonso Martínez de Molina. Debió pasar al Perú en el año 1534 con la gente de Pedro de Alvarado, y establecerse en el Cuzco. Murió dos años después, cuando el levantamiento de los indios.

**22.—Luis de Castillejo.**—Andrés de Morales y Padilla afirma que era natural de Córdoba. Según parece tomó parte en la conquista del imperio de los Incas, y desde luego intervino en las luchas civiles, y al lado de Pedro de la Gasca contra el rebelde Gonzalo Pizarro. El historiador peruano Garcilaso de la Vega asegura que Luis de Castillejo pasó al Perú en 1534, después de la muerte de Atahualpa, con la gente de Pedro de Alvarado.

**23.—Gonzalo Silvestre.**—Tal vez naciera en Valencia de Alcántara. Pasó a las Indias e intervino en varias empresas guerreras, alcanzando por sus servicios el grado de capitán. El historiador Garcilaso de la Vega dice que fué compañero de armas de su padre en el Perú; que militó con el capitán Diego Centeno en el Collao y en los Charcas, y que hubo de acompañar a Hernando de Soto en su expedición a la Florida. Estaba ya de regreso en España en el año 1562, y acabó por avecindarse en la villa cordobesa de las Posadas, de la que fué regidor. Murió en ella hacia el 1593, nombrando heredero a su sobrino Alonso Díaz de Belcázar y albacea testamentario a su íntimo amigo y acreedor Garcilaso de la Vega el Inca.

**24.—Fray Tomás de San Martín.**—Nació en Córdoba en 1482, y fué hijo de Martín Sánchez Mejía y de Ana de Contreras. A los doce años de edad entró a cursar Artes en el convento de San Pablo, de la Orden de Predicadores; tomó el hábito a los quince y profesó en 1498. Después cursó Teología y fué lector de Artes, Teología y regente de estudios en el mismo convento.

Pasó luego a Sevilla, en 1525, al colegio de Santo Tomás, donde se graduó de maestro en Artes y Teología en 1528. Dos años más tarde embarcó en Sanlúcar con Francisco Pizarro, y al llegar a Panamá recibió el

nombramiento de Regente de la Audiencia de Santo Domingo, cargo que desempeñó durante algún tiempo con general aplauso y que hubo de renunciar para dedicarse a la predicación en el Perú. Sucesivamente estuvo en San Miguel de Piura, Cajamarca y valle de Xaure; y luego, del territorio del Cuzco, se pasó al de Chucuito y los Charcas. En 1540 fué nombrado provincial de su Orden en el Perú; y al siguiente año, con poderes del gobernador Vaca de Castro, consiguió apaciguar los alborotos y que todos volviesen a la legalidad. También intervino con éxito, juntamente con su antiguo compañero de clautro fray Jerónimo de Loayza, en los que originó el cumplimiento de las nuevas Ordenanzas.

En 1550 se vino a España con Pedro de la Gasca y obtuvo la Real provisión creando la Universidad de Lima. Asistió al Capítulo general de su Orden celebrado en Salamanca en 1551. Luego visitó a Carlos V en Alemania, y a su vuelta a España fué promovido y nombrado obispo de La Plata en la provincia de Chuquisaca. Se consagró en Madrid, y partió para Lima, donde falleció a poco de llegar, en Marzo de 1554.

Durante su provincialato en el Perú, además de las vicarías, creó más de sesenta casas de su Orden. Escribió: *Catecismo para la enseñanza de los indios*, y *Relación de los sacrificios que los Indios hacían en tiempos de las Cosechas, Sementeras y trabaxos públicos*.

**25.—Alonso de Córdoba y Montemayor.**—Andrés de Morales y Padilla lo considera cordobés, y desde luego perteneció a la casa cordobesa de los Fernández de Montemayor, señores de Alcaudete y Montemayor; pero según parece nació en Sevilla. Fué el segundo hijo de don Francisco de Córdoba y de doña Juana de Mendoza.

Muy joven se embarcó para América. Sirvió primeramente en el Perú. Partidario y amigo de Diego de Almagro, le acompañó en 1535 en su expedición a Chile, y tres años después figuró en su bando en la batalla de las Salinas, donde cayó prisionero. A la llegada del gobernador Vaca de Castro trató de reunir gente para Diego de Almagro el mozo, pero fué preso por los realistas. El virrey Blasco Núñez Vela le amparó y le dió el mando de un escuadrón de caballería, y con él estuvo en Añaquito, en cuya derrota a poco pierde la vida. Hecho prisionero, Gonzalo Pizarro se contentó con desterrarle; y entonces Alonso de Córdoba se marchó a la Nueva España. Allí contrajo matrimonio con doña Leonor de Córdoba y Bocanegra, hija del caballero cordobés don Fernando Pérez de Bocanegra y Córdoba y de doña Beatriz Pacheco de Chávez, de la cual sólo tuvo un hijo: Francisco de Córdoba y Bocanegra, que murió sin dejar descendencia.

Dejó escrita una relación de los acontecimientos en que intervino, la cual ha sido publicada en la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo.

**26.—Antonio de la Madriz.**—De noble linaje vizcaíno y natural del Concejo de la Madriz. Era hijo de don Fernando de la Madriz y de doña Sancha Gutiérrez Narganes de la Madriz. Muy joven aún se vino a Córdoba, y aquí contrajo matrimonio con doña María Jiménez Bermúdez. Con hijos ya, y dejándose atrás a su familia, se marchó a las Indias en busca de fortuna, y anduvo primero por Méjico. Luego se pasó al Perú, en cuya conquista intervino y en las guerras civiles contra Gonzalo Pizarro. Fué uno de los pobladores del asiento de Potosí.

Hacia mediados del siglo regresó a Córdoba, Aquí adquirió entonces bienes, con los que fundó mayorazgo; desempeñó los oficios de jurado y desde el año 1567 el de veinticuatro, y obtuvo el patronato de la capilla mayor del convento de Nuestra Señora de la Merced, con derecho a sepultura. Falleció hacia el 1580.

De su matrimonio tuvo dos hijas: Antonia González de la Madriz y Beatriz de la Madriz, que vivió poco. La primera fué esposa del caballero veinticuatro don Juan de Guzmán y de los Ríos.

Hermano suyo fué don Diego Gómez de la Madriz, obispo de Badajoz. Su sobrina Ana de la Madriz, hija de su hermano Francisco, contrajo matrimonio con don Juan de Castilla, señor de Gor.

**27.—Martín de Solier.**—Con certeza no sé si nació en Córdoba o en la villa de La Rambla, donde también residieron sus padres. Fueron éstos el caballero veinticuatro don Pedro de Solier, hijo del obispo de Córdoba don Pedro de Solier, y doña Mayor de Solier. Hasta fines de 1534, por lo menos, no se embarcó para las Indias, y figuró entre los primeros conquistadores de Chile. Tomó parte en la primera expedición para el descubrimiento de los chunchos, organizada por Pedro de Candia. En 1538, después de la batalla de las Salinas, varios partidarios de Diego de Almagro, como Martín de Solier, Francisco de Villagrá y Pedro de Mesa, intentaron libertarlo; pero descubierto el proyecto, Pedro de Mesa fué ahorcado y los otros condenados a prisión. Al recobrar la libertad, Martín de Solier se alistó en una nueva expedición al territorio de los chunchos, que también fracasó. Luego, en 1540, se marchó con Pedro de Valdivia a la conquista de Chile, y estuvo en la fundación de Santiago de cuya ciudad fué nombrado regidor en el cabildo de 7 de Marzo de 1541.



En los primeros días de Agosto de aquel mismo año, complicado en la conspiración de Pastrana, fué condenado a muerte y ejecutado.

Tuvo cinco hermanos: Pedro Fernández de Solier, señor del Fontanar; Alonso de Solier; Juan de Solier, fraile dominico; Francisco de Solier, que también parece que pasó a las Indias, y Catalina Fernández de Solier.

**28.—Francisco Pérez de Quesada.**—Apellidado también Jiménez de Quesada. Era hermano del licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, descubridor y conquistador del Nuevo Reino de Granada. Nació en Córdoba a principios del siglo XVI, y fueron sus padres el licenciado Gonzalo Jiménez y doña Isabel de Quesada. Con ellos se trasladó a Granada en 1524. Diez años después, en 1534, pasó al Perú y luego a la conquista de Chile con Diego de Almagro, distinguiéndose mucho en ella por su valor. Encontrábase en Pasto a principios de 1543, cuando llegó allí su hermano Fernando Pérez de Quesada, de vuelta de su trágica expedición en busca del Dorado, y con él se marchó a Santafé de Bogotá. Presos y desterrados ambos por el Adelantado don Alonso Luis de Lugo, fueron a parar a la isla de Santo Domingo; y cuando de ella regresaban al Nuevo Reino de Granada, al llegar al Cabo de la Vela un rayo que cayó sobre el barco fulminó a los dos hermanos. Ocurrió esto el 26 de Octubre de 1544.

**29.—Diego de Uceda.**—Era primo hermano del licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada. Nació en Córdoba hacia el año 1514, y sus padres fueron Alonso de Uceda, mayordomo de la Casa de San Antón, e Inés de Chillón o de Soria. Tal vez pasara al Perú en 1534 con su primo Francisco Pérez de Quesada. Parece que intervino en la conquista del territorio de los Charcas, y se radicó en la ciudad de Nuestra Señora de la Paz, donde falleció en el año 1566 sin dejar descendencia.

Tuvo dos hermanos varones: Gonzalo y Alonso de Uceda; y tres hembras: Ana de Uceda, María de Berrio e Isabel de Quesada, que al parecer permanecieron solteras.

**30.—Alonso de Uceda.**—Era natural de Córdoba e hijo de Alonso de Uceda y de Inés de Chillón o de Soria. Probablemente pasó al Perú en 1534 con su hermano mayor Diego de Uceda, y como él fijó su residencia en la ciudad de Nuestra Señora de la Paz. Aun vivía en ella en el año 1568.

Era primo hermano, por su madre, del licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, descubridor y conquistador del Nuevo Reino de Granada.

**31.—Juan de Godoy.**—Era natural de Córdoba, según dice Andrés de Morales y Padilla. Con el cargo de capitán tomó parte en las guerras del Perú. No parece que fuera de los primeros conquistadores.

**32.—Hernando de Arias.**—Era vecino de Córdoba, y pasó a las Indias en 1534 a la conquista y población del Perú.

**33.—Juan del Puerto.**—Fué vecino y tal vez natural de Córdoba. Pasó a la conquista y población del Perú en 1534. Diez años después regresó a esta ciudad y contrajo matrimonio con María Pérez.

**34.—Pedro de Montoya.**—Natural y vecino de Córdoba. Se marchó a las Indias en el año 1534 a la conquista y población del Perú.

**35.—Alonso Gutiérrez.**—Era natural y vecino de Córdoba, y en 1534 pasó a las Indias a la conquista y población del Perú.

**36.—Francisco de Villagrá.**—Nació en la villa de Bujalance hacia el año 1512. Primero estuvo al servicio del conde de Benavente y al de la marquesa de Astorga, y luego en la campaña de Túnez. Pasó al Perú en 1537 con el capitán Pedro Ansúrez. Después de la muerte de Diego de Almagro, cuyo partidario fué, dirigió una expedición contra los chunchos y otra contra los chiriguano. Pasó a la conquista de Chile en 1540 con Pedro de Valdivia, y al siguiente año fué nombrado regidor de la recién fundada ciudad de Santiago. Seis años más tarde, cuando Pedro de Valdivia se fué al Perú para combatir al rebelde Gonzalo Pizarro, lo dejó por su teniente gobernador. Hubo de acompañarle luego en su entrada al territorio de Arauco y en las fundaciones de Valdivia y Villarrica. En 1552 fué enviado al descubrimiento del Mar del Norte, llegando hasta la Patagonia.

Muerto Pedro de Valdivia por los indios a principios de 1554, Francisco de Villagrá asumió el mando, siendo derrotado por los araucanos en Marihueno y sufriendo otros serios contratiempos, como el abandono de La Concepción, cuya ciudad fué destruida. En 1556 obtuvo el cargo de Corregidor y Justicia Mayor de Chile, y luego el título de Mariscal; y con los refuerzos que había llevado el gobernador García Hurtado de Mendoza, reanudó la campaña contra los indómitos araucanos, derrotando en Mataquito y dando muerte a su jefe Latauro en Abril de 1557. Al siguiente año fué nombrado gobernador de Chile, y a poco emprendió nuevas operaciones contra los indios, en las que no tuvo tanta fortuna. Falleció en 1563, reemplazándole su primo Pedro de Villagrá.

**37.—Pedro de Villagrá.**—Nació hacia el año 1508, y probablemente en la villa de Bujalance, como su primo y compañero de armas Francisco de Villagrá. Con él parece que se marchó al Perú en 1537, y con él también hizo varias campañas, como la del descubrimiento y conquista de Chile a las órdenes de Pedro de Valdivia. Nombrado por éste maestre de campo general, dirigió en 1544 una expedición contra los indios del valle de Copiapó. Acompañó a Pedro de Valdivia en sus dos campañas contra los araucanos. En 1547 fué elegido regidor de la ciudad de Santiago. Cuando su primo Francisco fué nombrado gobernador de Chile en 1558, se le designó por su teniente general. Sucedió a su primo en aquel puesto en 1563. Murió en 1577.

**38.—Francisco de Cabrera y Godoy.**—Nació en Córdoba a principios del siglo XVI, y sus padres fueron el capitán don Pedro de Cabrera Godoy y doña Isabel Barasa Malaver. También siguió la carrera de las armas; y siendo ya capitán, acompañó en 1535 al emperador Carlos V en su expedición a Túnez y fué uno de los que más se distinguieron en aquella campaña. Unos años más tarde pasó a las Indias y estuvo en el Perú combatiendo contra Gonzalo Pizarro.

De regreso a España, contrajo matrimonio en la isla de San Miguel con doña María Manuel, hija del gobernador Adán López Múñiz, de la cual tuvo ocho hijos: Juan de Cabrera y Godoy; Pedro de Cabrera, que fué prior del convento de San Jerónimo; Alonso de Cabrera, fraile dominico, misionero en América, escritor y el mejor orador sagrado de su tiempo; Jerónimo de Godoy, que se halló en el socorro de Malta; Francisco de Cabrera y Godoy y Lorenzo de Cabrera y Godoy, que también pasaron al Perú; Ana de Cabrera, monja en el convento de Regina Cœli, e Isabel de Cabrera.

**39.—Alonso Pérez de Cea.**—Era natural de Córdoba, y sus padres fueron don Francisco de Cea y doña Inés de los Ríos o de Castillejo, de la casa de los señores de Fernán Núñez. Acaso pasara a las Indias con su pariente don Pedro de los Ríos, gobernador de Castilla del Oro. Es probable que interviniera en la conquista del Perú, y de cierto tomó parte en la del territorio de los Charcas, radicándose en el asiento de Potosí, donde falleció hacia el año 1552, sin dejar descendencia.

Su hermano mayor Gonzalo de Cea y de los Ríos también estuvo por aquellas tierras,

**40.—Pedro Múñiz de Godoy.**—También se apellidaba Núñez de

Godoy. Era natural de Córdoba, y sus padres fueron don Fernando Yáñez de Godoy y doña María de Figueroa, hermana de doña Catalina de Saavedra, la segunda esposa del gobernador de Castilla del Oro don Pedro de los Ríos. Muy joven aún pasó a las Indias, y según parece militó a las órdenes de Sebastián de Belalcázar. Por sus servicios alcanzó el grado de capitán, y hacia el 1550 residía en la ciudad de Nuestra Señora de la Paz de los reinos del Perú. Andrés de Morales y Padilla dice que dejó por aquellas tierras varios hijos naturales.

Tuvo tres hermanas: Catalina de Saavedra, Leonor de Sandoval y María de Figueroa.

**41.—Francisco de Velasco.**—Según afirma fray Cristóbal de San Antonio y Castro, fué natural de Bujalance. En 1533 alistose en Sevilla en el ejército organizado por Jorge de Spira, sustituto de Ambrosio Alfinger en el gobierno del territorio de Venezuela. Durante unos cuatro años le acompañó, como teniente general, en sus infructuosas correrías por aquellas tierras en busca del Dorado. Luego se pasó al Perú; y con el cargo de capitán de caballos ligeros se distinguió en varias empresas, y muy especialmente en la conquista de la provincia de Cuyo, donde murió.

**42.—Jerónimo de Villarreal.**—Natural de Córdoba. Pasó a las Indias, y hacia el año 1580 era vecino de la ciudad de la Plata en la provincia de los Charcas.

**43.—Diego Gutiérrez de los Ríos.**—Según dice Andrés de Morales y Padilla en su «Historia de Córdoba», era natural de esta ciudad e hijo bastardo de don Luis Gutiérrez de los Ríos, que fué jurado de Córdoba, y nieto del jurado don Diego Gutiérrez de los Ríos y de doña María de Luna. Poco antes de mediar el siglo XVI debió marcharse a las Indias con su hermano Martín Alonso de los Ríos, y juntamente con él tomó parte en la conquista de la provincia de Potosí.

Tuvo muchos hermanos de legítimo matrimonio, de los cuales el mayor, Diego Gutiérrez de los Ríos, fué veinticuatro de Córdoba, y Antonio Ramírez de Valenzuela también pasó a las Indias y en ellas murió.

**44.—Martín Alonso de los Ríos.**—Era cordobés, según dice Andrés de Morales y Padilla, e hijo natural de don Luis Gutiérrez de los Ríos y nieto del jurado don Diego Gutiérrez de los Ríos y de doña María de Luna. Pasó a las Indias hacia mediados del siglo XVI, y tomó parte con su hermano Diego Gutiérrez de los Ríos en la conquista del territorio de Potosí.

**45.—Gonzalo de Cea y de los Ríos.**—Era natural de Córdoba y el primogénito de don Francisco de Cea y de doña Inés de los Ríos. Fué jurado de esta ciudad. Ya casado y con hijos, y hacia el 1552, pasó al Perú, probablemente a recoger los bienes de su hermano Alonso Pérez de Cea, muerto poco antes en el Potosí. No mucho tiempo después debió regresar a Córdoba, donde pasó el resto de sus días.

Contrajo matrimonio en el año 1540 con doña Mayor de Córdoba, hija del veinticuatro don Gonzalo Fernández de Córdoba, y tuvo de ella cuatro hijos: Francisco de Cea y de los Ríos, Gonzalo Fernández de Córdoba, Andrés de Argote e Inés de Castillejo.

**46.—Lorenzo Suárez de Figueroa.**—Según Andrés de Morales y Padilla era cordobés; pero creo más bien que fué natural de Ecija e hijo de don Luis Laso de la Vega y de doña María de Zayas, de la familia de los condes de Feria. Hizo sus primeros estudios en el colegio de la Compañía de Jesús. Pasó a las Indias, distinguiéndose mucho en la conquista de la provincia de Tucumán, la cual gobernó durante diez y seis años, dejándola en muy próspero estado a su fallecimiento, ocurrido en 1597.

Con el nombre de San Lorenzo de la Frontera fundó en 1592 la ciudad de Santa Cruz. Favoreció cuanto pudo las conversiones de los indios, y con gran liberalidad el establecimiento de los jesuitas, entre cuyos primeros misioneros figuraron el cordobés Alonso de Bárcena y el lucentino Francisco de Angulo.

**47.—Pedro Fernández de Córdoba.**—Era cordobés, según afirma Andrés de Morales y Padilla. Después de tomar parte en las guerras de Flandes, pasó a Chile, donde hizo casi toda la campaña contra los araucanos. Fué uno de los 14 valientes que acudieron en socorro de Pedro de Valdivia cuando cayó prisionero de Latauro en Tucapel. Años más tarde, en 1557, intervino en todos los combates que se sucedieron hasta la decisiva victoria de Quiapó o Mataquito. Es mencionado con gran elogio por Alonso de Ercilla en «La Araucana» y por el poeta chileno Pedro de Oña en «El Arauco domado».

**48.—Pedro de Aguayo.**—Era natural de Córdoba, y al parecer hijo de don Rodrigo de Aguayo y de doña Leonor de Cárdenas. Pasó a Chile hacia mediados del siglo XVI, y con el cargo de capitán tomó parte en las campañas contra los araucanos a las órdenes de Francisco de Villagrá y del gobernador García Hurtado de Mendoza. De las hazañas de Pedro de Aguayo hacen grandes elogios, tanto su compañero de armas Alonso de

Ercilla en «La Araucana», como el licenciado Pedro de Oña en su poema «El Arauco domado».

**49.—Alonso de Aguilera.**—Sus padres fueron don Alonso de Aguilera y doña Marina Gascón. Al parecer fué natural de la villa de Porcuna; pero se crió y contrajo matrimonio en Córdoba. Ya casado y con hijos, y hacia el 1548, se marchó a Chile, regresando a Córdoba tres años después. Aún vivía aquí en el de 1568.

Su esposa doña Lucía de Zurita era hija del jurado Alonso de Zurita y hermana del licenciado Alonso de Zurita, que fué oidor de la Audiencia de Santo Domingo.

Tuvo cuatro hermanos conocidos: Pedro de Olmos de Aguilera, que también pasó a Chile; Diego de Aguilera, Luis Pérez Gascón y María de Aguilera.

**50.—Pedro de Olmos de Aguilera.**—Quizás naciera en la villa de Porcuna. Era hijo de don Alonso de Aguilera y de doña Marina Gascón, que fueron vecinos de Córdoba. Pasó a Chile, acaso en 1548, con su hermano Alonso de Aguilera, y fijó su residencia en la ciudad de la Concepción.

Antes de pasar a las Indias contrajo matrimonio con doña María Zurita de Villavicencio, de la que tuvo tres hijos, nombrados Alonso, Diego e Inés. Una y otros se fueron con su esposo y padre a fines del año 1553.

**51.—Luis Méndez de Sotomayor.**—Nació en la villa de Fernán Núñez, y era hijo natural de don Diego Méndez de Sotomayor y de doña Catalina de Córdoba, y nieto por su padre de don Pedro Méndez de Sotomayor y de doña Beatriz Venegas. Contrajo matrimonio con doña María de Aranda Valdivia, hija del capitán Diego de Aranda, y con ella pasó a Chile en el año 1579,

Tíos carnales suyos fueron don Luis Méndez de Sotomayor y don Pedro Méndez de Sotomayor, naturales y vecinos de Córdoba, como también lo fué su padre.

**52.—Pedro de Córdoba y Guzmán.**—Caballero cordobés y del hábito de Santiago, según dice Andrés de Morales y Padilla en su «Historia de Córdoba». Perteneció a la casa de los marqueses de Ardales. Fué Alguacil mayor del Santo Oficio en Quito. Luego pasó a Chile e intervino en las guerras de Arauco y en la campaña contra el corsario inglés Ricardo Hawkins, que asoló las costas del Mar del Sur y al fin fué

vencido y hecho prisionero en 1594 frente a San Mateo por don Beltrán Hurtado de Mendoza. A Pedro de Córdoba y Guzmán lo mencionan Pedro de Oña en su poema «El Arauco domado» y Diego Osorio en su continuación de «La Araucana».

**53.—Luis de Roa.**—Natural de Córdoba. Era hijo de Andrés de Roa y de Catalina Pérez y nieto por su madre del escribano público Alonso de Córdoba. En 1588, a poco de perder a su padre, pasó a las Indias. Primero estuvo en Panamá; y luego por el Perú bajó a Chile, donde se radicó definitivamente y contrajo matrimonio, del que hubo ilustre descendencia.

Hermanos suyos fueron Alonso, Miguel, Andrés, Pedro y Andrea de Roa, algunos de los cuales lograron mejorar también su condición económica y social.

**54.—Fray Jerónimo de Loayza.**—Nació en Trujillo en 1489, y fueron sus padres don Alvaro de Loayza y Carvajal y doña Juana González de Paredes. Hizo sus estudios de Humanidades en Coria, y en Sevilla inició los de Teología, que completó en Córdoba, en cuyo convento de San Pablo tomó el hábito y profesó hacia el 1516. Elegido colegial del de San Gregorio de Valladolid, juró sus Estatutos el 1.º de Marzo de 1521. Gobernó más tarde algunos conventos de Andalucía y el de Santa Cruz de Carboneras.

Con el gobernador y capitán general García de Lerma, llegó a Santa Marta en 1529. Luego pasó a la provincia de Cartagena, y a fines de 1534 se vino a España. En 1537, a la muerte de fray Tomás de Toro, fué nombrado obispo de Cartagena de Indias, donde fundó el convento de San José.

Años más tarde fué promovido a la silla de Lima, en cuya ciudad hizo su entrada el 23 de Agosto de 1543. En unión de fray Tomás de San Martín intervino como mediador entre los encomenderos alborotados y el virrey Blasco Núñez Vela. Vencido y muerto éste en Inaquito, Gonzalo Pizarro los comisionó para que vinieran a España para gestionar la aceptación de los hechos consumados y su nombramiento de virrey. En Panamá se encontraron con el licenciado Pedro de la Gasca, al que dieron informes y consejos sobre lo que debía hacer para imponer la autoridad real. Al abandonar La Gasca el virreinato en 1549, entregó a fray Jerónimo de Loayza, ya arzobispo de Lima, una fuerte suma para obras pías y limosnas, legándole además las rentas de la provincia de Jauyos,

con cuyos recursos pudo iniciar la construcción de la hermosa Catedral de Lima, el hospital de San Lázaro, el monasterio de las canonisas de San Agustín y el grandioso hospital de Santa Ana, en cuyo claustro reprodujo el del convento de San Pablo de Córdoba. En el orden espiritual, además de sus pastorales y de sus anuales visitas, reunió en Lima dos Concilios sinodales, en Octubre de 1552 y Marzo de 1567. Falleció el 25 de Octubre de 1575.

**55.—Pedro de Guzmán.**—Era cordobés y sobrino del capitán don Juan de Montemayor, hijo ilegítimo de su hermana doña Luisa de Luna. Cuando contaba diez años de edad pasó a la Corte y se puso al servicio de don Diego de Mendoza; luego al de don Andrés de Luna y después al del licenciado Pedro de la Gasca, con el que se marchó al Perú en el año 1546. Allí murió antes del 1557.

**56.—Andrés de Cianca.**—Era licenciado en Derecho. Vino a Córdoba en 1543 con el corregidor don Francisco Osorio, que le nombró su Alcalde mayor. Años más tarde, en 1546, pasó al Perú con el licenciado Pedro de la Gasca. En 1549, cuando emprendió éste su regreso a España, quedó Andrés de Cianca de presidente en la Audiencia de Lima, que fué la que tuvo a su cargo el gobierno hasta la llegada del virrey don Antonio de Mendoza.

**57.—Arias de Acevedo.**—No era natural de Córdoba, como algunos suponen; pero estuvo casado con una cordobesa. Sus padres fueron don Pedro de Acevedo Maldonado, Corregidor de Badajoz, y doña Juana Ramírez de Perea. No se sabe cuando pasó a las Indias, ni si intervino en alguna empresa guerrera antes de establecerse en Panamá, de cuya ciudad parece que fué regidor. Allí contrajo matrimonio, hacia el 1528, con doña Leonor de los Ríos, hija del gobernador de Tierra Firme don Pedro de los Ríos. Muchos años más tarde bajó al Perú para combatir la rebelión de Gonzalo Pizarro, probablemente en 1547 con Pedro de la Gasca; y hacia el año 1550, con su esposa e hijos, se vino a España, radicándose en Córdoba. A mediados de 1553 fué nombrado veinticuatro de esta ciudad, y el día 30 de Noviembre del mismo año entregó su alma a Dios.

De doña Leonor de los Ríos dejó dos hijos, ambos nacidos en América: Luis de Acevedo y Pedro de Acevedo. El primero, que también fué veinticuatro de Córdoba, murió pocos años después, sin dejar hijos legítimos. El segundo contrajo matrimonio con doña Isabel de Hocés, sobrina de don Juan de Simancas, obispo de Cartagena de Indias; fué uno de los



capitanes que más se distinguieron en la guerra contra los moriscos de las Alpujarras; y desde 1558, por renuncia que del oficio le hizo su hermano Luis, desempeñó el de veinticuatro de esta ciudad.

**58.—Diego Gutiérrez de los Ríos.**—Era natural de Córdoba. Sus padres fueron el jurado don Diego Gutiérrez de los Ríos y su primera esposa doña Aldonza de las Infantas. Sin duda alguna, con su tío carnal el gobernador don Pedro de los Ríos, embarcó para Tierra Firme a mediados de 1526. Después de residir varios años en aquel territorio, y hacia el de 1535, se dió una vuelta por su patria, que pronto abandonó para marcharse de nuevo a las Indias. Según parece fué gobernador entonces de Santa Marta y del Río Grande de la Magdalena, y en 1545 era vecino de Antioquia. Bajó luego al Perú con Pedro de la Gasca para combatir la rebelión de Gonzalo Pizarro. En 1551 ya estaba otra vez en Córdoba, donde pasó el resto de su vida. Ya había muerto en 1564.

Contrajo matrimonio a fines de 1552 con doña Leonor Venegas, sobrina del obispo de Cartagena de Indias don Juan de Simancas. De ella tuvo tres hijos: Diego Gutiérrez de los Ríos, que fué veinticuatro de Córdoba, Aldonza de los Ríos y María Venegas.

Hermanos suyos, pero sólo de padre, fueron Pedro de los Ríos y Diego Gutiérrez de los Ríos, de los segundos conquistadores del Perú, y Francisca Laso de Mendoza y de los Ríos, esposa de don Gonzalo Martel de la Puente, tesorero de Tierra Firme, que también estuvo en el Perú.

**59.—Gonzalo Martel de la Puente.**—Señor de Almonaster. Era hijo de don Alonso Fernández de la Puente, que fué tesorero en Tierra Firme, y de doña Aldonza de Acevedo Martel, sobrina del arzobispo de Toledo don Alonso de Acevedo. Pasó a las Indias con su padre, al que reemplazó en el cargo de tesorero. Durante más de veinte años residió en Panamá, de cuya ciudad fué regidor; y según parece, en 1547 bajó al Perú con Pedro de la Gasca para combatir al rebelde Gonzalo Pizarro. Unos seis años después regresó a España. A principios de 1554 se encontraba en Córdoba. Luego trasladó su residencia a Sevilla, donde aún vivía en 1568.

Estuvo casado con una cordobesa: doña Francisca Laso de Mendoza y de los Ríos, hija del jurado don Diego Gutiérrez de los Ríos y de doña Beatriz Laso de Mendoza. Por lo menos tuvo de ella dos hijos: Alonso Fernández Martel y Aldonza de Acevedo Martel de los Ríos, que contrajo matrimonio con don Alvaro de Guzmán, señor de Fuentes.

De sus hermanas, doña Mencía de Figueroa Martel hubo de casarse con don Diego de Cárcamo, uno de los conquistadores de Méjico, y luego señor del Aguilarejo y veinticuatro de Córdoba; y doña Luisa Martel fué la legítima esposa del padre de Garcilaso de la Vega el Inca y luego de don Jerónimo Cabrera, el fundador de la Córdoba del Tucumán. Algunos suponen que ésta fué hija y no hermana de Gonzalo Martel de la Puente.

**60.—Rodrigo de Hinestrosa y Villacís.**—Era cordobés, y sus padres fueron don Luis de Hinestrosa, señor de Teba y veinticuatro de Córdoba, y doña Catalina de Villacís, hija de don Pedro de Villacís, tesorero general de la Inquisición y veinticuatro de Sevilla. Pasó al Perú en 1553, y por aquellas tierras halló la muerte, sin dejar sucesión, antes del año 1563.

Tuvo nada menos que veintiún hermanos, los que en su mayoría murieron muy jóvenes y algunos en servicio de S. M. Tan sólo cinco le sobrevivieron: Francisco de Hinestrosa, que heredó el mayorazgo y fué también veinticuatro de Córdoba; Martín López de Hinestrosa, Lope López de Hinestrosa, Elena de Menchaca y Beatriz de Hinestrosa, que contrajo matrimonio con el oidor don Juan de Menchaca y Manzanedo.

**61.—Luis Fernández de Córdoba.**—Debió nacer en Córdoba hacia el año 1530, y fué hijo de don Francisco Fernández de Córdoba, séptimo señor de Guadalcazar, y de doña Isabel de Carvajal. Pasó al Perú, donde por sus servicios militares alcanzó el grado de capitán, y allí contrajo matrimonio con doña Catalina Marroquí, de noble linaje y de los conquistadores de aquel reino, de la cual tuvo tres hijos: Francisco de Córdoba, Luis de Córdoba y Francisca de Córdoba, que casó con Antonio Ordóñez de Valencia.

De sus hermanos, Lorenzo de Córdoba fué abad de Rute y oidor de Valladolid; Andrés de Córdoba, oidor de Sevilla, del Tribunal de la Rota y obispo de Badajoz; Catalina Fernández de Córdoba, se casó con don Juan de Vargas Carvajal, su primo, hijo de don Diego de Vargas Carvajal, comisario por S. M. en el Perú; y Beatriz de Avila y Córdoba, con el veinticuatro don Luis de Acevedo, del que no tuvo hijos, y después con don Rodrigo de Narváez, alcaide de Antequera.

Nieto de su hermano mayor Antonio Fernández de Córdoba fué don Diego Fernández de Córdoba, primer marqués de Guadalcazar y virrey de Méjico y del Perú.

**62.—Juan Yáñez de Avila.**—Era cordobés, y fueron sus padres Pedro Yáñez de Avila y Beatriz Gómez de Herrera. Se marchó al Perú a fines del año 1555.

Sus hermanos Fernando Yáñez de Avila y Antonio de Avila eran mercaderes. Este último fué vecino de Sevilla y estuvo casado con doña Inés de Córdoba.

**63.—Pedro de Ribera.**—Era natural de Córdoba e hijo del licenciado Luis Sánchez de Ribera. Hacia mediados del siglo XVI pasó al Perú, y fué vecino de la ciudad de los Reyes. Se vino a España en 1568 y se dió una vuelta por su patria, para recoger la herencia de su padre. No se sabe si regresó a las Indias.

Tuvo seis hermanos: Diego de Ribera, Gaspar de Ribera, Beatriz, Leonor, Ana y Luisa de Ribera.

**64.—Cristóbal de Aranda.**—Natural de Córdoba e hijo de Cristóbal de Aranda y de doña Leonor de Armenta. A mediados del siglo XVI, dejándose atrás a su mujer y a sus hijos, se marchó al Perú en busca de fortuna, avecindándose en la ciudad de Lima. En ella falleció hacia el año 1565.

Estuvo casado con doña Antonia del Arroyo, de la que dejó cuatro hijos: Cristóbal de Aranda, Martín Alonso de Armenta, Luisa de Aranda y María de Aranda y Cañaveral. Esta fué la segunda esposa de García de las Roelas, hermano del célebre P. Andrés de las Roelas, el de las apariciones del arcángel San Rafael.

**65.—Diego Fernández de Córdoba.**—No parece que fuera cordobés de nacimiento. Era hijo de Alonso de Palma, mercader, y de Inés de Córdoba. En esta ciudad se aveció en 1552, ejerciendo la misma profesión de su padre; y algunos años más tarde pasó a las Indias, fijando su residencia en la de los Reyes del Perú. Aun vivía en ella hacia el 1581.

Contrajo matrimonio con doña Mencía Gutiérrez de Silva, de la que tuvo por lo menos tres hijos: Alonso Fernández de Córdoba, Juan Fernández de Córdoba y Juana de Silva, esposa de Juan de Saavedra, cordobés, escribano mayor de la gobernación del Perú.

Su hermano el licenciado Juan Fernández de Córdoba, clérigo, fué vecino de Sevilla.

**66.—Fray Jerónimo de Cervantes.**—Fueron sus padres Jerónimo de Baena y Valenzuela, que pasó al Río de la Plata en la expedición de

don Pedro de Mendoza, y en ella pereció, y doña Isabel de Cervantes. Profesó en la Orden de Santo Domingo, y fué conventual del de San Pablo de Córdoba durante varios años. Hacia el de 1560 pasó al convento de Trujillo, en el Perú.

Era hermano político del licenciado Pedro Fernández de Valenzuela, que también estuvo en el Perú como fiscal de la Audiencia de Lima.

**67.—Garcilaso de la Vega el Inca.**—Nació en el Cuzco el 12 de Abril de 1539, y fueron sus padres el capitán Sebastián Garcilaso de la Vega y Vargas y la princesa india Isabel Palla o Chimpu Ocllo, nieta del inca Túpac Yupangui. De su educación estuvieron encargados el hidalgo Juan de Alcobaza, y luego el canónigo Juan de Cuellar. Entre los años 1550 y 1554 hizo varios viajes por el Alto Perú y residió una temporada en Potosí; y en 1553, hallándose en el Cuzco, fué testigo presencial del levantamiento de Francisco Hernández Girón. Por esta época su padre contrajo matrimonio con doña Luisa Martel, hija o hermana de don Gonzalo Martel de la Puente, hecho que influyó grandemente en el ánimo y futura suerte del joven Garcilaso.

Hacia el año 1560 falleció su padre; se despidió de su madre y de su hermana uterina Luisa de Herrera, y se vino a España. Ya se encontraba en Sevilla en 1561; luego estuvo en Madrid, donde fracasaron sus gestiones ante el Consejo de Indias para obtener alguna recompensa en mérito a los servicios de su padre. Se alistó en el ejército hacia el 1564 y anduvo por Navarra y quizás por Italia. A fines de 1568, con el cargo de capitán de infantería, entró en campaña contra los moriscos de las Alpujarras, y sirvió a las inmediatas órdenes de don Juan de Austria. Después se estableció en Montilla, al amparo de su tío don Alonso de Vargas y Figueroa, viejo soldado, que en dicha villa había fijado su residencia algunos años antes y contraído matrimonio con doña Luisa Ponce de León, tía carnal de don Luis de Góngora y Argote, el famoso poeta cordobés. Don Alonso de Vargas, que no tuvo hijos, instituyó a Garcilaso por heredero de la mayor y mejor parte de sus bienes, entre los que se encontraban unos censos sobre los del marquesado de Priego.

El cobro de esta renta le ocasionó no pocos disgustos y rozamientos y hasta un pleito con el nuevo marqués don Pedro Fernández de Córdoba; y tal vez por librarse de su vasallaje y autoridad, o buscando más amplio campo para sus estudios históricos, se vino a Córdoba a principios del año 1592. Arrendó primero una casa en la calle de las Cabezas; y dedicado a la lectura de libros, en su bien surtida biblioteca, y a sus

trabajos históricos, pasó tranquilamente unos cuantos años. A mediados de 1605 fué nombrado mayordomo del hospital de Antón Cabrera, cargo que desempeñó durante unos tres. Se hizo muy caritativo y devoto y acabó por ordenarse de sacerdote. Ya lo era en 1612.

Hizo renuncia de derechos por sus servicios militares a favor de su sobrino Alonso Márquez Inca de Figueroa; y como no tenía herederos forzosos, pensó dedicar sus cuantiosos bienes a una memoria piadosa. A tal efecto adquirió en 1612 un arco y capilla en la Iglesia Mayor y encargó al escultor Felipe Vázquez de Ureta la hechura del Cristo del retablo. Por su testamento, fecha 18 de Abril de 1616, hizo la fundación en sufragios por su alma y las del Purgatorio. Cinco días después entregó la suya a Dios, probablemente en la casa que tuvo arrendada en la calle de los Deanes, frente a la calleja de Quero.

Escribió y publicó: *Diálogos de Amor*, traducción de la de León Hebreo; *Historia de la conquista de la Florida*, y *Los Comentarios Reales*, la más interesante y discutida de sus obras, cuya segunda parte terminó de imprimirse, en Córdoba, después de su muerte.

**68.—Asencio López.**—Natural de la villa de Morente e hijo de Miguel López. Era mercader, y en 1562 se marchó al Perú, estableciéndose en la ciudad de Trujillo. Seis años después regresó a Córdoba para liquidar cuentas con su socio Pedro Ruiz de Rojas. No se sabe si de nuevo se fué a las Indias.

**69.—Matías Pinelo de Mora.**—Natural de la villa de Yepes o de Toledo, en cuya ciudad residieron sus padres Alonso Martínez de Mora y Ana Méndez. Fué medio racionero de la Iglesia Catedral de Córdoba durante más de veinte años. Aquí vino con el obispo don Leopoldo de Austria, que le confirió el cargo de obrero de la misma, y en 1556 comisión para publicar los Breviarios cordobeses. En el año 1564 fué elegido obispo del Cuzco.

**70.—Fernando Arias de Saavedra.**—Nació en Córdoba hacia el 1530. Era hijo del jurado don Gonzalo de Saavedra y de su primera esposa doña Mencía de Valenzuela y Padilla, y nieto del caballero veinticuatro don Fernando Narváez de Saavedra. Fué teniente de la guardia de Felipe II, a las órdenes del duque de Feria, su capitán. Pasó a las Indias en el año 1567 con el cargo de tesorero general de los reinos del Perú, y murió a los pocos meses, sin dejar descendencia.

Su hermano Juan de Saavedra se marchó también al Perú en el mismo año.

**71.—Juan de Saavedra.**—Nació en Córdoba hacia el 1548, y sus padres fueron don Gonzalo de Saavedra y su segunda esposa doña María Carrillo. Fué paje de Felipe II. En el año 1567 pasó a las Indias con su hermano mayor Fernando Arias de Saavedra, y allí desempeñó el cargo de escribano mayor de la gobernación del Perú. Falleció en Lima el 11 de Abril de 1580.

Estuvo casado con doña Juana de Silva, hija del rico mercader Diego Fernández de Córdoba, y no dejó sucesión.

Tuvo tres hermanos más: Martín de Saavedra y Caicedo, que contrajo matrimonio con doña Francisca de Torreblanca, Gonzalo y Ana.

**72.—Alonso Díaz Carrasco.**—Natural de Córdoba. Sus padres fueron Juan Díaz Carrasco, mercader de libros, y María de la Paz. Pasó al Perú en 1567 con el tesorero don Fernando Arias de Saavedra.

**73.—Egas Venegas de Figueroa.**—Licenciado en Derecho. Nació hacia el año 1520, probablemente en Montilla, en cuya villa residieron sus padres. Fueron éstos don Egas Venegas y doña Teresa Fernández de Córdoba, hija de don Gonzalo de Córdoba, contador de los marqueses de Priego. Ya mediado el siglo pasó a las Indias, con el cargo de oidor de la Audiencia de Chile. Luego lo fué de la de Lima.

Hermanos suyos fueron: Pedro Venegas, que residió algún tiempo en Honduras; Gonzalo Venegas, Lorenzo Venegas, Luis Venegas y varias hembras, monjas en el convento de Santa Clara, de Córdoba.

**74.—Pedro Fernández de Valenzuela.**—Licenciado en Derecho. Era natural de Córdoba e hijo de Pedro Fernández de Villarreal. Hizo sus estudios en la Universidad de Salamanca. Hacia el 1558 fué nombrado juez de bienes confiscados, y en 1563 consultor del Santo Oficio. Seis años más tarde pasó al Perú con el cargo de fiscal de la Audiencia de Lima.

Contrajo matrimonio hacia el 1540 con doña Luisa de Cervantes, hija de Jerónimo de Baena y Valenzuela, que murió en el Río de la Plata. Tuvo de ella siete hijos: Francisco, Diego, Leonor, María, Magdalena, Andrés y Pedro.

Su hermano menor Francisco Pérez de Valenzuela también figuró en el descubrimiento del Río de la Plata.

**75.—Antón Ruiz Perulero.**—Natural y vecino de Córdoba, propietario e industrial de profesión. Hacia el año 1570, ya de avanzada edad, arruinado por un pleito que sostuvo con su yerno el licenciado don Ber-

nardo Ortiz, se marchó al Perú en busca de fortuna. Murió en la ciudad de los Reyes en 1581.

Dejó tres hijas: Catalina Ruiz, la esposa del abogado Bernardo Ortiz, María de San Juan y Ana del Espíritu Santo.

**76.—Fernando Carrillo y Valenzuela.**—Según creo nació en Baena, y sus padres fueron don Andrés de Valenzuela y doña María Carrillo de Córdoba. Seguramente es el Hernán Carrillo de Córdoba, que pasó al Perú en el año 1576 y que Fernández de Bethencourt confunde e identifica con un caballero veinticuatro cordobés, homónimo suyo, fallecido en 1575. Hernán Carrillo y Valenzuela o Carrillo de Córdoba fué capitán de la Concepción y castellano de Arauco, capitán general y corregidor de Cajamarca y capitán general del Mar del Sur y puerto del Callao.

Poco antes de marchar a las Indias contrajo matrimonio con doña Leonor de Carvajal. Hijo suyo fué don Fernando Carrillo de Córdoba, regidor perpetuo y procurador general de la ciudad de Lima.

**77.—Jerónimo Borrero.**—Natural y vecino de Lucena y mercader de profesión. Pasó al Perú en el año 1579.

**78.—Rodrigo Jurado.**—Era natural de Córdoba e hijo del jurado Melchor Jurado, que fué Depositario general de esta ciudad. Como su padre, fué también mercader. Se marchó al Perú en el año 1579, y debió morir por aquellas tierras antes del 1605.

Tuvo tres hermanas: Leonor Alvarez, María Alvarez y Mencía Alvarez o de Sotomayor, esposa ésta de don Alonso de Cervantes y Sotomayor, y cuñada, por tanto, de don Gonzalo de Cervantes y Saavedra, que también pasó a las Indias.

**79.—El padre Alonso Ruiz.**—Era natural de Córdoba y de familia bien acomodada. Ingresó en la Compañía de Jesús, y el P. Francisco de Borja, al notar sus buenas disposiciones, se lo llevó a Roma, donde tuvo por maestro al P. General Claudio de Acquaviva. Ordenado de sacerdote, lo fué de novicios y después provincial de la romana. De Roma vino por rector del colegio de Granada, en donde fué confesor del arzobispo don Pedro Romero. Pasó luego a las Indias como misionero, adquiriendo gran fama por sus predicaciones, especialmente en el Perú y ciudad de Arequipa, cuya destrucción profetizó en uno de sus sermones. Sin duda fué la que produjo el terremoto de 2 de Enero de 1582.

**80.—Alonso Tejada.**—Era natural de Córdoba. Se hizo bachiller en Artes y Teología y ordenóse de presbítero. En el año 1582 pasó al Perú.

**81.—Francisco de Molina.**—Natural de Priego. Siguió la carrera eclesiástica y se ordenó de presbítero. Marchóse al Perú en el año 1582.

**82.—Fernando Alonso de Córdoba.**—Era natural de esta ciudad. Se marchó al Perú en el año 1584.

**83.—Luis Venegas del Cañaveral.**—Nació en Córdoba hacia el 1550, y fueron sus padres el caballero veinticuatro don Rodrigo del Cañaveral y Tovar y doña María de Cárdenas. En 1579 ya era veedor de la Real Armada de las Indias, y con este cargo hizo primero la carrera de la Nueva España. Luego, con el de capitán de infantería, estuvo en el Perú y en el socorro de Cartagena de Indias.

Era sobrino de don Pedro Venegas del Cañaveral, oidor de la Audiencia de Quito, y hermano menor del veinticuatro don Pedro del Cañaveral y de don Alonso Venegas del Cañaveral, que fué canónigo de la Catedral de Córdoba.

**84.—Fernando de Torres y Portugal.**—Primer conde del Villardonpardo; hijo primogénito de don Bernardino de Torres y Portugal, señor del Villar y de Escañuela, y de doña María Venegas Mejía. Su madre era cordobesa y en Córdoba contrajo matrimonio; pero don Fernando nació en Jaén, de cuya ciudad fué Alférez mayor. Luego desempeñó el cargo de Asistente de Sevilla; y durante su mando, en 1580, se fraguó una conspiración de los moriscos para levantarse simultáneamente en Sevilla, Córdoba y Ecija, que por fortuna logró abortarla con sus medidas.

A principios de 1584 se le concedió una veinticuatría de Córdoba, y en el mismo año fué nombrado virrey del Perú, de cuyo cargo tomó posesión en 1586, ejerciéndole, sin pena ni gloria, durante unos tres, aproximadamente, *Escibió: Cartas para los oficiales reales de Potosí sobre minas y otras cosas, y otra Carta al Corregidor y oficiales reales de Potosí, y diligencias sobre el nuevo beneficio de los azogues, descubierto por Carlos Corzo.*

Su hijo don Fernando de Torres y Portugal contrajo matrimonio en Córdoba, en 1605, con doña María Carrillo de Saavedra, hija de don Martín de Saavedra Caicedo y de doña Francisca de Torreblanca, y tía carnal de don Martín de Saavedra y Guzmán, que fué presidente, gobernador y capitán general del Nuevo Reino de Granada.



**85.—Pablo de Godoy.**—Era cordobés y tal vez hijo del capitán Juan de Godoy, que tomó parte en la conquista del Perú. El alcanzó también el mismo grado en la milicia, y hacia el 1589 se encontraba por tierras del Perú.

Al parecer era hermano de Lucrecia de Godoy, esposa de Baltasar de Collazos.

**86.—Baltasar de Collazos.**—De familia cordobesa y sin duda natural de esta ciudad. Pasó también al Perú, y en 1589 residía en Santiago de Miraflores. Estuvo casado con doña Lucrecia de Godoy.

**87.—San Francisco Solano.**—Llamado el Apóstol del Perú. Este santo nació en Montilla, en cuya iglesia parroquial fué bautizado el domingo 10 de Marzo de 1549. Sus padres fueron Mateo Sánchez Solano y Ana Jiménez. A los 20 años tomó el hábito de San Francisco, y en el de 1589 pasó al Perú con el virrey don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete. Recorrió las provincias de Tucumán y Río de la Plata, convirtiendo indios a la fe católica, y luego regresó al Perú. Fué guardián de varios conventos y general de la casa de Lima, en cuya ciudad falleció el 14 de Julio de 1610. Benedicto XIII lo elevó a los altares en 1726.

Tuvo dos hermanos, llamados Diego Jiménez Solano e Inés Gómez.

**88.—Juan de Vargas Venegas.**—Nació en Córdoba hacia el año 1560. Era hijo de don Juan de Vargas Venegas y de doña Mencía Carrillo de Córdoba, y nieto por su madre de don Rodrigo Díaz de Vargas, señor de Fuenreal. Pasó a las Indias y se distinguió mucho como capitán en el Perú. Allí contrajo matrimonio con doña Ana de Monzón, hija del licenciado Juan Bautista de Monzón, oidor de la Audiencia de los Reyes, y de doña Antonia de Sotomayor. De ella tuvo varios hijos.

Hermanos suyos fueron: el famoso don Rodrigo de Vargas Carrillo, asesinado a principios de 1595 en casa del racionero Pedro Cortés de Mesa; Pedro de Vargas y Catalina Carrillo.

**89.—Francisco de Cabrera y Godoy.**—Nació en Córdoba ya mediado el siglo XVI, y fué el quinto hijo varón del capitán don Francisco de Cabrera y Godoy y de doña María Manuel. Pasó al Perú, según dice Andrés de Morales y Padilla, y luego al Nuevo Reino de Granada, donde contrajo matrimonio en la ciudad de Cuenca, en la que fué capitán de la gente de armas, con doña Constanza de Mendoza, hija de Benito

de Mendoza, uno de los conquistadores. Aún vivía por aquellas tierras en el año 1595.

**90.—Lorenzo de Cabrera y Godoy.**—Era natural de Córdoba y el sexto de los hijos varones del capitán don Francisco de Cabrera y Godoy y de doña María Manuel. Sirvió a las órdenes de don Fernando de Córdoba, su paisano, y con el grado de alférez, en la Armada del Mar del Sur, y con el de capitán en Chile.

Fué caballero veinticuatro de Córdoba desde el 1611, y antes de Baeza, en cuya ciudad contrajo matrimonio en 1595 con doña Luisa Muñiz, hija del capitán Fernando Muñiz y sobrina del doctor Pedro Muñiz, deán de la catedral de Lima. De ella tuvo cuatro hijos: Francisco, Cristóbal, Pedro y María Cabrera.

**91.—Gonzalo de Cervantes y Saavedra.**—Nació en Córdoba a principios de Julio de 1549, y fueron sus padres don Alejo de Cervantes y doña Isabel de Escobar o de Heredia, hija del licenciado Alonso Fernández de Escobar. Por un delito de sangre, se huyó de Córdoba en el año 1568. Se hizo soldado; militó a las órdenes de don Juan de Austria, y es casi seguro que combatiera en Lepanto y que por entonces trabase buena amistad con su medio paisano Miguel de Cervantes Saavedra, el cual le dedicó grandes pero inmerecidos elogios como poeta en su «Canto a Caliope». Hacia el 1580 ya se hallaba de vuelta en su patria, y en ella contrajo matrimonio con doña María de Valverde, hija del rico mercader Gaspar Jurado, de la que tuvo cuatro hijos: Isabel, María, Alejo y Gaspar.

Ya viudo, quebrantos de fortuna y también su espíritu aventurero, le impulsaron a marcharse a las Indias; y en 1594, con cartas de recomendación para el gobernador de Trujillo, emprendió el viaje, que no pudo terminar, pues pereció ahogado con dos de sus hijos a la salida del puerto de la Habana.

Además de poeta fué escritor moralista. De esta clase compuso un libro titulado *Varios discursos*, que no llegó a publicarse, según parece.

Tuvo cinco hermanos: María de Cervantes, Beatriz de Vieras, Andrea de Cervantes, monja en Santa Clara, Claudia y Alonso de Cervantes Sotomayor. Este se vió complicado en el asesinato del famoso don Rodrigo de Vargas Carrillo.

Tíos carnales suyos fueron Alvaro de Cervantes y Alonso de Vieras, maestros de capilla de la Catedral de Córdoba; Francisco de Escobar, uno

de los conquistadores del Río de la Plata, y Andrés de Escobar, padre del licenciado Francisco de Sotomayor, que también pasó a las Indias.

**92.—Juan de Cabrera.**—Nació en Córdoba hacia el año 1575. Era hijo de don Juan de Cabrera y Godoy y de doña Ana Enríquez de Leiva, y nieto del capitán don Francisco de Cabrera y Godoy y de doña María Manuel. Con certeza sólo se sabe de él, por el testimonio de Andrés de Morales y Padilla en su «Historia de Córdoba», que murió en el Perú, a donde tal vez pasara a fines del siglo con su hermano Francisco de Cabrera y Godoy, que también halló la muerte en las Indias, en busca de la protección de su tío el capitán Francisco de Cabrera y Godoy.

**93.—Alonso de las Infantas.**—Era natural de Córdoba, hijo de don Antonio de las Infantas y de doña María Ortiz de Ávila, y bisnieto del famoso comendador don Antonio de las Infantas. Como alférez y capitán de armas sirvió en Sicilia, en el tercio de Flandes, a las órdenes de don Fernando Carrillo. Pasó más tarde al Perú y fué gobernador de Cochabamba, llamada entonces Oropesa, y de las minas de Huancavélica.

Tuvo un hijo natural llamado Antonio de las Infantas. Su tío fray Pedro de las Infantas, dominico, fué vicario provincial de la Orden y calificador del Santo Oficio en las Canarias.

**94.—Alonso Gutiérrez de Carrasquilla.**—Era natural de Córdoba y de profesión mercader. Fracasado en sus negocios y cargado de deudas, se marchó al Perú hacia el 1608, con el propósito de rehacer su fortuna, lo que en no pequeña escala logró conseguir. Se estableció en la ciudad de los Reyes, y aún se hallaba por aquellas tierras en 1620.

En el año 1603 contrajo matrimonio con doña Isabel de la Fuente, hija del cirujano Pedro Alonso de Valenzuela, y sobrina política de Andrés Pérez de Rojas, mercader, que fué alcalde ordinario de Córdoba.

**95.—Fray Pedro de Luque.**—Natural de la Rambla. Profesó en la Orden de Santo Domingo, y a principios del siglo XVII pasó al Perú. Hacia el año 1615 fué nombrado calificador del Santo Oficio de la ciudad de Lima.

**96.—Miguel de Roa.**—Era cordobés, y sus padres fueron Juan de Roa de Medina y doña Catalina de Soto. Pasó al Perú en el año 1615 con el virrey don Francisco de Borja y Aragón, príncipe de Esquilache, y a su inmediato servicio.

Tuvo siete hermanos: Cristóbal de Roa de Medina, licenciado en De-

recho; Juan de Roa de Medina, presbítero; fray Luis de Jesús, carmelita descalzo; Isabel de Roa, esposa del jurado Miguel Jerónimo del Mercado; María de Roa, y tres hembras más, monjas en el convento de Santa Cruz.

**97.—Diego Fernández de Córdoba.**—Natural de Córdoba, hijo de don Francisco Fernández de Córdoba, noveno señor de Guadalcazar, y de doña Francisca Melgarejo de las Roelas. Fué veinticuatro de Córdoba, caballero del hábito de Santiago y primer marqués de Guadalcazar.

Hacia el 1612 pasó a las Indias como virrey de la Nueva España, territorio que gobernó por espacio de unos nueve años con suma prudencia y valor. Combatió la sublevación de los tehuecos de Sinaloa, estableció el tribunal de tributos y repartimientos del azogue y prestó generosos auxilios a los damnificados por los terremotos de 1619. En Noviembre de 1917 fundó la villa de Córdoba, y en el año 1620 la de Lerma.

De Méjico fué trasladado al Perú, también con el cargo de virrey, en el de 1621. Restableció la tranquilidad en el Potosí, gravemente perturbada por las discordias de vizcaínos y castellanos; hizo consagrar la magnífica catedral de Lima, y por medio de su sobrino Luis Fernández de Córdoba contuvo en las costas del Callao al almirante holandés Jorge Clerk. Le reemplazó en 1629 el conde de Chinchón.

Murió en su palacio de Guadalcazar el 6 de Octubre de 1630, y fué sepultado en la iglesia del convento de Carmelitas de dicha villa.

Antes de ausentarse de la Península contrajo matrimonio con doña Mariana Riedrer, noble alemana, dama de la reina Doña Margarita de Austria, de la cual tuvo cuatro hijos: Francisco Fernández de Córdoba, María, Brianda y Luisa.

Su tío don Luis Fernández de Córdoba fué deán de esta Santa Iglesia, obispo de Salamanca y de Málaga y arzobispo de Santiago y de Sevilla.

**98.—Luis Fernández de Córdoba y Arce.**—Era de familia cordobesa y tal vez natural de Córdoba. Acompañando a su tío don Diego Fernández de Córdoba, nombrado virrey de Nueva España, pasó a las Indias en 1612, y durante nueve años desempeñó algunos cargos importantes en aquel virreinato y combatió contra los holandeses. Trasladado al Perú el marqués de Guadalcazar, con él se marchó, siendo nombrado teniente capitán del Callao, cuyo puerto defendió en 1624 contra una flota de 12 navíos holandeses mandada por el almirante Jorge Clerk. En 1626 fué nombrado gobernador de Chile, y emprendió varias operaciones de

guerra contra los indígenas, siempre inquietos, e hizo abortar un levantamiento de los habitantes de Catirai y Talcamávida, que se fingían amigos y aliados. Pidió refuerzos al Perú, y se los enviaron en tan exígua cantidad, que en la batalla de las Cangrejeras los españoles sufrieron un completo desastre. No fué éste el único contratiempo que experimentó don Luis Fernández de Córdoba; y desprestigiado ya, fué sustituido en el cargo por don Francisco Laso de la Vega en 1629, y se volvió al Perú, donde moriría.

**99.—Antonio de las Infantas y Herrera.**—Era natural de Córdoba, y sus padres fueron don Antonio de las Infantas Padilla y doña Francisca de Aranda y Herrera. Estuvo primero en la Nueva España, donde desempeñó el cargo de alcalde mayor y administrador de la provincia de Tegualán. Luego pasó al Perú, tal vez en 1621 con el virrey don Diego Fernández de Córdoba, marqués de Guadalcazar, y por aquellas tierras se encontraba en 1624, cuando falleció su padre.

Tuvo seis hermanos: Francisco de las Infantas y Herrera, Teresa de las Infantas, Francisca de Herrera Padilla y tres más, que fueron monjas.

**100.—Francisco de las Infantas y Morales.**—Era hijo de don Esteban de la Infantas y Morales y de doña María de Loaisa. Debió nacer en Córdoba hacia fines del siglo XVI. Fué capitán de corazas en Milán y en Flandes, del Consejo de Guerra de estos estados y Comisario general de la caballería. Pasó luego al Perú con el cargo de gobernador de la provincia del Ica.

Estando en Milán contrajo matrimonio con doña Laura Velasco y Cantón, de los señores de Castel Velasco, y de ella tuvo dos hijos: Carlos de las Infantas y Morales y Leonor de las Infantas, monja en el convento de Santa María de las Dueñas. Su hermano fray Luis de las Infantas fué comendador del monasterio de Nuestra Señora de la Merced.

**101.—El padre Gabriel Cerrato.**—De la Compañía de Jesús. Según parece nació en Lucena. En 1628 era rector del Colegio de su Orden en Trujillo del Perú. Fué calificador del Santo Oficio en la misma ciudad.

**102.—Fray Fernando Muñoz de Baena.**—Era natural de Córdoba e hijo de Andrés Muñoz de Baena y de doña Elvira de Reina. Fué fraile profeso del convento de Nuestra Señora de la Merced, en el cual tomó el hábito en 1602. Pasó a las Indias como misionero y llegó a ser Vicario general de su Orden en el Perú. En España gobernó varios conventos, y por dos veces lo eligieron provincial. Falleció en el año 1660.

Su hermano Miguel Muñoz de Baena profesó en el monasterio de San Jerónimo de Valparaíso; y sus hermanas Inés de Valenzuela y Francisca de Reina fueron monjas del convento de Santa Marta.

**103.—Fray Juan de Cea.**—Natural de Córdoba y fraile profeso de su convento de Nuestra Señora de la Merced, donde tomó el hábito en el año de 1611. Pasó al Perú con el cargo de secretario del Vicario general. Falleció en las Indias en 1649.

**104.—Fray Diego de Córdoba y Salinas.**—Nació en Córdoba a fines del siglo XVI. Profesó en la Orden de los Menores de San Francisco y fué enviado al Perú, donde permaneció casi toda su vida, y de cuya provincia franciscana fué cronista, como continuador del P. Calancha.

Escribió: *Teatro de la Santa Iglesia Metropolitana de Lima; Epítome de la historia de la provincia de los doce apóstoles de la Orden de los Menores de la provincia del Perú, y Vida, virtudes y milagros del apóstol del Perú el venerable Padre fray Francisco Solano.*

**105.—Fray Antonio de Cabrera.**—Era cordobés, hijo de don Juan de Cabrera y Godoy y de doña Ana Enríquez de Leiva. Profesó en la Orden de Santo Domingo, seguramente en su convento de San Pablo de Córdoba, como su tío el notable escritor y orador sagrado fray Alonso de Cabrera. Fué enviado como misionero a las Indias, y hacia el 1614 se encontraba en el Perú, en la ciudad de los Reyes.

Era sobrino carnal también de don Francisco y don Lorenzo de Cabrera y Godoy, y hermano de Juan de Cabrera y de Francisco de Cabrera y Godoy que los cinco pasaron al Nuevo Mundo y tres de ellos, por lo menos, estuvieron en el Perú.



# Estudios Cordobeses

---

Cuando no hace mucho tiempo creímos llegado el momento de poder gozar de la creación del Centro de Estudios Andaluces, por el que habíamos luchado con tanta fe como entusiasmo, hubimos de recoger en abundantes notas las sugerencias que iban apareciendo ante nuestra vista, para llevarlas en su día a la nueva casa e incorporarlas a los quehaceres cotidianos.

Poco después, la realidad, vestida acaso con el peor de sus vestidos, (que no he de tratar de descubrir ahora) se impuso, y todas nuestras esperanzas hubieron de marchitarse en flor, y las notas, de esconderse en el más oscuro rincón de nuestro fichero.

Era natural que entre aquellas notas recogidas por mí, anduvieran en lugar destacado las que se referían a la literatura; no creo haya de esforzarme mucho en demostrarlo. Ni tampoco he de deciros que en mis andanzas por el campo de las letras, mis miras especiales se dirigían a aquellas cosas referentes a nuestra ciudad.

La posibilidad de aquel Centro, tan amado por nosotros, en especial por algunos de los que pertenecemos a esta Casa, pasó, desgraciadamente; pero no ha pasado, porque no hubiera sido posible, la actualidad de aquellos temas que llamaron mi atención, como íntimamente ligados a un Centro en donde se estudiaran aquellas cosas que a nuestra tierra se refieren. Y por eso, ahora que nuestra Academia está decidida a que lo cordobés ocupe el primer plano de su atención, decisión que me parece de todo punto admirable: porque nadie como nosotros sabrá acoger lo nuestro con tanto cariño; porque nadie sabrá poner en su estudio tanto amor, y ni podrá encontrar en su trabajo más facilidades, es por lo que me ha parecido conveniente, en esta mi actuación en la primera Semana Cordobesa que estamos llevando a cabo, exponer algunas de las razones que abonan nuestro empeño de intensificar los estudios de las cosas relativas a nuestra patria, diciendo de pasada, lo más brevemente que me sea posible, pero como argumento definitivo, algunas de las relaciones que pueden establecerse entre la ciencia que ha salido de nuestro solar, y la que tan directamente está unida con ella, la española.

Por una serie de circunstancias que no son del momento, el que ahora os dirige la palabra dedicó varios años de sus estudios a la lengua hebrea, trabajando con el malogrado Catedrático don Mariano Gaspar Remiro, del que fué ayudante personal en la Universidad de Madrid, y luego estudió también con el Catedrático «honoris causa» de Literatura rabínica del mismo centro, el judío R. Abraham Salom Yahuda, con el que llevó a cabo algunas investigaciones sobre las aljamas españolas. Por estas causas tuvo sobrados motivos de conocer la enorme importancia que el estudio de los judíos españoles tiene, no sólo por el valor intrínseco de ellos, sino además porque durante un largo lapso de tiempo de nuestra E. M., son ellos los únicos sucesores y más importantes representantes de la pléyade de poetas, historiadores, místicos y filósofos que contribuyeron a escribir el que es considerado hasta el día como el mejor libro del mundo: la Biblia.

Tuve también un estrecho contacto amistoso con los eruditos árabes que hoy con tanto acierto desempeñan las Cátedras de los estudios árabes en España. Hubo un tiempo en que en el Centro de Estudios Históricos de Madrid existieron dos secciones de estudios semíticos; una árabe, dirigida por don Julián Ribera y otra hebrea, por el citado Yahuda. Pero, un mal día, la sección de árabe desapareció, quedando para nosotros, los no iniciados, en la negrura más absoluta la ocasión de ello. La sección de hebreo vivió todavía algún tiempo una vida languidísima, de la que salió al fin por cansancio. Claro es que, esta última muerte, se debió también a la falta de amor a lo español, de Yahuda, que sólo había venido a España a ilustrar su carrera con un título más; pero que no oyó nunca la voz de lo español con la emoción con que la oímos nosotros y que acaso no consideró necesaria su estancia en España para los estudios que él quería hacer de sus hermanos en religión. Cuando yo salí para la Cátedra que desempeño, se fué el último discípulo que tuvo la sección, de la cual ya se estaba despidiendo Yahuda, para acudir a otros horizontes más amplios o más convenientes a la norma que él se había trazado en la vida. Y desde aquel momento casi cesaron de hacerse estudios semíticos con una protección oficial.

Es lamentable, pero es preciso consignar el hecho. El Estado español no debió tener abandonado de ninguna manera y de un modo tan absoluto, tan radical, el estudio del semitismo español. Son 15 ó 16 siglos de convivencia con los judíos y ocho siglos de dominación musulmana, los que estuvieron lamentablemente olvidada; olvidados una pléyade importantísima de españoles que hablaron en otro idioma distinto al castellano, pero tan españoles como Cervantes o Calderón.

Las cátedras que había en España dedicadas a los estudios semíticos



apenas si servían para dar la aprobación de unas materias que luego no habían de poder ser utilizadas como instrumentos de trabajo, porque el Estado no las defendía económicamente. Y así, el alumno que se encontró solicitado por esos estudios, veía al cabo de poco tiempo como se iban derrumbando en su memoria las notas que, con el entusiasmo de la juventud, había ido atesorando en las horas de trabajo. La enorme labor que la escuela presidida por Ribera, y en la que tan intensa y competentemente trabajaban sus discípulos (entre los cuales destacan con tan gran relieve Asín Palacios, Gaspar Remiro, González Palencia y García Gómez), la llevaba a cabo casi exclusivamente por un esfuerzo personal, y sin poder ofrecer a los que pudieran entrar en ella otra cosa que una colaboración entusiasta y un ejemplo de abnegación y de desinterés.

La Academia tiene un ancho campo en donde ejercitar sus actividades. Todos los terrenos aparecen hoy con grandes lagunas que es preciso ir llenando con el trabajo incansable de todos, con la mútua cooperación.

La escuela arabista es la que más ha trabajado hasta ahora. El insigne orientalista don Francisco Codera, continuador de la obra individual emprendida por Casiri, Gallangos, Lafuente Alcántara y Simonet, y feliz creador de la escuela, abrió el camino a la investigación colectiva y puede decirse que creó el deseo y llamó la atención sobre la necesidad de la protección de los Poderes públicos. La lista de las obras del venerable Codera, todas dedicadas al estudio del orientalismo español, es realmente interminable. Sabe unir en sus inquietudes—y quiero suplicaros os fijéis bien en este detalle, para recordarlo luego cuando hablemos de las posibilidades de nuestros estudios—el trabajo sobre los musulmanes, con obras tan destacadas y únicas como el *Tratado de Numismática arábigo española* (1879), y *Bibliografía arábigo-hispana*, en donde hay contenida una enorme labor de erudición y capacidad de trabajo, con el dedicado a los mozárabes en obras de tanta importancia como la publicación del *Memoriale sanctorum* de San Eulogio; *Indículus luminosus* de Alvaro; *Condición social y política de los mozárabes*; *Historia de los martirios de los mozárabes*, etc., etc.

Los estudios debidos a las plumas de los doctos arabistas citados más arriba, han dado lugar a interesantes descubrimientos, cada uno de los cuales es por sí solo capaz de honrar a una literatura y despertar la curiosidad más dormida. Y es sorprendente el ver que en nuestros días es cuando se hacen esos descubrimientos tan interesantes; y no acabamos de entender bien como ha sido preciso que pasen diez siglos para que se comience a investigar en un campo tan lleno de promesas y de realidades como éste.

Julián Ribera, ha obtenido en sus profundas investigaciones curiosísimos hallazgos que le han permitido formular unas atrevidas hipótesis sobre el oscuro origen de nuestra literatura escrita en castellano, español hoy; hipótesis que han venido a colocarse al lado de las mantenidas por los más doctos investigadores de nuestra poesía medieval, los eruditos, G. Paris y Bedier, en Francia y Menéndez Pidal en España. Al tratar de averiguar cual es el origen de la poesía épica castellana existen hoy tres teorías fundamentales: una, sostenida por G. Paris que dice que nuestros poemas proceden de las *Chansons* francesas, apoyándose en las semejanzas que existen en el lenguaje y en la métrica entre los poemas de las dos naciones; y en algunos detalles especiales como los que se refieren a la oración de Jimena y al llanto del Cid; otra sobre el origen germánico defendida por D. R. M. P. que dice que los bárbaros llevaron al mismo tiempo sus cantos y sus costumbres a todos los países que conquistaron, y que luego estas leyendas se modificaron según las necesidades de adaptación de cada país; y una tercera sobre el origen musulmán andaluz defendida por J. Ribera en un estudio sobre las «huellas que aparecen en los primeros historiadores de la península de una poesía épica romanceada que debió florecer en Andalucía en los siglos IX y X». Este estudio está lleno de atinadas observaciones que demuestran la preponderancia del elemento andaluz en la epopeya castellana, en la que sin duda ninguna tuvieron mucho influjo.

Cita Ribera para apoyar su interesante tesis las leyendas: *La generosidad de Artabás*; la del *Primer Conde de Andalucía* y sobre todo la que pueda considerarse la primitiva epopeya andaluza, la historia de Muza ben Muza, rey de Zaragoza y su yerno Izrac ben Mont, señor de Guadalajara y vasallo del Califa cordobés Mahomed (1). En el estudio de estas leyendas encuentra elementos bastantes para conjeturar que el origen de nuestra épica está en nuestra propia historia; porque no aparece como imitación de ninguna literatura extraña; porque elige los asuntos históricos recientes: porque no aparecen en el relato los elementos fantásticos; porque no hay en la narración un sentimiento de pública protesta contra el señor feudal; porque la mujer interviene para excitar el amor propio de los personajes... todos los caracteres de la epopeya castellana que luego aparecen en el *Poema del Mío Cid* y en los restos de los otros poemas perdidos. La sociedad española de ese tiempo tiene entre sus singularidades la generosa hospitalidad, la organización del ejército adscrito siempre a una idea, el sentimiento del honor exageradamente delicado, el espíritu de venganza, etc., etc., que son tam-

(1) Ben Alcutía.

bién de la sociedad árabe. Es cierto que esta hipótesis, como las otras dos citadas más arriba, no pueden ser todavía aceptadas plenamente; pero también lo es que en la defendida por el docto maestro de los orientalistas españoles actuales, hay un fondo de perfecta acomodación con la marcha general de nuestra historia en la E. M. Los datos que faltan no probarán otra cosa, al fin y a la postre, que el que los dos pueblos que habitaban en la península ibérica, no fueron siempre enemigos, no estaban pensando siempre en la guerra ni alimentaban el odio siempre; sino que en muchas ocasiones tuvieron relaciones muy estrechas, y sobre todo, que en las luchas que los monarcas y los soldados tenían constantemente viva, no tomaba parte el pueblo, más propicio a la quietud y el bienestar de la paz, que al espanto y al desasosiego de la guerra.

Igualmente ha planteado un problema de gran interés en la historia de nuestra poesía lírica. Es cierto que los trovadores provenzales tuvieron una grandísima influencia en la literatura española durante parte de los siglos xiv y xv. Pero hoy no es menos seguro, después del descubrimiento y estudio del riquísimo Ms. de Abencuzmán, un galano trovador musulmán de la ciudad de Cabra, que el desarrollo de la poesía trovadoresca debió la mayor parte de sus originalidades, de sus excelencias y aun de sus defectos a los poemas contenidos en el Cancionero de ese poeta de la época de los califas cordobeses. Estudiando los asuntos y las formas métricas, llega el señor Ribera a las conclusiones de que en esos poemitas de rimas combinadas, populares y seguramente compuestos para cantarlos en las plazas públicas, existe el germen de muchas canciones del Conde de Poitiers; de algunas cantigas de Alfonso X, y otras del Arcipreste de Hita dedicadas a las serranas, y de otras muchas debidas a los poetas cortesanos del siglo xv y hasta los primeros años del xvi.

En el trabajo que dedicó al estudio del poeta Abencuzmán, tradujo varios poemitas, y los analizó intensamente; y traza el cuadro de cómo debían cantarse en las plazas de Córdoba estas canciones. A cualquiera que haya tratado de bucear algo en los orígenes de nuestro teatro le será muy fácil establecer los muchos puntos de contacto que existen entre *estos juegos* del cantor o juglar musulmán y los *juegos de escarnio* que son admitidos por todos como una de las fuentes que contribuyen a formar el teatro español.

Con esos juegos de escarnio y el teatro religioso se forma Juan del Encina, que recoge en sus poemas el habla particular de Bermillo de Sayago, ruda e inculta, y las canciones populares, como villancicos, y hasta el elemento erudito del Renacimiento, como es la imitación de Virgilio, y canciones del tipo del zéjel, inventado por Mocadem de Cabra

el ciego. Como que precisamente en esta amplitud de criterio, en esta liberal asimilación de elementos tan varios, es donde la crítica ha podido mojar la pluma para asignar al procurador del Arcedianato de Málaga el honrosísimo título de padre del teatro español.

Continuando la labor emprendida por Ribera, y ya al lado suyo en la profundidad de la investigación, está don Miguel Asín Palacios. En un luminoso trabajo que leyó en 26 de Enero de 1919 en la Real Academia Española como discurso de ingreso titulado *La Escatología musulmana en la Divina Comedia* probó con abundantísima documentación que «a través del largo camino recorrido en esta exploración de los modelos islámicos de la *Divina Comedia*, un teólogo místico y exquisito poeta español, Abenarabí de Murcia, se nos ha ido revelando a cada paso como el más típico y sugestivo de aquellos modelos, como la más rica clave de los enigmas dantescos. En las obras de Abenarabí, efectivamente, y sobre todo en su *Fotuhát*, pudo encontrar el poeta florentino el cuadro general de su poema, la ficción poética de un viaje misterioso a las regiones de ultratumba y su significación alegórica, los planos geométricos que esquematizan la arquitectura del infierno y paraíso, los rasgos generales que decoran la escena del sublime drama, la vivísima pintura de la vida gloriosa de los elegidos, la visión beatífica de la divina luz y el éxtasis que la acompaña. Además, difícilmente habrá dos pensadores que más coincidencias ofrezcan en su psicología de teólogos y de poetas como Dante y Abenarabí: no solo en sus ideas iluministas, de estirpe masarrí, sino en los símbolos e imágenes que las encarnan y en los recursos literarios de que se sirven para expresarlas, el paralelismo es de un extraordinario relieve; y como si esto no bastase, la identidad flagrante conque ambos conciben y redactan sus respectivos libros el *Convite* y *Los Tesoros*, para un mismo fin u objetivo personal y siguiendo idéntico método en la interpretación alegórica de sus canciones amorosas...»

Aparte de estos trabajos de uno y otro arabista, que son de una importancia fundamental en el estudio de la Historia de la Literatura española, se han dado a luz por esta escuela otros muchos estudios, en donde se investiga acerca de temas especiales, que si no tienen la amplitud de los citados, son de gran interés para el sector especial en que se encuadran. Asín Palacios, por ejemplo, ha establecido sorprendentes relaciones entre la obra de los musulmanes y de los pensadores cristianos. En el estudio dedicado a *Abenmasarra y su escuela*, demuestra cómo las doctrinas neoplatónicas y místicas de este filósofo hispano-musulmán se habían infiltrado en la escolástica cristiana por intermedio de los doctores de la escuela franciscana o pretomista; ha encontrado el original de

la *Disputa del asno contra fray Anselmo de Turmeda*, curioso problema de la literatura catalana. Gaspar Remiro ha trabajado con gran erudición en las obras históricas de los musulmanes españoles; y entre los arabistas de la nueva generación, de todos vosotros son conocidos dos jóvenes investigadores que en 1929 contribuyeron con sus sabias aportaciones al mejor esplendor de la celebración del Milenario cordobés: Don Angel González Palencia, que pronunció un documentado discurso sobre *El amor platónico en la corte de los Califas*, y que es el autor de la *Literatura árabe española* más completa y mejor documentada hasta hoy, y D. E. García Gómez, que disertó sobre los *Poetas musulmanes cordobeses*, y mostró varias acertadísimas traducciones de nuestros poetas.

Todo esto viene a demostrar que allá por los siglos XI y XII, cuando nuestra luego gloriosa literatura balbucea, encuentra en las fuentes árabes utilísimos veneros para alimentar todas sus manifestaciones. Poco después de estos siglos, con la egregia figura de Alfonso X, el Sabio Monarca que en todo momento pensó en el engrandecimiento cultural de España, se manifiesta de nuevo la importancia de lo árabe. Desde el 1085 en que fué conquistado Toledo se había asentado allí el centro de donde irradiaron las culturas árabe y judía al resto de España y a toda Europa. Durante Alfonso VII (1126-1157), se refugiaron en la ciudad los judíos expulsados de Andalucía por Abdelmumen. Al Arzobispo y Gran Canciller D. Raimundo cabe la gloria de haber introducido los textos árabes en los estudios occidentales, hecho que influyó en la suerte de Europa, según Renán. Allí trabajó Juan Hispalense; judío converso, junto con Domingo Gundisalvo, y de él se conservan versiones de Avicena, Algacel, Avicibrón, etc.

Luego llegaron a esta escuela de traductores muchos extranjeros, que con sus versiones a los idiomas nacionales respectivos, transmitieron las doctrinas panteistas, dando lugar más tarde a la escuela filosófica conocida con el nombre de Averroismo, y extendiendo por toda Europa lo griego que había llegado a España por medio de lo árabe.

Alfonso X continúa esta labor; con un criterio amplísimo reúne en su corte al lado de los latinistas más famosos, y junto a los hombres de ciencia de todos los países cristianos, las figuras más destacadas de los pueblos semitas. Comprende, y con ello enseña, que para historiar la vida española no basta con oír las palabras que nos halagan de nuestros cortesanos; es precisa también la voz del que ha luchado frente a nosotros; y por eso llama a su corte a sabios escritores musulmanes, que trabajan en la incorporación a la Historia de España de las crónicas en que ellos describen, desde su punto de vista las batallas y las guerras y son los hombres de ciencia musulmanes los que contribuyen princi-

palmente a la redacción de esas obras científicas que tanto nombre dan al egregio monarca, el cual, dando elevadísimas muestras del desinterés partidista de su cultura, reúne en su Centro de investigaciones una brillantísima pléyade de sabios que viene a recibir la herencia de los que tan alto pusieron el trono de los Califas de Córdoba. La astronomía, la medicina, la filosofía, la matemática, todas las ciencias, encuentran en los árabes fervientes cultivadores que logran extender su fama por todos los ámbitos de la Península; la filosofía griega, especialmente Aristóteles llega a España por su influjo; las enseñanzas morales de la fábula tienen por embajador a ben Almocafa; y si Mohamed ben Muza no es en realidad el inventor del Algebra, es sin duda el que importa al occidente la ciencia ya trabajada por los indios y los griegos.

En todas partes, pues, aparece la cultura de los musulmanes españoles iluminando la caliginosa teoría de la E. M. Y en todas las disciplinas, en la literatura, en la filosofía, en la historia, en la matemática, el camino está descubierto ya. No ocurre lo mismo por lo que se refiere a la historia de los judíos. Un cordobés benemérito, don José Amador de los Ríos que trabajó durante muchos años en el estudio de las vicisitudes porque pasó la raza hebrea en España, hizo una historia de los judíos y prometió una historia de la literatura que no llegó a terminar, y que había esbozado en sus *Ensayos sobre los judíos de España*. Aparte esto, España no puede presentar como obra dedicada al estudio de esa raza que tanto esplendor dió a España, más que el primer tomo de la Biblioteca Española de Rodríguez de Castro, digno, eso sí, de las mayores alabanzas por su precisión y laboriosas investigaciones. Casi todo lo demás que sabemos, salvo las levisimas excepciones de estudios aislados que no responden a una labor conjunta, sino que son debidos a circunstancias especiales del momento, nos ha sido revelado por los extranjeros. El mejor manual de Literatura rabínica española está escrito por el alemán Graetz; los mejores estudios sobre el gran poeta Gabirol son debidos a Munk. Neubaner en sus profundos e ininterrumpidos ensayos publicados en *Journal asiatique* ha hablado de nuestros poetas y nuestros sabios; para llegar a Maimónides es preciso recorrer las publicaciones francesas; y en inglés está publicada la *Enciclopedia judía*, verdadero monumento de erudición y de doctrina y arsenal de doctos estudios relativos a nuestros españoles-judíos.

Sabemos que después de la predicación y martirio de Jesucristo, los judíos se sintieron atraídos hacia los Libros Santos e iniciaron como consecuencia de ello la redacción de los Talmudes, y los Libros cabalísticos. Allá por el siglo III los judíos vinieron a España, en donde vivieron ya, hasta el 31 de Marzo de 1492, en que fueron expulsados

por un decreto de los RR. CC. con relativa holgura y tranquilidad. Supieron contemporizar con el pueblo visigodo, establecer relaciones muy estrechas con los musulmanes y convivir con la Castilla reconquistada; pero especialmente desde que Chasdái ben Saprut, el notable médico de Abderramán III y Alhaquen II, por su influencia junto a los monarcas atrajo a una gran cantidad de judíos a la corte de Córdoba, el pueblo judío se extendió notablemente y llegó a formar importantísimas escuelas, consiguiendo cobijar en su seno a sabios doctores y poetas, únicos herederos directos, como ya he dicho, de los autores de la Biblia.

Bien es verdad que, por la íntima convivencia que los hebreos tuvieron con el pueblo que los cobijaba, y debido a su facilidad de adaptación idiomática y a la excitación de las necesidades comerciales, los judíos escribieron en muchas ocasiones en el *idioma oficial* de la nación. Y así, varias de las obras de los filósofos y poetas judíos han tenido que ser traducidas al hebreo posteriormente para que puedan ser leídas por los individuos de su misma raza.

Tal ocurrió, por ejemplo, con el *Moré Nebukín*, o *Guía de los descarriados*, del famoso filósofo cordobés Maimónides, redactada en árabe; etc., etc., etc.

Esta habrá sido quizá una de las causas de que se descuiden los estudios sobre los judíos, y en el día de hoy no ha aparecido todavía la escuela de hebraistas españoles.

Pero no es menester poseer una profunda erudición para conocer la existencia de poetas tan notables como Salomón ben Gabirol, que, según Munk «puede llamarse a Avicebrón—nombre con que era conocido el poeta malagueño—el verdadero restaurador de la poesía hebraica; ocupa el primer lugar entre los poetas judíos de la E. M. y era quizá uno de los más grandes de su tiempo; si ha imitado a los poetas árabes, en lo que concierne a las formas exteriores de la versificación, les ha sobrepujado en el arranque poético por la elevación de los pensamientos y de las emociones».

Pero además de poeta, fué el glorioso restaurador de la lengua santa, que sus correligionarios tenían casi abandonada por el árabe. En el prólogo a una gramática que escribió cuando apenas contaba 20 años, dice, entre otras cosas «Esta es palabra de Salomón, el español, que recogió el habla santa de la gente dispersa. Guardé mi corazón de la ciega muchedumbre que me rodea, y fuí maestro de las reliquias de mi pueblo. Consideré que olvidaban la lengua santa y que estaban a punto de perderla. La mitad hablan en idumeo (árabe) y la otra mitad en la lengua mentirosa de los hijos de Chedar (los cristianos). Y así se van sepultando en el abismo y precipitándose como el plomo...» O el

toledano Judí ha Leví, nacido el mismo año de la conquista de Toledo por Alfonso VI, en 1085, figura interesantísima por muchas razones: por haber escrito poemas en árabe; por haber utilizado para sus versos también el idioma castellano y esto enriquecería las fuentes de nuestros problemas literarios, pues si pudieran encontrarse esos poemas, serían sin duda las más antiguas muestras de versos en nuestro romance, pues, como se sabe, los dos monumentos más antiguos de nuestra poesía, el *Poema de Mio Cid*, y el *Auto de los Reyes Magos* no son anteriores al año 1140. Este uso del idioma castellano debía ser frecuente, a juzgar por la Poética de Moisés ben Ezra que se conserva en la Biblioteca Bodleiana de Oxford en un bellissimo códice (signado con el número 599 en el fondo de Humtington), en donde se contienen, además de curiosos e interesantes datos biográficos sobre muchos judíos españoles (algunos de ellos han sido publicados por Munk en la importante revista francesa *Journal Asiatique*), noticias sobre la primitiva poesía española escrita en castellano. Pero sobre todo, poeta excelentísimo, del que se conservan más de 800 deliciosos poemitas entre los cuales está el magnífico *Himno de la creación* en donde sabe renovar con acertados tonos los más inspirados lamentos de los Profetas.

Y el gran filósofo cordobés Maimónides, autor de numerosísimas obras, médico de considerable fama, filósofo eminentísimo, llamado por algunos el Santo Tomás del judaísmo. «La obra de Maimónides es una verdadera *Suma* teológico-filosófica del judaísmo. La serenidad de sus juicios, la rectitud habitual de su criterio, el rigor de sus demostraciones y la claridad de su estilo, hicieron que fuere acogida con singular aplauso, tanto por judíos como por musulmanes. Los mismos escolásticos cristianos, como Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino, utilizaron grandemente el *Morech* en versiones latinas...», según dice Bonilla y San Martín.

Pero los esfuerzos de Avicebrón no debieron ser fructuosos, y en el siglo XIII el gran monarca Alfonso X, se vió compelido a acometer en Toledo una empresa, si de menos vuelos por el resultado, no menos importante por el deseo, que la que determinó a Ptolomeo Filadelfo en 130 a. J. C. a impulsar y patrocinar la versión al griego de la Biblia, traducción conocida por *de los Setenta*. Los muchos judíos españoles que habitaban en Toledo habían olvidado, por necesidades comerciales y políticas, su idioma propio; y el Rey Sabio, alto espíritu liberal y tolerante, mandó que tradujeran para aquellos vasallos que no tenían las mismas creencias de su monarca, la Biblia, el Talmud y la Cábala.

Pero como ya os decía, toda esta literatura hebrea, española, de honda personalidad—y en ésto se distingue de lo musulmán español que está



acusado por una intensa renovación cultural—, no ha tenido todavía quien le dedique sus afanes. Los esfuerzos aislados no han tenido eficacia, y las fuentes para nuestros estudios son todavía extranjeras, y para leer a estos poetas y filósofos con cierta facilidad, hemos de acudir a obras francesas, alemanas o inglesas, en las que ya se han cuidado de traducirlos.

Conviviendo con estos dos pueblos, el pueblo cristiano español va desarrollando una cultura de gran interés para el estudio de lo autóctono en nuestra península. El pueblo mozárabe acusa una vida intensísima y un vigor extraordinario en las obras de San Eulogio, Alvaro Cordobés y el Abad Sansón. En un reciente artículo publicado en el *Diario de Córdoba* expuse un programa de lo que pudieran ser esta clase de estudios, y esboqué algunos temas que yo creo de sumo interés.

Yo quiero insistir en alguno de los puntos de que trataba, por refrescar la memoria de los que me escuchan. «Este pueblo llamado mozárabe ha aparecido algunas veces en nuestras historias literarias; pero siempre como arrinconado; como algo de segundo orden que no vale mucho la pena. Tan sólo Amador de los Ríos en su *Historia crítica de la literatura española*, da a este pueblo algo de su valor y le dedica uno de los capítulos mejor estudiados y mejor y con más cariño comprendidos; pero aún en esta obra los mozárabes aparecen como algo aislado, que tiene alguna importancia en sí, pero no como conjunto español; y si a esto se le añade que las figuras más destacadas, San Eulogio y Alvaro son consideradas y ensalzadas más bien como defensores de la religión que como poetas o literatos, se comprenderá acaso cómo en los manuales posteriores, los poetas de la España sometida figuran como extraños pegadizos inoportunos o a lo sumo representativos sólo de un momento histórico». Nada tengo que añadir a lo dicho, pues con ello basta para conocer el estado actual, no sólo de los estudios dedicados a los mozárabes, sino también la causa del descuido, que estriba en haberlos mirado desde un punto de vista demasiado exclusivo y poco apropiado para poder apreciar desde él, liberalmente, todos los valores desarrollados.

Análogamente a como vivió este pueblo cristiano entre los musulmanes en el Califato, se extendió y vivió otro, el musulmán, en las regiones reconquistadas por los monarcas cristianos. A medida que los Reyes castellanos iban extendiendo sus conquistas, se iba aumentando la población mudéjar, y poco a poco fueron acusando su existencia en todas las manifestaciones de la ciencia y del arte. Del siglo xiv o quizá de finales del xiii es el *Poema de Yusuf o de José*, que tiene por asunto la historia de José según la Azora número 12 del Alcorán, pero no conservada

pura, sino influída por algunas leyendas populares de los hebreos, y algunas musulmanas.

Está escrito en aljamiado o sea en castellano con caracteres árabes y la forma métrica es la *quaderna vía*, moda literaria que tuvo por principales representantes a Gonzalo de Berceo y al Arcipreste de Hita.

Este mismo Arcipreste, la figura más vigorosa y potente de nuestro siglo XIV, hombre que sabe vivir la vida de la calle, que tiene entre sus amistades cotidianas a los estudiantes, a las troteras y a las danzaderas, nos hace una minuciosa relación de los instrumentos músicos usados por los árabes; como si en aquellos sus tiempos recorriera nuestra península la moda de la música y el canto musulmán, sobre toda otra manifestación. Y él mismo, que provee de canciones a sus amigos—como de romances a los estudiantes y de coplas a los serenateros—, imita el zéjel invención de un cordobés, briosamente, y lo incrusta en las *Cántigas de Serrana* unas veces, en donde la pícara sonrisa asoma dulzona y desenfadada, y en las *Cántigas a la Virgen* otras, en las que aparece un fervoroso arrepentimiento y un afecto sincero. Y es oportuno recordar en este momento en que a la música me he referido, cuán importantes son los descubrimientos que en estos últimos años se están haciendo (con el estudio de la historia de la música), y como en nuestro canto del pueblo andaluz, ese que es vulgarmente conocido con el nombre de *cante jondo*—frase que ha recogido por misteriosos y torcidos caminos una torpísima significación peyorativa—se encuentran las más armoniosas melodías del canto religioso de la época visigoda, que tan admirablemente interpretó San Isidoro; y los sublimes acentos del gran músico Vicente Cordobés, mozárabe eminentísimo; y las melodías populares tan extensamente recogidas por Alfonso X en sus admirables *Cántigas a la Virgen María*—transportadas luego a Alemania por juglares medievales—, y las armonías de los cantos sinagogales. Este *cante jondo*, dulce, melodioso, dramático, alegre, vivo, repusado y más que todos los cantos populares por esa variedad de matices, y por la hondísima intensidad de sus emociones que nacieron al juntarse tanta rama de tan noble alcornica en un pueblo todo corazón y todo luz y amor.

Y luego el siglo XV, en que la tolerancia de los monarcas ha pasado o las necesidades comerciales se han hecho más imperiosas y aparecen los escritores conversos, entre los que destacan Juan Alfonso de Baena, el Rabí Don Sem Tob, el cordobés Antón de Montoro, León Hebreo; y a principios del siglo XVI el monumento tipográfico levantado por el Cardenal Jiménez de Cisneros con la Biblia Políglota, en la que intervinieron al lado de Nebrija, de Ducas, Diego López y del Pinciano, los judíos Alfonso de Alcalá, Alfonso de Zamora y Pablo Coronel.

Al lado de esto, que pudiéramos decir forma como el núcleo de lo que nosotros consideramos como norte en los trabajos a seguir, figuran esas muchas inquietudes que acompañan en los días actuales a toda persona interesada en el esclarecimiento de la historia de su patria. Desde la Córdoba prehistórica hasta la llegada de los árabes a España, han transcurrido muchos días de gloria para nuestra tierra y han dejado brillantísima muestra de su paso. El trabajo metódico y sintético sobre la Córdoba romana espera las manos expertas que lo puedan emprender con fruto. En el lapidario, por ejemplo, estamos todavía en el Hubner, magnífica obra sin duda; pero que ya ha debido ser superada por algunos trabajos locales, ya que en nuestra ciudad hay eruditos que pueden llevar a cabo esta tarea. Y desde el 1236 en que San Fernando conquista a Córdoba, hasta hoy, período al que no se le suele dar importancia quizá porque por estar muy cerca de nosotros nos es conocido en sus líneas generales, hay un sinnúmero de sugerencias de enorme interés, puesto que en ellas se encuentran el germen de las más íntimas cosas de nuestra vida actual. Incorporada Andalucía ya a la nación española, empieza a manifestar su decidida influencia, y esta incorporación de sus hombres a la vida española lleva una enorme riqueza de imágenes y de sugerencias.

Después de esta brevísima nómina de hombres y de estudios, fácil es comprender, con sólo repasar la historia, cuán fértil debe ser toda pretérita investigación. Al calor de aquellos cultísimos Califas que lograron reunir espléndidas bibliotecas, a las que sólo son comparables las magníficas de Alejandría y Pérgamo, hubieron de recogerse, sin duda alguna muchos más poetas, muchos más filósofos, muchos más hombres de ciencia que los que ahora figuran en las antologías y en las historias. El resultado de aquel amor a la cultura, aunque ya aparezca espléndido, tuvo que tener mayores proporciones, y esto se comprende con sólo analizar el esfuerzo.

Las mismas figuras que ahora nos son familiares, nos tienen reservadas sorpresas grandes; el estudio de estas obras ha de descubrir ricos tesoros de poesía y de ciencia, que hasta ahora figuran diluídos en la literatura y en la ciencia de todos los países, y, claro es, en España principalmente.

Nosotros aspiramos a que la Academia sirva de Laboratorio para la nueva investigación; queremos llamar a todos los cordobeses, para que entre todos, y con el entusiasmo de la multitud, laboremos, ya por el descubrimiento de la historia de Córdoba, tan brillante por tantos conceptos, ya por la ayuda material y moral que es preciso ofrecer a la juventud que empieza para que entre con señorío en el campo de los estudios y en el de la creación personal.

Procuraremos que el nombre de Maimónides no sea sólo un letrero de una calle; detrás de ese letrero aspiramos a colocar en la memoria de los cordobeses una lista de hechos, en que la cultura del sabio judío, acaso el más sabio de los judíos españoles, fijó imperecedera su huella; y que no nos sorprendan, al cabo de siete siglos, con el descubrimiento de filósofos como Aben Hazán, o poetas como Abenzeidum.

La Academia está convencida de la inmensa responsabilidad que tiene sobre sus hombres; pero está dispuesta a prestar todo su esfuerzo, aunque sólo sea a título de agradecidos, para que los que vengan después, si echan de menos una sabia investigación, encuentren en cambio una fortísima dosis de fuerza de voluntad y de trabajo que haya sido capaz de impedir que esta idea alta y noble de la Academia, caiga en el inmenso vacío, en donde suelen perderse todos los impulsos románticos, especialmente aquí donde por múltiples causas va adquiriendo pátina de siglos la frase de «cosas de España».

Pero para todo es o, necesario es decirlo, nos hubieran faltado fuerzas si no hubiera sido porque tenemos plena confianza en el apoyo moral de los Centros culturales de Córdoba. Sabemos que los Centros, que constantemente están preocupados por la investigación de estas o aquellas glorias de nuestra ciudad, ponen un paternal cuidado en cobijar nuestros deseos. Sabemos también que la ciudad oficial, la Diputación y el Ayuntamiento, están siempre prontos a sortear todos los peligros de un presupuesto duramente extenuado con tal de prestarnos su ayuda. Y conocemos la ciudad cordobesa, en la que seguramente entrarán como en su propia casa estos aires de cordobesismo; porque aquí, bajo los muros de la Mezquita y en las revueltas de estas calles anduvieron la pléyade de poetas y sabios que alumbraron con el potente faro de su inteligencia la Edad Media española, en la que las ambiciones y los odios parecían haber ocupado el papel exclusivo. Confiados en el apoyo vuestro, continuamos nuestro trabajo, con el mismo entusiasmo y la misma fe con que todos los días nos levantamos para emprender nuestra labor.

Ayudadnos y saldremos victoriosos de esta empresa de amor a Córdoba y de cultura universal.

HE DICHO.



## Conferencia de don Rafael Castejón

---

MIÉRCOLES, DÍA 3

Con la presidencia del Excmo. Sr. Gobernador civil de la provincia y del Sr. Presidente de la Diputación provincial, continuó este día la celebración de la «Semana Cordobesa».

La conferencia estuvo este día a cargo de don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, el cual nos dió una magistral conferencia con proyecciones sobre «La escultura en Córdoba».

De sobra nos es conocida la competencia y maestría del señor Castejón en cuestiones de arte cordobés.

No tiene nada de extraño, pues, que su conferencia despertara enorme interés, que el conferenciante supo mantener durante todo el curso de la misma.

En vez de tratar de una época determinada, el señor Castejón se remonta a los orígenes de la escultura en Córdoba, relacionándolos con el arte universal, proyectando en la pantalla interesantes fotografías.

Pasa después a tratar del arte ibérico, romano y califal, mostrándose en este último, consumado maestro; y a continuación se ocupa del arte escultórico, desde la Reconquista hasta nuestros días. La escultura religiosa ocupa en esta época un lugar preferente. Expone en la pantalla una serie de interesantes esculturas góticas, que publica la «Revista Mariana», y trata después de los siglos XVI, XVII y XVIII hasta nuestros días; terminando con la gran figura de Mateo Inurria, en quien culmina el arte escultórico cordobés.

La conferencia, pletórica de erudición y de sugerencias evocadoras, despertó en el auditorio fervorosos aplausos, con que premió la erudita conferencia del señor Castejón.



# UN POETA EN LA SOMBRA

SEÑORAS Y SEÑORES; ILUSTRES COLEGAS:

Si yo contara con el caudal de erudición del crítico literario autorizado, y bien sabido es que ni lo tengo ni pretendo aparentar que lo atesoro, no lo sacaría a relucir en la ocasión presente, porque sobra el aparato de la sabiduría cuando no se venga aquí a exponer los frutos de una labor propia de investigación o de invención.

No me ha tentado el designio de acometer un trabajo original, sabiendo el prestigio del auditorio a quien debía ofrecerlo, pues que no hubiera llegado a dar cima a ninguno digno de su ilustración; y, en todo caso, habría desistido de la empresa, porque la ocasión era que ni pintiparada para el tributo que yo debía a un



cordobés de la estirpe de los elegidos, desaparecido ha poco. Yo, primero, en nombre de la Academia, porque de nuestra Academia era, y en particular después, porque fué el amigo entrañable en las letras que me guiara y adoctrinara en muchas ocasiones con su competencia y gusto depurado.

Así que estos renglones no tienen otro significado que el de un recordatorio; y si lograran el alcance de fijar en definitiva la memoria de otro cordobés (y cuando digo cordobés me extiendo a cualquiera nacido en la tierra cordobesa, que no sólo en la ciudad que es cabeza suya), no sería por gracia de mis palabras, sino por justicia a los méritos de la obra que trato de divulgar.

El poeta... Ocio, ensueño, ideal... Ocio en el tráfago, sueño en el desvelo, ideal en la prisión de la grosería... Palabra siempre noble, pensamiento que no abate el vuelo, corazón en pugna con la mezquindad... Afán de perfección, generosidad de tesoros sin precio, música de emociones inefables... El poeta, el artista... la eternidad entre lo perecedero... Su figura, pues, no se borrará jamás del mundo, ni caerá definitivamente abatido, ni se apagará su eco entre el tumulto de las voces desgarradas. Aunque los tiempos no le sean propicios—¿pero cuándo le fueron—? y cuando menos propicios, como estos que corren, más se encarece la misión redentora que al mundo lo ha traído.

Por donde queda plenamente justificado que *todavía* se quiera glorificar a los poetas.

Un poeta... Uno de la legión de los nacidos en estas fértiles tierras nuestras; uno entre la multitud del Parnaso cordobés que abarca en sus dominios desde las cumbres de la Mariánica a las crestas de la Penibética; uno de los que arrulló el Betis en su cuna, infundiéndole divinas resonancias. Y como aprendiera a cantar en las frondas del más celebrado por los vates, la voz inspirada se apagó en los jardines de maravilla que sus mismas aguas riegan. Porque don Diego Molleja Rueda vino al mundo en Villa del Río, y ha dejado el mundo en Sevilla. Entre 1861 y 1932.

Sencillo, con la sencillez de la humildad, agudo de entendimiento, de ardiente fantasía, noble de corazón, fino de sentir, menudito, magro, manojillo de nervios, abundoso de palabra, de voz robusta, corto de vista y tardo de paso, este don Diego discurría blandamente por la vida desasnanando muchachos y componiendo versos. Nada más. Había nacido para faenas delicadas.

Fuera de una estancia obligada en Alicante, de breves años, por vicisitudes profesionales, de donde volvió en 1915, no traspasó, sino para fugaces ausencias, los ámbitos de Andalucía. En su tránsito por estas tierras embrujadas, para los que hemos rehuido las ocasiones de abandonarlas por ventajas mal avenidas con las inclinaciones sentimentales, hubo de morar en Sanlúcar, en Cabra, en Ecija, en Córdoba y, por fin, en Sevilla, hasta su óbito. Quiere esto decir que la condición nativa suya de hijo de Apolo gozó siempre del ambiente propicio al crecimiento y madurez de unas facultades capaces de las empresas estéticas. Discurriendo por los sotos umbreros de Villa del Río, anonadándose en la contemplación del Océano, donde van a dar las aguas del olivífero; perdiéndose por las sendas innumerables que cruzan los jardines del campo de Egabro; sentándose a



la sombra de los naranjos en flor que pueblan los alcores de esta sin par sierra cordobesa; descansando en los pensiles inmarcesibles del parque hispalense, el que no es poeta se acongoja de no acertar con los decires armoniosos que pinten los cuadros fascinadores y pregonen las emociones que suscitan; y el que lo sea no puede resistir la exaltación y rompe a cantar con el ruiseñor que en la noche tibia lanza requiebros a las estrellas. Así, descuellan en la lírica los más privilegiados de nuestros vates, y así hubieron de brotar del numen del príncipe de la falange *Las Soledades...*

Con los motivos de inspiración poética de que aquí la Naturaleza se muestra pródiga, se brindan al artista los que va dejando la vida de las gentes, elaborados al paso de los siglos, en el acervo del folklore, colmado de sugerencias de calidad estética tan acendrada que decir Andalucía es decir Arte. De tal suerte que el poeta andaluz es, sin que se lo proponga ni lo pueda eludir, poeta popular, cantor del folklore. Y así lo fué, y a gala lo tenía, este de mi elogio, como lo corroboran algunas de sus composiciones que aquí traigo; irremisiblemente, porque era catador exquisito de las esencias bellas del palpitar del pueblo y porque su sensibilidad lo guiaba certeramente a los escondidos veneros donde por doquier fluye aquí la vena poética.

La estancia de Molleja en Cabra fué decisiva en su formación artística, no sólo por el influjo del medio, concierto de realidades concebidas en el sueño delirante de un galán de la Belleza, sino también por su participación en las tareas del famoso Lekanaklub, que agrupó en torno a don Luis Herrera Robles, su fundador y mantenedor, a cuantos de allí, con otros de fuera, se consagraban a las actividades estéticas. Seguro que aquella singularísima sociedad merece un estudio que complete las breves noticias que de su existencia dió Albornoz en la *Historia de la ciudad de Cabra*, que compuso, porque el Centro de las Bellas Artes, que su nombre exótico significaba, fué muestra gallarda de sana preocupación por las cosas del espíritu, digna de loa y con categoría de ejemplo. Por móviles patrióticos, corra la tarea a cargo, antes de que los recuerdos de personas y circunstancias interesantes se desvanezcan en la lejanía del tiempo, de algún egabrense devoto de las letras, y no añado que fervoroso de su pueblo, porque todos lo son a porfía.

Pues en aquel cenáculo bullía este mi don Diego, mozo entonces, y todavía despreocupado de los prosaicos afanes con que atosiga la vida más pronto o más tarde, entregado con toda su alma al estudio de la Poesía

y de la Música. Y de cuánta fué su aplicación han quedado claras y elocuentes muestras; pues el tono que al Lekanaklub daba el ilustre humanista, traductor de la Eneida, se advierte en la elevación constante de pensamiento en Molleja, en la pulcritud y casticismo de su lenguaje y estilo, en la corrección de su técnica, en el gusto acendrado con que constantemente se produce.

Fué uno de los directores de la sección de Música de aquel simpático Centro; con que dicho está que descollaba en el culto al divino arte, y de sus aptitudes y competencia ha dejado muestras en varias composiciones muy estimables, en opinión de los entendidos.

En ningún lugar encajaría mejor que aquí un apunte autobiográfico, tomado de una carta que don Diego me dirigiera el 1919, tratando de las composiciones del egabrense Vicente Toscano Quesada, gran amigo suyo, y otro de los del Lekanaklub. Se me confiaba así, en la intimidad:

»Cada día siento más honda satisfacción cuando considero que mi primera composición—nada menos que en verso libre—la dediqué a Vicente Toscano.

»De la reunión literaria saqué una conclusión: la de que me parecía que podía yo escribir versos. En las celebérrimas cenas de aquel *Parnasi-lllo* se exigía un soneto con pié forzado, y yo salía del compromiso lo mejor que podía, haciendo el mío. Esto de hacer versos no me preocupó gran cosa; porque los sucesos a que me refiero datan del 90 al 91, y la poesía *Tu Musa* fué compuesta—soy muy poco exacto en las fechas—allá por el año 902 o cosa así.

»Había triunfado Vicente con aquel trabajo que dedicó al Modernismo, y juntamente «Blanco y Negro» insertaba la oda *España*, escrita bajo la amarga impresión de nuestra derrota en la guerra sostenida con los yankis.

»Y entonces—sin precedentes de otras poesías—pensé yo dar testimonio de cariño al amigo con la referida obra. Muy dudoso de que cumpliera los fines que yo me proponía...

»Juntamente con el tributo de gratitud al amigo—si aquello era realmente una poesía completa—pretendía yo asistir de presente, es decir, con mi protesta, a dos grandes hechos, verdaderamente histórico el uno, y literario, de gran transcendencia el otro. Intenté—vuelvo a decir—estos fines que no conseguí; pero, a decir verdad, la poesía—que fué muy bien recibida—no diré muy elogiada—me abrió las puertas para el porvenir».

Ya tenemos a Molleja en la República de las letras. Más adelante recojo aquélla, obra lograda, de maestro, como se verá.

Ingresado en el Magisterio nacional en 1891, vivía preferentemente por inclinaciones de vocación y por acatamiento al deber para sus obligaciones profesionales, con honradez ejemplar. Se daba por entero a la escuela y a los niños, con entusiasmo y devoción; con el fervor que anima a los llamados a empresas transcendentales cuando los dictados morales no se han eclipsado en la propia conciencia. De su escuela, sencilla y riente, hizo una mansión de arte; y en su trato con los muchachos encontró el ambiente que lo defendiera de los rigores del clima que predomina en la atmósfera social, agostando la delicadeza de los sentimientos de esencia poética.

Oid lo que de este Maestro primario escribió Luis Bello en su *Viaje por las escuelas de España*, tomado de un artículo que le dedicó, el primero de la serie *Sevilla*: «Lo que haga, por escrúpulo de conciencia, ya que estoy aquí, tendrá cierto color histórico, casi de arqueología escolar, como si revolviera otro Archivo de Indias y encontrara entre papeles viejos algún manuscrito interesante.

»Por eso entré en la escuela de la Alhóndiga, donde tuve la suerte de encontrar al tipo de maestro que yo iba buscando por Andalucía: a don Diego Molleja Rueda.

.....

»Popular y estimado por todos. Maestro artista, poeta—poeta clásico, mide los versos con oído latino—. Su clase, en lo alto de una pintoresca dependencia municipal, mantiene abiertos sus balcones a las azoteas de enfrente; es como un taller de pintura, y los muchachos, aprendices. Nada se acomoda en la escuelita de don Diego Molleja a las normas pedagógicas universales. Es un pisito; dos estancias llenas de sol; por campo de juego, una terraza. Quizá no se halle tampoco el mismo don Diego vestido y perfilado por dentro muy a la moda. Su alegría, su libre discurrir socrático y el sesgo de su sonrisa me recordaron a don Francisco Giner. Más infantil. Aunque no sea este el modelo predilecto del maestro de la Alhóndiga. Pero si hablo de él es porque para mí representa este maestro el tipo permanente de educador a la antigua—a la eterna—, puesto al margen—no diré por encima—de reformas y proyectos. ¿Qué pide ahora don Diego Molleja, viendo danzar millones de pesetas para las escuelas de Sevilla? Que le pongan a la suya un zócalo de azulejos. ¡Siquiera como el de la farmacia de la Alhóndiga, que tiene a la puerta de su casa! ¿Nada más? Y que sus alumnos salgan también artistas, con un poquito de esa luz celestial hecha para alumbrarnos la vida de los pobres: luz tan mara-

villosa que no sólo sirve para eso, sino de añadidura, nos da para vivir».

En el ocio no vagaba. De rica vida interior, cuando sus tareas le dejaban libre el tiempo, sosegado el ánimo, aquietado en la reflexión, resignado en desvelo morbos, cantaba por cantar, hacía versos por hacerlos.

¿Cómo y cuáles eran estos versos?

A través de ellos empezó mi conocimiento y trato con su autor. Y hablo de esto, porque alguna relación guarda con el interés por la cultura cordobesa, a que estamos obligados estrechamente los que a esta Academia pertenecemos.

Al repasar las colecciones de los periódicos locales, cuando empleaba mis breves ocios en rebuscar las producciones de poetas cordobeses, con el designio de escoger aquellas de singular mérito, para ordenarlas en un libro destinado a las escuelas, donde los niños encontraran gallardas muestras de la facundia de los ingenios de la tierra natal, con que el amor a la patria menor se robusteciera, el cultivo de la lengua vernácula resultara favorecido y hallaran pasto los anhelos de puros goces estéticos, que aún en los más rudos alientan, encontré ciertas composiciones de Molleja, porque Molleja colaboró en la prensa de aquí, frecuentemente en el *Diario de Córdoba*, y suyas aparecieron en aquel *Ramillete del Almanaque del decano*, por donde desfilaban todos los cordobeses avecindados en la República de las letras y otros que hacíamos pinitos para merecer la ilustre ciudadanía, sin llegar a lograrla; las cuales composiciones fueron para mí revelación de un vate de valía, esto es, con alma de poeta—gusto, inspiración, sensibilidad—y diestro en el manejo del verso, con la destreza del que se ha amamantado en los clásicos y tiene la fortuna de seguir sus pasos.

Sus poesías me llevaron a la amistad con el autor, y el trato llegó pronto a hacerse íntimo, porque se prestaba don Diego, con entusiasmo y generosidad que le agradeceré siempre, a guiarme y aconsejarme en las tareas que me absorbían por entonces. Y así, pasaron por su censura, que es decir por su dictamen, las que iba eligiendo entre mis hallazgos de los olvidados y de los de renombre escaso, y las que debiera preferir de las muchas excelentes de los autores de nota. Y aquello me dió a conocer cuán vasta era la ilustración de Molleja en materia literaria, cuán refinado su gusto, cuán exquisita la sensibilidad de su temperamento artístico, cuán exigente y atinado en el pulimento de la forma, como concedor a fondo de la riqueza del idioma. Muchas de sus cartas eran notas de atinadísima crítica literaria, dignas de la publicidad. Y se manifestaba en toda su

amplitud la vibración de su alma de poeta, cuando recibía trozos de algún desconocido suyo de los de imperecedera huella, como, por ejemplo, al leer una silva, que le remití, y un fragmento de comedia del montillano Daniel Leví de Barrios: la seducción de la obra lo arrebatava, tal y como si él la hubiera concebido y dado a luz.

Esta manera de colaboración que me prestaba se extendía a la búsqueda de obras que yo no encontraba por las bibliotecas de nuestra ciudad, y llegó en su afán de ayuda y en su entusiasmo por los libros de cordobeses a proporcionarme copia de los *Proverbios morales* de Alonso Guajardo Fajardo. Libro de subido interés, por ser de Córdoba su autor. estar la obra impresa primeramente aquí y no hallarse ejemplares en nuestras bibliotecas. Y tan raro, que para su reedición, en 1888, costeada en Sevilla por don Agustín Guajardo Fajardo, hubo de valerse del único conocido, en poder del Marqués de Jerez de los Caballeros, que lo había adquirido en Lisboa en la venta pública de la biblioteca del Marqués de Pombal; y que yo sepa no llegó o no queda alguno de la segunda tirada en Córdoba. Y para que lo haya, pasa desde ahora a esta de nuestra Academia la copia, de su puño y letra, que don Diego me remitió.

Desde que la Academia lo nombrara socio correspondiente en Sevilla, se interesó vivamente por nuestra labor: acogía siempre con fruición los números de nuestro BOLETÍN, y ardía en deseos de venir a dar una lectura en el seno de la corporación de sus composiciones de enjundia folklórica. Y cuando lo invitamos a que participara en las tareas de la celebración del centenario de Góngora, acudió rebosante de entusiasmo, asistiendo a las solemnidades principales e interviniendo con bríos juveniles en su ancianidad, con el fervor de quien realiza alguna ilusión largamente acariciada, en la sesión de clausura, en el Círculo de la Amistad, donde leyó su magnífica poesía *A la Musa de don Luis de Góngora*.

Tratando principalmente de traer a la luz de esta ocasión la obra de mi poeta, para librarlo de la sombra del olvido, peligro que corre tanto por el despego del día hacia los versos, cuanto por no haberse publicado en colección, momento es ya de que la vulgaridad de mis expresiones ceda la plaza a las exquisiteces del verbo pulido de Molleja.

Y empiece por lo más gracioso y castizo que de su pluma salió, por las coplas. Por las coplas en que canta el alma de Andalucía, y que él soñara escuchar en su pueblo, en Córdoba, en Ecija, en Sevilla.

Discurre su musa por los olivares de Villa del Río y de Montoro, cuando los anima el jolgorio de la recolección de la aceituna; que antes

la gente iba a esta faena con ansias desbordantes de diversión. Y le inspira este cantar, que expresa el sistema de trabajo que seguían los aceituneros y las aceituneras de por allá, y también el afán de legítimo provecho, con el de contabilidad de la ganancia, en términos que pudiéramos llamar técnicos, en éste y en los que siguen, pero del rancio tecnicismo popular, que trasciende por lo mismo a folklore:

Olivo y vuelta, moreno,  
dame la mejor hilada,  
que quiero llevar repleta  
la faltriquera de tarjas.

Este otro es un requiebro delicadísimo y un elogio insuperable de la excelencia del fruto del árbol sagrado:

Cuando coges aceituna,  
faneguera de «La Mata»,  
en tus manos me parecen  
puñaditos de esmeraldas.

Una alabanza en boca de mujer enamorada, de las prendas de trabajador del mocito que la requiebra:

El moreno que me ronda,  
antes de que rompa el alba,  
subido está en el olivo,  
dale que dale a la vara.

Estrella, la del Portichuelo, que ahora vive en la calle del Martillo, impaciente, a la caída de la tarde invernal, aligera el paso, cargada con el cántaro que ha llenado en la fuente Lanzarino. Llega a su casa y se para en la puerta. Su mirada, en espera del amado, se pierde hacia la campiña, y ve que asoman por el cerrete do se alza la ermita de la patrona los primeros que vuelven, unos a pie, otros montados, a descansar de las fatigas de la jornada. Y rompe a cantar así, en un transporte:

Ya bajan *las varas*, madre,  
por la cuesta de la Estrella,  
ya suenan las campanillas  
y el corazón se me alegra.

Ha concluido la campaña aquella tarde en un pago de los más ricos y poblados de Montoro. Hay juerga a la noche en un molino, y allí acuden los aceituneros de los contornos. Uno de los que van de este lado del río a bailar con la novia está impaciente, y lanza en la espesura de la sombra y del silencio esta llamada:

Barquero, pásame el río,  
que es noche de *botijuera*  
en el Charco del Novillo.

Me parece que este *botijuera* necesita una explicación, que en el diccionario naturalmente no encontraríamos. Y voy a dar la que me dió Molléja, inventada de una de las características de la reunión. *Botijuera*: jolgorio, fiesta para celebrar el término de la recolección de la aceituna, en el campo de Montoro. De cuando el vino se bebía en la bota de cuero, y de la prisa y frecuencia en trasegar el zumo a los consolados estómagos, dejando al instante vacías y fuera del corro las botas en circulación: *Bota fuera, bota juera, botajuera, botijuera*.

La musa vaga ahora por los huertos, patios y callejuelas de los barrios bajos de Córdoba. El sol irresistible de agosto dora todavía, a la caída de la tarde, la tapia la víspera blanqueada. Sale del suelo que acaban de regar un vaho que sofoca. La alegría del Tránsito de la Virgen llena de ruidos las calles del Alcázar Viejo. Los mocitos van pregonando de esquina en esquina la subasta de la sandía, adornada de cintas de seda rojas y azules. Repican las campanas de San Basilio. Los más fornidos pugnan por las horquillas para pasear en triunfo las andas de la Virgen de acá, dulcemente dormida. Julio Romero se ha parado a embriagarse de luz y colores mirando a un patio donde se alza un macetero con un monumento de plantas, bajo el dosel de un tapiz verde salpicado de estrellitas que el testero cubre. Y entonces aparece, junto al pozo que asoma por entre las macetas, una nena prendiéndose al pecho un ramo de jazmines. Acabando de acicalarse, ajena a que la contemplan, y pensando en ponerse más bonita, para que el novio le eche más flores al pasar con la Virgen, va y canta así, retratándose de cuerpo, de alma y hasta de prosapia, como una de aquellas que vivirán siempre en los lienzos del pintor que la escuchaba:

Ojos tengo de ágarena.  
fortaleza de romana,  
es de gitana mi garbo  
y de andaluza mi gracia.

Entremos por el callejón del Adarve. Aquí es. El corral está todo ploteado de luna. Y lleno del bullicio de la vecindad. Allí se respira después de aquel día de bochorno. Han bautizado a un nieto de la casera, que andando el tiempo será piconero o *mataor* de toros. ¡De fijo! Y lo celebran con una caracolada. Habrá baile hasta que venga el alba. Todavía

anda la concurrencia afanada en llenar platos y tazones del humeante caldo oscuro y entretenida en tirar de la gaita de los cocidos animalitos. Pero hay quien se impacienta porque el jolgorio no empieza. Los *tocaores*, en la íntima compañía de una damajuana de a veinte que acaban de sacar del pozo, se ponen a templar. Y antes de conseguir que los instrumentos estén en condiciones de acompañar al Niño de la Malmuerta, uno de los de *tronío* y *cartel*, de los cantaores apalabrados, que no se ha dignado parecer todavía, se les planta delante, en jarras, oliendo a nardo y albahaca, una mocita de la casta de aquélla del Alcázar Viejo, y se arranca con esta tonada:

Retuerce bien las clavijas,  
asegura la cejuela  
y afina bien la guitarra,  
que canta una cordobesa.

La noche transcurre en un hervor de alegrías, de palmoteos, de risas, de rasgueos, de cante, de bailes... Nacen unos amores y otros sucumben en el juego jocundo o en la lucha apasionada de tantos ojos centelleantes y de tantos pechos henchidos de pasión. La mocita de la copla está inexorable con Paco, nada más que por haber llegado después de las doce. ¡A lo mejor porque había estado por ahí el muy granuja pidiéndole a otra compromiso! Y, como si el infeliz hubiera cometido un crimen monstruoso, ni lo mira. Le ha vuelto la espalda tantas veces cuantas él ha querido pegar la hebra con su novia. Y todavía peor: que la indina se ha pasado la noche en dulces coloquios con Rafaelillo, el de la monjera de Santa Isabel, un mozo de respeto por sus hechuras y de unas intenciones que nadie se explica, habiéndose criado en una casa santa. Como bailar, no ha bailado con Rafaelillo ni con nadie. Y Paco, cabilando, cabilando, pajizo de rabia, no acaba de decidirse; sus arranques van y vienen entre matar a Rafaelillo o tirarse por los barandales de la Ribera. El hombre está como para que lo encierren en San Pedro Alcántara. La *bahtahola* se va calmando, que ya hasta los más jaraneros se han rendido. Alborea. Aquello se acaba. Cada cual echa para su casa. Pero, ¿a donde irá Paco, con el fardo de sus penas y el corazón hecho pedazos? No quiere que su madre lo vea así, acabado de desengaños. A otra parte con el alma muerta. Y recogiendo en sus ojos turbios de llanto contenido la agonía del último lucero que se esconde, avanza hasta la vera de Fuen-santa, y le mete, con voz trémula, en el pecho este puñal:



A las Ermitas me voy  
a llorar mi desengaño,  
que lo que has hecho conmigo  
me tiene «desesperao».

Y Fuensanta, que está más loca de amor que Paco, le restituye la vida que le había robado, con una mirada fija, penetrante, sin fin, que lo envuelve en un manto de caricias. Y Paco, recuperado y gozoso, y lleno de la ternura que linda con el misticismo, eleva al cielo esta súplica, con las manos de Fuensanta entre las suyas:

Al Cristo de los Dolores  
«arrodillao» le pido  
que no me des desazones.

El alma cordobesa, que habló en sentencias eternas por la boca de Séneca, estoica de raza, siempre supo mantenerse erguida y serena frente a los embates de la malicia, en el fragor de la lucha de las miserias, desdeñosa y elegante en las acechanzas del dolor, y abierta a las doctrinas del Evangelio y rendida a las devociones que han brotado en este suelo, empapado en sangre de mártires cristianos, se siente con fortaleza para resistir las más hondas tribulaciones. El cordobés sabe todavía levantar los ojos al cielo. Y por eso canta:

Yo no le temo a las penas,  
que en las penas me acompañan  
mi San Rafael bendito,  
mi Virgen de la Fuensanta.

La fama ha paseado por el mundo los nombres de pueblos nuestros privilegiados con ricos dones, que la abundancia ha volcado sin tasa en sus campos, y con la gloria de sus hijos más ilustres, el de Córdoba ha corrido pregonado también con el prestigio de unos hombres arrojados que divertían a las multitudes jugando alegre y diestramente en los ruedos con la muerte. Y cuando queramos ponderar nuestras riquezas naturales, y exaltar, en las pugnas de la afición, la superioridad de Córdoba, como sede de los Califas de la tauromaquia, no tenemos más que recordar aquella copla de fandango:

Para aceite el de Montoro,  
para vino el de Montilla,  
para toreros la tierra  
de Lagartijo y Guerrita.

Viviendo en Ecija, adonde fué el 1891, al ingresar en el Magisterio

primario, y volviendo a ella muy a menudo, desde Córdoba, adonde vino en 1907—aquí tuvo a su cargo la escuela del Alcázar Viejo—, porque allí había quedado de maestra su esposa, pasaron más de veinte años de la existencia de Molleja. Así que forzosamente abundan en su cancionero las poesías de asunto relativo a la ciudad del Genil, por entonces la ciudad de sus amores.

En ésta explica el blasón de la gran Solina:

Dicen que el Sol orgulloso  
de verse rey de los astros  
de su disco hizo el escudo  
para el pueblo astigitano.

De allí su elegida, cuando la enamora le canta, ensartando en un verso el sobrenombre del pueblo, con que se expresa el rigor del clima estival en la que ostenta en su escudo el Sol:

Al bendito San Lorenzo  
lo asaron en las parrillas,  
y a mí en amores me abrasa  
«la sartén de Andalucía».

Quiere pintar a la mujer de Ecija y la parangona con la más bella de sus torres:

Eres, hermosa ecijana,  
reina del río Genil,  
más esbelta y más airosa  
que la torre de San Gil.

Y para que su hermosura se acreciente y resplandezca con el afeite único que las bellas necesitan, le canta esta seguidilla, con el elogio más poético del río do se miran las ecijanas, hijo del Mulhacén:

Si al Genil vas por agua,  
lávate el rostro,  
que sus ondas se forman  
de nieve y oro.

Lávate, niña,  
y tendrás pelo rubio,  
blancas mejillas.

Sabida es la feracidad de la campiña ecijana, la misma que nuestras tierras de Santaella, con fama que ningunas otras le ganan, y que la ciudad del Genil es también llamada la de las torres, por las muchas y a cual más artística que allí se alzan en sus numerosos templos, aventajándole a todas la ya mentada de San Gil:

La gran Solina contiene  
más trigo que ambas Castillas,  
más olivos que Montoro,  
más torres que Alejandría.

Y por esto, y para celebrar la gloria de los repiques de los broncees innumerables, más elocuentes que los muy famosos de España entera, dice también:

El día que echan a vuelo  
las campanas ecijanas,  
la de La Vela no suena,  
la de Toledo se calla.

Los extravíos de las supersticiones, de cuyo influjo tan difícil es librarse, habían de inspirar al poeta; y así recoge una de las que tienen metidas en el alma los ecijanos, por cuanto su vida está amarrada a las vicisitudes de los cultivos, como acontece en toda Andalucía, y más en el riñón de su campiña, en estos cuatro versos, tan espontáneos y sencillos cual los nacidos no se sabe de quién, tan pulidos, como si hubieran rodado de generación en generación:

Cuando se para en la Plaza  
la procesión de San Pablo,  
si arden las velas, cosecha,  
y si se apagan, mal año.

Día de Inocentes. *Día de los locos* en Ecija. Las chavalas, vestidas de manera absurda, con tiras de papeles de colores chillones, hechas verdaderas máscaras, pero sin antifaces para que sus palmitos hermosteen la fiesta, después de bailar y pedir por las calles, de cantar aléluyas y coplas con las novedades y acontecimientos locales, suben a divertirse al *Rolluelo*, a divertirse y a divertir a todo el mundo, que allí acuden ese día los ecijanos a comer o merendar. Y allí, en el *Rolluelo*, se hacen polvo bailando las *loquillas*.

De buena gana, con todas las ganas, Juanillo se llevaría a su casa de ama y legítima señora a Valle, que se ha dejado atrás a Preciosa, en lindeza y seducciones. Pero como él es castellano y ella jítana, pues se roe las entrañas y se traga las lágrimas que se le saltan cada vez que mira a aquella divinidad danzando. Y el desconsolado se desahoga, cuando vuelve a su casa:

Por una *loquilla*, madre,  
de las que bailan la *danza*,

tengo el corazón partido  
y hecha pedazos el alma.

Sale Molleja a romper una lanza por Ecija, que ya la cadena del amor lo había aprisionado al solar de su mujer y de sus hijos, y es de almas honradas volver, en cruzada contra la leyenda infame, por el buen nombre de los ultrajados:

Quien diga que fueron siete  
miente más que la *Gaceta*,  
ni fueron siete los Niños,  
ni nacieron en mi tierra.

Desde el 1915 Molleja vive en Sevilla, y la ciudad lo ha embrujado. Pero ¿cómo no, si Sevilla está llena de duendes y don Diego era un poseso de las musas?

Así llega a decir, aunque confesándose creyente, enamorado perdido de la ciudad:

Si a escoger a mi me dieran  
entre la Gloria y Sevilla,  
y Dios no me castigara,  
sin Gloria me quedaría.

Sevilla es la mujer andaluza por antonomasia. No se concibe la ciudad, sino pensando en la gracia irresistible de sus hijas. Y a la sevillana, por mucho que se quiera renegar de la pandereta—yo soy de los que no reniegan—hay que pensarla y sentirla, porque es así, como diosa de la danza. Desde que su nombre nos evoca su imagen, la contemplamos con los brazos trenzando arabescos en torno a su busto cimbreante, y sentimos el repiqueteo de los crótalos que se hacen pedazos entre sus dedos:

A repique de gloria  
las castañuelas  
suenan entre las manos  
de una trianera.

Que, cuando baila,  
con cadenas de flores  
prende las almas.

Y es tan suya la danza, tan de la sevillana, tan ella misma, que no puede llamarse de otra manera. Sevillana... baile. Sevillana... mujer que lo baila. Y la creación fué de tal fuste, que hubieron de precederle los instrumentos mágicos con que el alma andaluza pregona sus alegrías de mañana de resurrección y explaya sus quejumbres de eternas agonías:

Se hicieron las castañuelas  
y se inventó la guitarra  
para mujeres de rumbo  
que bailan «las sevillanas»

Un piropo. La muchacha ha nacido en uno de los barrios que mejoran con su renombre el prestigio de Sevilla. Y de entre tantas que se llevan de calle a los más tranquilos, es ella por ahora la que trae al retortero a los alborotados y a los pacíficos:

Mocita de San Bernardo,  
el cura de tu parroquia  
dejó el salero vacío  
porque lo volcó en tu boca.

Una postal. El poeta iba camino de Triana, y se ha parado en el puente. Nada quiere ver de tanto como desde allí se divisa, sino lo típico y pregonero de Sevilla. Y en aquel instante se le antoja que descubre a dos garridas rivales; dos hembras castizas que en garbo y gracia compiten por el amante único. La una, más atolondrada y de propicia fortuna, se le mete por los ojos; la otra, más señoril y más hermosa también, orgullosa se mantiene, en espera digna, como la castellana altiva que se recata, aunque le seducen las trovas encendidas. Y el poeta escribe:

Es la Torre del Oro  
tan presumía,  
que se mira al espejo  
de noche y día.  
¡Y la Giralda  
nunca pudo mirarse  
con ser tan alta!

El patio refulgía como alumbrado por los soles de todas las chavalas de la vecindad. Y trascendía a gloria, a gloria de azahar, y de rosas, y de claveles, y de jazmines, y de azucenas, y de mastranzos, y de mil otras plantas perfumadas. Entre el altar de las macetas se alzaba la Cruz tapizada con las flores desbordantes, alhajada de aderezos y luciendo lazos de las sedas más vistosas, bajo un regio dosel de suntuosos mantones bordados, blancos, rojos, azules, amarillos. Ni que decirse tiene que allí hubo música y baile hasta que vino el día. Y que los mocitos pintureros se pasaron la noche cortejando a las chavalas, ahogándolas en más flores que adornaban a la cruz. Y si para muchos fué de ventura, para uno al menos lo fué de tormento. Para Salvador, que llevaba esperando un siglo aquella ocasión, en la creencia de que la emoción de la fiesta ablandaría

el pecho de Isabelilla. Y ¡que si quieres! Por culpa de la maldita fama que lo perseguía. Una leyenda infame, que le achacaba una mocita perdida y una criatura echada al torno. El no se despegó de Isabelilla, derrochando elocuencia y apelando a todos los recursos de la seducción, sólo para ver si le arrancaba una esperanza. ¡Y ni ésto! ¡Ni por la cruz aquella donde muriera el Amor de los amores! La muy cruel se resistió, como si la sostuviera el agravio de la otra. ¡Ella robarle el hombre a una mujer! Pero ¿qué se había creído Salvador? Eso se queda para las mujerzuelas. Y ella —¿a ver si había un guapo que desmintiera ésto en toda Sevilla?—ella era lo que se llama una mujer. Y de la categoría de real moza. Así que Salvador se derretía por sus pedazos, y llegó el pobre a perder la chaveta. Y enajenado, en su desvarío, no hacía más que repetir:

Juntos nos vió una noche  
la Cruz de Mayo,  
y desde entonces vivo  
*crucifícao.*

Así me tienes,  
pidiendo que me quieras  
y no me quieres.

Manolillo, con su traje de gala, el de campo, está todo un tipo de los castizos. Y Rosario, con sus percales y su mantoncillo de espuma al talle, y sus zarcillos largos, y su peina, y sus lazos, y sus flores, no digamos. Triana entera se ha echado a la calle, porque unos van y otros despiden a los que van en romería a la Paloma de las marismas. El cuadro no es para pintado, sino para visto. O que lo cuente el que lo viera cuando se haya quedado ciego. Manolillo va de escolta, en la jaca más pinturera que pisara las arenas del Guadalquivir. Escoltando a Rosario, entronizada en una de las carretas de la procesión, la que sigue a la del templete del Simpecado. Y cuando arrancan, fuera de sí de alegría y orgullo, arrimando a *Lucera* cuanto puede, y sacando el cuerpo cuanto alcanza para que no lo huela más que Rosario, le echa este incienso:

Alfrocío mi novia  
va en la carreta,  
coronada de flores,  
como una reina.

Y, cuando pasa,  
llueven vivas, piropos,  
olés y palmas.

Estampa de serranía. Tiempos de bandolerismo. Acechanzas tras las

jaras y las peñas. Temple de bravo. Alma de caballero. Arrogancia, apostura, majeza. Sombrero calañés de felpa, chaquetilla de terciopelo con caireles de plata, faja de seda encarnada, botones de filigrana en la pechera, polainas y zahones bordados, manta con flecos de madroños, montura jerezana; un trabuco damasquinado de oro y una jaca enamorada de su sombra.

No le conturban las hazañas de Francisco Esteban. «Para guapo él». Y, mientras acaricia a la *Centella*, que está fogosa por salir al campo de estampía, canta, en desafío, este polo:

    Cuando mi caballo monto  
    y me tercio la escopeta,  
    se acobarda y me abre paso  
    el rey de Sierra Morena.

Va que vuela. No lo arrebatara el designio criminal. Ni muertes, ni otras infamias en su vida aventurera. La leyenda lo atavía con pródigas hidalgas prendas. Entre señorito y contrabandista, flota en la opulencia de su fantasía. Al paso de su prestigio, deja rendidos de amor los pechos de las hembras endiosadas. Y el arriscado galán siente miedo de que la elegida de su corazón sucumba fascinada como cualquiera otra. ¡Tan fino es el querer que le tiene! Y para que, antes de que su estampa la turbe, le adivine el pensamiento, va cantando, por trochas y vericuetos, esta seguidilla serrana:

    En la Peña de Martos  
    planto mi puesto  
    de robar corazones  
    y ojazos negros.  
    Guarda los tuyos,  
    que son, serrana mía,  
    los que yo busco.

El poema de la guitarra. El vate, que va recogiendo los temas perfumados del más limpio linaje popular, como si fuera eligiendo para la diosa de la raza las flores más vistosas y delicadas del vergel andaluz, no podía olvidarse de la guitarra. Además de poeta era músico, poeta dos veces. Poeta, ya se ve, de los que cincelan coplas en láminas de oro. Y músico, ya se verá, de los que *hacen hablar* al instrumento:

    Con falsetas, rasgueos  
    y punteaos,  
    doy al aire mis penas  
    y desengaños.

Que mi guitarra  
llora, ríe, maldice,  
suspira y canta.

Y sigue la fiesta con este *jaleo*:

Lloran rocío las flores;  
las cuerdas de mi guitarra,  
desengaños y traiciones.

Un requiebro que florece al paso de la garriada moza que baja por los riscos de buscar yerbas olorosas, con la mirada encendida del fuego que en su pecho arde. Y dice la verdad la seguidilla gitana:

La mata que llevas  
de verde romero  
va diciendo a la gentes que entiendes de amores,  
pedazo de cielo.

Carcelera. Lamento que desgarras las entrañas. ¡Quejumbre honda! La inocencia que clama. El amor filial que llora a la madre muerta de amor por el hijo infortunado. El último beso que no se estampó en los yertos labios. El desvío criminal de la amada. Esta es la seguidilla, que pudiéramos llamar de arte mayor:

¡Qué sólo me encuentro!  
¡No hay quien me consuele!  
En la cárcel metido, con fuertes cadenas,  
y soy inocente.  
Metido en la cárcel,  
la pena me ahoga.  
Se me ha muerto mi madre pensando en su hijo,  
me olvida mi novia.

Amor más fuerte que la muerte. Y transporte de ternura. Supervivencia en galas que broten del llanto sobre la tumba del amado. Voz y caricia del que eternamente la amará desde el jardín de la vida sin engaños:

Siémbreme claveles  
cuando yo me muera,  
y con lágrimas que lloren tus ojos  
riégame la tierra.

Y lo sumo de los decires galantes, en loor de las prendas de belleza y seducción de la mujer. La encumbra en hermosura hasta el mismo Cielo; y escucha que el eco de la copla de los puros labios ha resonado en la Gloria:



Con ese vestido negro  
te pareces a la Virgen  
que sale en el Santo Entierro.

—  
Morena, canta otra copla,  
que están haciéndote coro  
los ángeles en la Gloria.

No me reprochéis que vuelva a la Cruz de Mayo, cuando Molleja cultivó para ella en su jardín flores de tan exquisito perfume para más adornarla; cuando era una de las fiestas de allí... y de aquí que despertaban en el alma del pueblo sentires más delicados; cuando el ambiente nos embriaga:

## LA CRUZ DE MAYO

¡Cruz de Mayo! ¡Cruz de Mayo!  
Patios vestidos de gala  
salones son de tu fiesta,  
entre mística y profana.

La sevillana te cede  
su colcha de desposada,  
su pañuelo de Manila,  
su tela más fina y blanca.

La noche deja las sombras.  
Da paso a la luz que irradia  
la techumbre deslumbrante  
de color de rica gama.

Y entre piropos y coplas,  
y rasgueos de guitarra,  
y repique de palillos,  
y requiebros y mudanzas,

—¡oh fiesta, bendita fiesta  
netamente sevillana!—  
AMOR, con flechas de fuego,  
agita inquieto las alas.

A su influjo poderoso,  
en las juveniles almas  
florecen las ilusiones,  
renacen las esperanzas.

En los senos palpitantes,

con rojos claveles, sangra  
la tragedia de los celos,  
herida de la venganza.

Y hay ante tí, Cruz gloriosa,  
que el cielo y la tierra abrazas,  
ternezas en labios mozos  
y en viejos labios plegarias.

¡Cruz de Mayo! ¡Cruz de Mayo!  
si un día tu fiesta a caba,  
pierde un tesoro Sevilla.  
¡Sevilla queda sin alma!

Molleja se ha extasiado un punto al paso de una de esas mujeres, suma de todas las gracias, que del país de los luceros vienen aquí sin verlas llegar, la cual, disimulando sus apariencias de criatura fabulosa de fascinación, va envuelta en un mantón de Manila.

El pañolón de Manila, bandera regional de la andaluza, como la mantilla de blonda enseña nacional de la española, no es una prenda, sino un poema. Filigrana de sedas, música de los colores, jardín de las gracias. La visión de aquel instante, con el cortejo de luces de otros momentos de ensueño, se transporta a una deliciosa sinfonía de palabras.

Todos los primores de la maravillosa labor de la prenda, toda la sugestión de su atavío de las vivas esculturas que lo lucen, todo el prestigio de una historia de rumbo y gracia que guarda entre sus pliegues, están en el definitivo, bellísimo romance de Molleja, digno de las antologías. *El mantón de Manila* no es para leído, sino para recitado por una juncal mocita que se lo ciña al talle breve, y a las redondas caderas, y al pecho turgente, y que asome entre sus pliegues el cuello alabastrino y la faz radiante, como la magnolia surge de su cáliz, y que agite los largos y trenzados flecos con el repiqueteo de su inquieto corazón:

En hombros de una andaluza,  
eres, mantón de Manila,  
jardín donde las cantoras  
aves gorjean y trinan.

Blanco, la más limpia nieve  
del Muleyhacén tejida;  
rojo, la sangre agarena  
tu fleco y tu fondo pinta;

dorado, sol deslumbrante

que tuesta con llama viva  
rostros de hermosas mujeres  
que tienen color de espigas.

Si canta una malagueña,  
ondulas como latina  
vela por viento suave  
y entre la espuma mecida.

Si baila una sevillana,  
los hilos que te perfilan  
vierten a chorros sal pura  
de gaditanas salinas.

Dosel de la Cruz de Mayo,  
tapiz suntuoso que brillas  
sobre el alábare alféizar  
de la ventana florida:

¡cuántos hondos pensamientos!  
¡cuántas memorias benditas!  
¡cuántos misterios ocultas!  
bello mantón de Manila.

De toda fiesta testigo,  
de todo hogar compañía;  
al amoroso poema  
ofreces calor y vida,

y la Leyenda y la Historia,  
y el Arte ante tí se inclinan:  
¡que hay páginas de la Patria  
en tus guirnaldas escritas!

Eres herencia preciosa,  
eres sagrada reliquia;  
vas de la abuela a la madre,  
vas de la madre a la hija,

y se guardan a tí unidos,  
dentro del arca cedrina,  
el abanico de nácar  
y la española mantilla.

¡Cuántos hondos pensamientos!  
¡cuántas memorias benditas!  
¡cuántos misterios ocultas,  
bello mantón de Manila!

¿El estro poético de Molleja no había de inflamarse con la manifestación de fe religiosa más acendrada y más popular de la comarca donde naciera, si desde niño sus ojos se alegraban y su fantasía se encendía con el desfile por las calles de su aldea (todavía he oído llamar a Villa del Río la Aldea, por los viejos de allí y de Montoro), de la romería que anualmente los montoroñeros organizaban en vísperas del último domingo de Abril, a visitar a la Virgen que anida, reina de Sierra Morena, en la cima del Cerro de la Cabeza? Acudían y acuden aún de muchos lugares, vecinos los más y remotos algunos, hasta de Sevilla, las cofradías de los devotos de la Señora, cabalgatas vistosas por entre bosques de olivos y campos de trigo, a dar culto solemnísimo a la sagrada imagen que Pedro el Apóstol trajo para Eufrasio, cuando el cristianismo se extendía por España, y descubrió, tras la expulsión de la morisma, Juan de Rivas, el pastor tullido y milagrosamente curado. Pero la de Montoro, si no se ha extinguido, desde luego hace largos años que no celebra la tradicional romería. Y esta circunstancia añade un interés histórico al mérito artístico de la crónica rimada de Molleja, en romance heróico, titulada

## DE MONTORO A LA VIRGEN DE LA CABEZA

Amanecen los altos alivares,  
 La ciudad de Montoro se despierta  
 para gustar los amorosos besos  
 y las dulces caricias abrileñas  
 de tibio y claro sol. Sus moradores  
 visten el traje de solemnes fiestas.

Un movimiento inusitado anima  
 las empinadas calles, y comienza  
 del tambor el redoble prolongado,  
 que a la curiosa multitud congrega,  
 y llama a los cofrades. Cien cohetes  
 silvan veloces y el espacio atruenan;  
 las muchachas, gozosas, se acicalan;  
 los mozos y los viejos enjaezan  
 y ágiles montan sus cabalgaduras;  
 tremolan, ondeando, las banderas,  
 y organizada, al fin, la Cofradía,  
 un fuerte ¡viva! atronador resuena.

Lentos caminan, al compás del parche,  
 que redobla *la marcha palillera*,  
 en vistosa y alegre cabalgata,

el mulo falso, la alazana yegua,  
 el córcel andaluz de finos cabos  
 y reluciente crín, la cordobesa  
 burra, que aguanta en su rollizo lomo  
 jamugas de nogal—trono de reina—,  
 que engalanan la colcha damasquina  
 y el rojo banderín de lentejuelas,  
 y de torzales recamado. Siguen  
 los florecidos llanos de la Vega,  
 dejando atrás *El Encinar*, *La Torre*  
*de Villaverde*, que gentil descuella  
 sobre las lomas de esmeralda y oro,  
 coronadas de nubes sus almenas.

Con tardo caminar suben y vencen  
 de la *Veguilla* la suave cuesta,  
 desde la cual, y en extendido prado  
 de amapolas, de lirios y azucenas,  
 se ve, regada por el claro Betis,  
 joven y hermosa la risueña Aldea.  
 Entretanto que avanzan perezosos,  
 la turba de muchachos vocinglera,  
 que del pueblo salió, prorrumpen en vivas  
 y el redoblante, alborotada, cerca.  
 Entrados ya, los vítores acrecen,  
 y la *Hermana Mayora* balancea  
 su airoso talle, y orgullosa luce  
 lindos pendientes y collar de perlas,  
 mantón bordado—de abundante fleco—  
 abanico de nácar y peineta.

Un guapo mozo de fornidos brazos,  
 de hongo sombrero y de figura esbelta,  
 diestro jinete en manejar la brida,  
 hábil en quiebros y en correr la espuela,  
 recorta y ciñe al alazán fogoso,  
 que, al sentirse obligado, hace corvetas,  
 ante un corro de bellas aldeanas,  
 que aplauden el valor y la destreza  
 del apuesto doncel. Otro, sonriente,  
 dirige sus miradas indiscretas  
 a una *jamona de juncal palmito*,  
 de negros ojos y de tez morena,  
 y en piropos finísimos agota  
 el copioso raudal de su elocuencia.  
 Este empina la bota del Montilla



—el vino del fandango y la pelea—  
 y sin líquido ya, vuelve a llenarla  
 en la antigua y famosa Candioteira  
 que conoció a Dupont. El sol esparce  
 su meridiana luz sobre la Aldea.  
 Claveles, que no rostros encendidos,  
 adornan los balcones y las rejas  
 de la *Calle Real*.<sup>7</sup> Silvan cohetes,  
 en la Plaza se cruzan las banderas,  
 y con pausado andar parte hacia *El Cerro*  
 la sin par Cofradía montoreña.

Desde el alegre alborear, Andújar,  
 la culta Andújar, se alborozaba en fiesta.

Recibe hospitalaria a los cofrades,  
 que, reunidos al pueblo y la nobleza,  
 decidores y francos, fraternizan  
 y avanzan hacia el puente. ¿Qué paleta  
 podrá reproducir aquel conjunto  
 con viva exactitud? ¿Qué osada lengua  
 no enmudece ante el doble panorama  
 que en las ondas del Betis se refleja?  
 Una campiña de verdor perenne,  
 un espléndido sol de primavera,  
 un cielo azul ¡el más azul de todos!,  
 al fondo, la feraz Sierra Morena;  
 arreos argentinos, pedrería,  
 trajes costosos de crugiente seda,  
 plumas al viento, vagorosos linos,  
 —mariposas de luz— lanzas enhiestas...  
 ¡Rico en color, maravilloso cuadro  
 que copia fiel *La rendición de Breda!*

Venciendo agosto la robusta cima,  
 grave, imponente y majestuoso, eleva  
 sus anchos muros el cristiano templo  
 que labró la constante fortaleza  
 de fieles y entusiastas corazones;  
 su recinto de mármoles alberga  
 siglo tras siglo la sagrada imagen,  
 aparecida en memorable fecha,  
 cabe la encina de verdor eterno,  
 al humilde pastor de Colomera.

Pleito homenaje y ostentoso culto

rinden allí de separadas tierras,  
 llenas de fe, de amor y de esperanza,  
 piadosas muchedumbres: se prosternan  
 ante el altar de la bendita Virgen  
 los hijos de Bailén, los de Baeza,  
 los de Andújar, Arjona y Marmolejo,  
 los de Montoro... — gente guerrillera,  
 a cuya audacia y valeroso empuje  
 refrenaron las águilas francesas  
 su inacabable vuelo. — Allí rendidos  
 el alto prócer, la gentil doncella,  
 el labriego infeliz, la pobre anciana  
 que abandonó el hogar, sumizos rezan,  
 en tanto que a los cielos se remonta  
 rauda espiral de embriagada esencia  
 perfumada de incienso, de tomillo,  
 de alabanzas, de preces de la Iglesia,  
 de amor de los más puros corazones,  
 y en giros mil hasta el Eterno llega.

Allí, las numerosas cofradías,  
 sobre los picos de desnudas crestas,  
 encienden en la noche sosegada,  
 — para alumbrar la oscuridad intensa  
 que se difunde por los grandes bosques,  
 en cortejo de sombras — las hogueras  
 de roja lumbre que el quebrado suelo,  
 recubierto de brezos y maleza,  
 pronto transforman, con movibles llamas,  
 en amplia, viva y refulgente esfera.  
 Allí, el cantar de perdurables tonos,  
 allí, el procaz insulto, la blasfemia,  
 la ardorosa plegaria y el rasgueo  
 de andaluza guitarra, allí se mezclan,  
 como se mezclan en la humanamente  
 el bien y el mal, lo horrible y la belleza.

Y lentos vuelven, al compás del parche,  
 que redobla la marcha palillera,  
 en vistosa y alegre cabalgata,  
 los hijos de Bailén, los de Baeza,  
 los de Andújar, Arjona y Marmolejo,  
 los de Montoro, que en triunfal carrera  
 cruzan los campos de verdor lozano,  
 las anchas calles de la hermosa *Aldea*,



dejando atrás *El Encinar, La Torre de Villaverde*, que gentil desculla sobre las lomas de esmeralda y oro, coronadas de nubes sus almenas.

Y se apaga el redoble de tambores, y el chillar de la turba vocinglera, y el rumor de piropos y de vivas, y los cofrades al hogar regresan, *rallentando e morendo* en las alturas los innúmeros ecos de la fiesta.

La leyenda tentadora ofrece sus tesoros al alma del artista que vuelve los ojos a la Historia, patrimonio de los que en el fondo de su pecho escuchan el eco lejano de la voz eterna de la vieja España. Y entre el tumulto de las hazañas que tejieron la epopeya de la Reconquista, se cincelan los cuentos de amor de las pugnas caballerescas de moros y cristianos, que llenan páginas de oro de nuestro romancero innúmero. Escuchemos éste morisco, de Molleja, de una leyenda astigitana:

## JARQUIZ Y MILENDA

A la gran ciudad que ostenta  
su límpido Sol por timbre  
de perinclita grandeza.

DEL AUTOR.

I. Diálogo entre Milenda y su padre.—II. Soliloquio de Járquiz.—III. Desafío de Járquiz con un caballero cordobés.—IV Muerte de Járquiz.—V. Conclusión.

### I

Cabe el río caudaloso  
que por el valle serpea,  
y el oro arrastra y la nieve  
de la granadina sierra,  
torre de alábare traza  
sus altos muros eleva  
sobre la alfombra florida  
de la espaciosa ribera.

Del tibio sol de la tarde  
la luz indecisa quiebra  
sus rayos en los macizos  
de la ingente fortaleza;  
de topacios y rubíes  
el almenaje rodea;  
de leves átomos de oro



la estancia suntuosa llena;  
tímidamente ilumina  
con dulces tonos las grecas  
de los pintados tapices,  
y el rayo postrero besa  
la tostada y reluciente  
faz de la hermosa Milenda,  
que muellemente descansa  
sobre cojines de seda,  
y al son de su guzla entona  
las reverentes *aleyas*.

—Suspende el canto (le dice  
su amante padre). Se acercan  
para los pechos alarbes  
horas de terrible prueba,  
Milenda mía. La astucia  
de la imbécil soldadesca,  
que en la gran Mezquita Aljama  
su estandarte enseñoorea,  
con loco y tenaz empeño  
y en vil asechanza espera  
tomar a *Medina-Esthiga*,  
a la refulgente perla  
del undoso *Naz-Garnata*,  
a la gran ciudad que ostenta  
su límpido Sol por timbre  
de perínclita grandeza.  
Tú no conoces el mundo,  
no lo conoces, Milenda.  
Tú eres dócil e inocente,  
tú eres tímida gacela,  
tú ignoras que los chacales  
con perverso instinto acechan  
en la tendida llanura  
de los desiertos su presa.  
Júrame, pues, hija mía,  
júrame por el Profeta  
no dar tu mano a ninguno  
de esa turba rufianesca.  
—Lo juro así, padre mío,  
Nunca jamás tu Milenda  
se ha de rendir, que, al amparo  
de la musulímica enseña,  
dará cien veces su vida  
primero que las cadenas

de la esclavitud la fuercen  
a ser de un cristiano sierva.  
Además yo quiero a Járquiz.

—¿Y él te quiere?

—Me da pruebas

de ser mi rendido amante.  
Si duermo, mi sueño vela;  
si río, conmigo ríe,  
y si lloro, la tristeza,  
que es del amor fiel amiga,  
su hermosa frente sombrea.

—No desmiente nuestra raza.

Su apostura, la entereza  
de su carácter, su ingenio,  
y el gran interés que muestra  
por el esplendor y brillo  
de Medina-Esthiga, aumentan  
su fama, poder y gloria;  
y hasta tal extremo lleva  
sus afanes y cuidados,  
que para gastos de guerra  
ha establecido un tributo,  
que, el que a pagarlo se niega,  
sufre en oscura mazmorra  
las más humillantes penas.

## I

Es la alta noche. La Luna  
despliega su blanco velo.  
Medina-Esthiga reposa  
sobre el rojo y gualda lecho  
que de sus fértiles campos  
le brinda el algodónero.  
En el dilatado valle  
reina el profundo silencio  
de los callados sepulcros,  
y sólo se escucha lejos  
de aquel lugar el pujante  
y airoso caracoleo  
del pardo corcel bravío  
que indócil rechaza el freno.

Cabalga orgulloso Járquiz,  
de rico alquicel cubierto  
y de retorcido y largo  
turbante de fino lienzo

la sien orlada, pendiente  
del ancho cinturón bello  
joyel de perlas que adornan  
el puño del limpio acero.

Recoge la suelta brida  
y enfrena el corcel soberbio,  
que a todo correr avanza  
salvando honduras y cerros;  
la ciudad cruza y el puente,  
traspasa el camino estrecho  
que hasta la puerta conduce  
del alta torre. Ligero  
desciende de su caballo  
el soñador sarraceno,  
y bajo los ajimeces  
que guardan el aposento  
de la sin par hermosura,  
señora de sus ensueños,  
con acompasado ritmo  
da tierna canción al viento.

—  
Descorre presto la celosía,  
luz de mis ojos, que nace el día,  
flor de las flores,  
fragante rosa de Alejandría,  
que ya gorjean los ruisiñores,  
Milenda mía.

Si se columpia tu airoso talle,  
las bellas flores del fértil valle  
gayas se mecen alborozadas;  
si tus miradas  
tristes fallecen,  
doblan el cáliz y desmayadas  
morir parecen.

Descorre pronto la celosía,  
luz de mis ojos etc. etc,

Tus dientes blancos cual los jazmines,  
tus labios rojos cual los carmines  
muestra a la aurora,  
y abran tus ojos los querubines,  
de mi albedrío dueña y señora.

Descorre presto etc.

De la kasida se extinguen  
 los adormecidos ecos.  
 El cantor sube a caballo,  
 el cual corre veloz luego  
 desde el puente hasta la torre,  
 desde la torre a los cerros,  
 mientras que el altivo Járquiz  
 exclama con voz de trueno:  
 —Los que del Sol ven la cuna,  
 los que entre montes de hielo  
 dormitan la larga noche  
 del polo, los que en el fuego  
 de cien volcanes caldean  
 su faz, los de rostro negro  
 que en la recóndita selva  
 moran, los amarillentos  
 hijos del Sol, todos, todos,  
 ante mi poder supremo  
 comparezcan y rendidos,  
 y esclavos de mi deseo,  
 el justo tributo paguen,  
 según yo mando y ordeno.

Y desde el puente a la torre,  
 desde la torre a los cerros,  
 va altivo el muslime Járquiz  
 la alocución repitiendo;  
 y en tanto, a favor del raudo  
 volar del corcel soberbio,  
 la movible y dura sombra  
 del soñador sarraceno  
 cien y cien veces dibujan  
 las claridades del cielo.

### III

Un apuesto caballero,  
 que de Córdoba salió  
 cuando su manto la noche,  
 como fúnebre crespón,  
 tendía sobre la fronda  
 de monótono verdor,  
 llega al estrecho camino  
 que conduce al Torreón,  
 al despuntar por Oriente  
 los rayos del nuevo Sol.

En el mismo punto Járquiz  
suspende la alocución,  
y, dirigiéndose al noble,  
con grave y potente voz  
y semblante asaz airado,  
le dice:—Jamás osó  
traspasar este lindero  
ningún menguado.  
Aquí se paga el tributo  
para gloria y esplendor  
de la sin par hermosura  
que mora en el Torreón,  
de Milenda, de la estrella  
del Islam.

—¡Oh craso error!  
¿Gravar a los cordobeses  
con tan dura carga? No.  
No puede ser.

—Cumple al punto  
la sagrada obligación;  
porque, si así no lo haces,  
te prometo, ¡voto a briós!,  
que entre humildes servidores  
marcharás al Torreón,  
y ante los pies de Milenda  
sufrirás el deshonor  
de ser su esclavo y mi esclavo,  
si desoyeras mi voz.  
(Acerca el caballo el noble,  
y su bravo pisador  
acerca Járquiz).

—¡No añadas  
la vileza a la ambición;  
que dentro del pecho guardo  
un templo para mi Dios,  
la verdad y la justicia,  
y el código del honor  
en el filo de mi espada,  
que siempre, siempre venciól!

De los cortados aceros  
brilla el siniestro fulgor,  
y de sus ásperos choques  
vibra el fatídico son.  
Acrece la lucha. Járquiz  
acomete con ardor,

mientras su labio pronuncia  
 terrífica maldición  
 que exacerba al caballero,  
 que con ademán veloz  
 y golpe certero y rudo  
 le atravieza el corazón  
 a Járquiz, que, en sangre tinto,  
 en tierra se desplomó.

## IV

Pasaron siglos. Se hundieron  
 del tiempo bajo la rueda  
 los recuerdos pavorosos  
 de aquella lucha sangrienta.  
 Vestigios, que no ruinas  
 del Torreón sólo quedan.  
 Y cuando la brisa mece  
 la fronda de la ribera,  
 y en la corriente del río  
 con giro suave ondea,  
 parece que en blandos ecos  
 gime con honda tristeza  
 ¡el trágico fin de Járquiz!,  
 ¡la inconstancia de Milenda!

MADRIGAL de fondo elegíaco. Pintura sobria de la pena del esposo desamparado. Filigrana de dicción. Ofrenda de ternura en lágrimas de musical congoja.

Pues que ayer contemplásteis su hermosura,  
 pues que hoy veláis su muerte,  
 ojos, llorad: lo quiere así la suerte,  
 que, contrastada, mi dolor apura.  
 Cubrid, cubrid de lágrimas la fosa  
 donde mi amada en soledad reposa;  
 conservad, si podeis, su imagen pura...  
 Ojos, llorad, cegando, mi amargura.

Visión que la Mezquita ofrece a un cristiano. Tema difícil. Mas no para el poeta, si su sensibilidad y destreza le dan las notas esenciales de una síntesis acabada:

## A LA CATEDRAL DE CÓRDOBA (KASIDA)

Mitad alarbe, mitad cristiana,  
se alza imponente la soberana  
mansión del Arte: salmos y suras,  
dobles arcadas, sacras figuras,  
columnas mil;  
fuentes cantoras, bellos altares,  
altas palmeras, gratos azahares,  
a un tiempo fingen, por raro ejemplo,  
harén, palacio, aljama, templo,  
bosque y pensil.

El verso de Molleja corre aquí con la placidez, solemnidad y pureza de los maestros de la lírica, llorando la honda pena de la pleamar de dolor de la Noche de Difuntos; después acelera la marcha, y sale á la dorada luz para bullir ágil en el regocijo de la vendimia.

## OTOÑAL

El capuz de la tétrica noche  
se extiende y sombrea  
los dormidos espacios, velando  
su manto de estrellas.  
Llora el cielo. Sus lágrimas cubren  
la faz de la tierra,  
y de troncos sin pompa humedecen  
la dura corteza.  
So las rotas murallas del feudo  
las voces argénteas  
de fantásticos seres murmuran  
piadosa leyenda.  
Del sagrado recinto las luces  
temblando chispean,  
y en las tumbas de pórfido y bronce,  
mentidas grandezas  
del orgullo humanal, indecisas  
sus rayos reflejan.  
Las campanas, doblando, pregonan,  
pausadas y lentas,  
de la muerte el letal llamamiento  
con voz pleñidera.  
El hogar se entristece. Los vivos  
suplican y rezan

por los seres que fueron, y lloran  
 su pérdida eterna,  
 y una vez y otra vez las campanas,  
 pausadas y lentas,  
 de la muerte el letal llamamiento  
 pregonan severas.

. . . . .  
 . . . . .

Los ecos se extinguen,  
 la luz alborea,  
 la fértil llanura  
 sus pámpanos muestra;  
 los anchos caminos,  
 las cortas veredas  
 de mozas garridas  
 y alegres se pueblan...

. . . . .

Los blancos lagares  
 se animan. Se entregan  
 los mozos fornidos  
 a rudas faenas,  
 que endulzan los cantos  
 de blandas cadencias;  
 responden las mozas  
 con suaves endechas;  
 rebosan las trojes,  
 el mosto fermenta  
 y Baco sonríe  
 su irónica mueca.  
 !Qué breve la vida!,  
 ¡qué largas las penas!

. . . . .  
 . . . . .

Se extinguen los ecos,  
 el día se aleja,  
 y el capuz de la tétrica noche  
 se extiende y sombrea  
 los dormidos espacios, velando  
 su manto de estrellas,  
 y una vez y otra vez las campanas,  
 pausadas y lentas,  
 de la muerte el letal llamamiento  
 pregonan severas.

La musa se agita graciosamente, siguiendo los vuelos de una mariposa



sa. Leve, delicada, inquieta, la mariposa es palabra, y la palabra música, y la música regalo para la fibra más tierna y enseñanza para el corazón aturdido:

## HOJA DE ALMANAQUE

Iris de las flores,  
de la sierra gala,  
mariposa linda  
que en el prado vagas:  
vuela, vuela, vuela,  
gira, gira rauda.

Las fugaces horas  
de tu vida gasta  
libando las mieles  
de azucenas blancas,  
de morados lirios,  
de amarillas dalias,  
y sobre el brillante  
manto de escarlata  
de las amapolas,  
tus teñidas alas  
hallen blanco lecho  
so la noche mansa.

Iris de las flores,  
de la sierra gala,  
mariposa linda  
que en el prado vagas:  
vuela, vuela, vuela,  
gira, gira rauda,  
sin libar las mieles  
de la verde mata  
que es de amor presagio,  
nuncio de esperanza,  
porque en sus frondosas  
y floridas ramas,  
mariposa linda,  
el romero guarda  
muy amargos dejos,  
mieles muy amargas.

El buen labriego, de vuelta de la lucha, libre de los afanes mendaces, curado de los males del alma, se convierte a la verdad del amor a la madre tierra. Su vida será entera para su majuelo y para su hogar, para el trabajo y para sus hijos. Hasta que se le acaben las fuerzas, hasta que

se cumplan sus días. Ternura, suavidad patética, serenidad y perfume de huerto escondido; sobriedad y elegancia, fluidez, a la manera de Fr. Luis. Esta es la

## BALADA

No hay males del alma  
que no cure el tiempo.

La patria nos llama.  
Su honor—que es el nuestro—  
mancillan, y es justo  
gritar: ¡guerra y fuego!

En balde el arrojo  
y heróico denuedo  
de los españoles.  
Los yankis vencieron;  
que es ley, ley maldita,  
brutal de los hechos  
que venzan los fuertes.  
Y, ahogando en silencio  
palabras de odio  
y de ira recuerdo,  
la sabia y antigua  
sentencia del pueblo:  
*No hay males del alma  
que no cure el tiempo.*

Termina la guerra.  
La paz, que es veneno  
de bienes, tesoro  
de dichas sin cuento,  
devuelve mis brazos  
al mísero suelo.  
«¡Trabaja!» me dicen  
los surcos desiertos,  
las matas marchitas,  
los árboles secos.  
«¡Trabaja!» Y labrando  
mi corto majuelo,  
feliz con mi sino,  
gozoso recuerdo  
la sabia y antigua  
sentencia del pueblo:  
*No hay males del alma  
que no cure el tiempo.*

Mi hogar es colmena  
sin zánganos. Lejos  
de locas pasiones,  
de vanos deseos,  
trabajan mis hijos,  
se educan mis nietos.  
Y yo, cuando vienen  
las noches de invierno,  
cercado de todos,  
recito y celebro  
sublimes pasajes  
del Santo Evangelio.  
Y al ver qué gozosos  
me escuchan, recuerdo  
la sabia y antigua  
sentencia del pueblo:  
*No hay males del alma  
que no cure el tiempo.*

Ya falto de fuerzas,  
se inclina mi cuerpo.  
La tierra, piadosa,  
me ofrece su seno,  
diciéndome: «Niño  
de blancos cabellos,  
ven, ven que eres polvo  
y al polvo te vuelvo».  
Y en paz con los hombres,  
y en paz con el Cielo,  
la voz de mi patria  
con dulces acentos  
repite en mi oído  
muy quedo, muy quedo,  
la sabia y antigua  
sentencia del pueblo:  
*No hay males del alma  
que no cure el tiempo*



Enseñar deleitando. Y educar por la acción. Ahondar hasta la fuente viva de la energía. Nutrirse de la savia propia. Elaborarse el mundo íntimo. Recrearse o volverse a crear. Doctrinas de siempre y de ahora. Pues leamos esta fábula de Molleja:

## APÓLOGO

Hombre acreedor a tal nombre,  
para salvar un abismo  
busca el recurso en tí mismo,  
aunque el consejo te asombre.

Ten este apólogo en cuenta:  
ímita siempre a la araña,  
que extrae de la propia entraña  
el hilo que la sustenta.

Unos sonetos. Temas de elevada alcurnia. El poeta se siente con alien-  
tos para cantar lo más excelso. Flor de humanidad, flor de Naturaleza,  
flor de civilidad, flor de fe religiosa. El verbo se le somete sumiso. Vibra  
la lira con acordadas y limpias notas. El poema es dechado de corrección.  
Del principio al fin se desenvuelve con solemne facilidad, con elegancia  
impecable, con atuendo clásico.

## EL VATE

No modula fugaces melodías  
con el laud de trovador amante;  
que su canto magnífico y brillante  
lega a la Historia memorables días.

Verbo creador de excelsas armonías,  
fué en Grecia Homero, fué en Italia Dante,  
Milton en la isla que circunda Atlante  
y en la infausta Salén fué Jeremías.

Sabe el pasado, inquiétale el presente,  
conoce el porvenir. Por noble ofrenda  
opone a ultraje audaz piadoso olvido.

Y, ufano el corazón, alta la frente,  
sigue del mundo la escabrosa senda  
con heróico valor, jamás rendido.

## NOTAS ÍNTIMAS

Aves canoras que en el casto nido  
del tierno pecho, como en cárcel de oro,  
vuestro canto suavísimo y sonoro  
mi corazón gobierna y su latido.

Aves: dejad que en sosegado olvido,  
del mundo libre y de su amargo lloro,  
como adora el avaro su tesoro  
mi espíritu os adore embebecido.

Elevad de la vida el sentimiento,  
del amor la preciada florescencia,  
y al Arte un himno de sin par contento.

Yaced en mí. Que vuestra ignota esencia  
nunca mancille con su torpe aliento  
la impura realidad de la existencia.

## AL SOL

### EN LA PLAYA DE SANLUCAR

Lejos, muy lejos de la etérea cumbre  
donde brilla tu disco refulgente,  
vas a hundir en las aguas de Occidente  
los postreros fulgores de tu lumbre.

Fija ante tí la alegre muchedumbre  
contempla absorta tu espirar riente,  
mientras del claro Betis la corriente  
se dilata en sonora mansedumbre.

Fresca la brisa, al ondular, perfuma  
de la playa los blandos arenales,  
que riza el mar como ligera espuma.

Y, entre nimbos de brumas estivales,  
finge tu luz, y en la movible espuma,  
regio alcázar de perlas y corales.

## SEVILLA MÍSTICA

Del Betis gala, en una y otra orilla  
se levanta, entre espléndidos jardines  
de nardos, azucenas y jazmines,  
pasma del mundo, la inmortal Sevilla.

Crea su Sol, que sobre todos brilla,  
no ya hermosas mujeres, querubines;  
no genios de la artes, paladines  
del Misticismo prez y maravilla.

Y por diadema de su augusta frente,  
del espacio y el tiempo soberana,  
la Giralda, vigía del creyente,  
siempre invitando a vida soberana,  
cuando alarbe con sura reverente,  
con salmos de David cuando crítica.

## A LA ASCENCIÓN DE NUESTRA SEÑORA

Tú venciste a Luzbel en su caída.  
Por Tí nace a los mundos nueva aurora,  
y la Eva, proscrita y pecadora,  
hoy es por Tí la esclava redimida.

Luz de la Luz y de los orbes vida,  
 templo bendito do el Eterno mora,  
 hoy venturoso el Cielo, gran Señora,  
 a exaltar tus virtudes te convida.

Rasguen alegres su cendal las nubes,  
 abra el Edén sus puertas eternas,  
 inclínense a tus plantas los querubes  
 y tiemblen los abismos infernales  
 hoy que, triunfante y vencedora, subes  
 a gozar de las dichas celestiales.

El goce honesto que celebrara el poeta griego. Asunto sencillo. Invitación al placer moderado, advertencia juiciosa para librar el alma de man-cilla. Lenguaje pulcro, versos áticos que se entrelazan con gravedad filo-sófica.

## ANACREÓNTICA

Escancia, escancia el néctar  
 de delicioso aroma  
 y espuma de diamantes,  
 criado en la frondosa  
 campiña jerezana,  
 que el sol radiante dora.

Escancia, escancia el néctar  
 sabroso en la ancha copa,  
 que, del bullir brillante,  
 de sus burbujas, brotan  
 hirvientes, en tumulto,  
 los ecos de la trompa  
 sonante del divino  
 cantar de hispanas glorías.

Escancia, escancia el néctar  
 de delicioso aroma,  
 que, en el brillante borde  
 de cien facetas, flota  
 quebrada melodía,  
 que en la alta noche umbrosa  
 el vate castellano  
 a Galiana entona.

Escancia, escancia el néctar  
 sabroso en la ancha copa  
 y goza sus perfumes,  
 de sus efluvios goza;  
 empero nunca mires  
 su sima tenebrosa:

no apures, no, sus heces,  
no agotes sus escorias,  
que lodo son, y el lodo  
mancilla el alma, borra  
del Arte los anhelos,  
de amor los lazos corta,  
y el canto del poeta  
convierte en vil escoria.

Molleja se remonta a lo magnífico, a lo heroico. La empresa es de tremendas dificultades; pero hay que acometerla, porque el poeta es de su época y vive con el oído despierto a los grandes acontecimientos históricos, con el pecho abierto a los latidos de las convulsiones sociales. Y porque suben a sus labios con fuerza de explosión las honcas lamentaciones y los acentos condenatorios de los crímenes de lesa humanidad. Corren los días eternos de la Gran Guerra. Y el poeta, atribulado, se apodera del tema y compone una oda. Abominación inapelable de la lucha, invocación suprema al reinado de la Paz; y pintura enérgica de los horrores y de los modos nuevos del combate terrorífico. Con inspiración ardiente que avivan las circunstancias; con acento y lenguaje que cuadran al asunto. Está a la luz del medio día su ascendencia herreriana.

## ODA

Pueblos y razas que, en la lid sangrienta,  
del odio, el rencor y la venganza  
armas forjais para vencer. ¿Qué afrenta  
podrá igualar a vuestra afrenta horrible?  
¿Qué fuerza irresistible  
refrenará la bárbara pujanza  
que a vuestro pecho y pensamiento inclina  
a luto y llanto, a destrucción y ruina?  
¡Vano el clamor! Inútil la esperanza  
de contener las sórdidas pasiones,  
las locas ambiciones  
de razas y de pueblos diferentes,  
pacíficos ayer, hoy combatientes  
de una lucha infernal de riesgo tanto,  
que al mundo llena de terror y espanto.  
Dueños del seno de la madre Tierra,  
de la etérea región dominadores,  
de los mares sin límite señores,  
febriles por saciar la sed de guerra,

hacen, henchidos de ira,  
del Viejo Continente inmensa pira.

Y de entre el toque del clarín guerrero  
y el rechinar del fatigado acero,  
en uno y otro bando,

ronco rumor potente resonando,  
como rugir de desbordado río,  
se escucha sin cesar: ¡el mundo es mío!

¡Oh razón de la fuerza, cuántos males  
padecen por tu causa los mortales!

¿Ley? Ya no hay ley; que la razón de Estado  
y el derecho de gentes han dejado  
de garantizar la paz. ¡La paz bendita!

Ella al trabajo cotidiano invita.  
La ansiada paz, escudo del caído,  
a la virtud rindiendo vasallaje,  
opone la clemencia al vil ultraje  
y a la calumnia, el generoso olvido.

¡Paz! Ya no hay paz. De guerra al grito insano,  
desde Bélgica al Cáucaso lejano,  
se oye el recio silbar de la metralla,  
que estalla a un tiempo mismo  
en la altura, en la tierra, en el abismo,  
veloz hendiendo la carnal muralla  
bajo el impulso de Luzbel, nefando,  
y la muerte do quiera va sembrando...

¡Oh Musa, dolorida!,  
llora la humilde aldea derruida,  
y el miserable escombros  
de la que fué ciudad del orbe asombro.

Vierte copioso llanto  
sobre el vestigio santo  
del templo del Señor, sobre la fosa  
do la extinguida juventud reposa.  
Ampara a la viudez, presta consuelo  
al infelice que en extraño suelo  
la ausencia gime de la patria amada,  
y a la madre sin hijo, desolada.

¡Paz! ¡Ya no hay paz! El eco tremebundo  
desciende hasta el profundo  
caos del mal, en los espacios crece,  
y el rudo combatir se recrudece.  
Ved por vastas comarcas extendidas  
milicias aguerridas



cual sierpes monstruosas  
de metálicas fauces anchurosas;  
ved eclipsando el Sol fingidas aves,  
y removiendo el mar ocultas naves,  
que, en trance decisivo,  
rival contra rival se precipita,  
y por el cráter vivo  
lluvia de fuego, torrencial, vomita  
con pavoroso estruendo,  
mientras cual mies segada van cayendo  
seres y seres, para el bien nacidos,  
al mundo del no ser restituídos.  
Y, al retemblar la esfera,  
huye, espantada, del cubil la fiera,  
lanzando lastimeros alaridos;  
el águila altarena,  
rápida, deja la región del viento;  
en la cárcel del líquido elemento  
el colosal cetácao se estremece.  
¡Todo se agita en un girar sin nombre!  
¡Todo camina hacia el morir! ¡Parece  
que el hombre es fiera y que la fiera es hombre!  
Yerran las ciencias, se oscurece el Arte,  
los ramos del saber, de polo a polo:  
enmudece Minerva, calla Apolo,  
y en su trono imperial domina Marte...  
    ¿Has de seguir, hermano, en tu demencia,  
de tu prójimo siendo el enemigo,  
sordo siempre a la voz de la conciencia,  
el más severo juez y fiel testigo?  
    ¿Es fuerza, ¡oh dura suerte!,  
que de Caín la mano fraticida  
en máquinas de muerte  
los tesoros convierta de la vida?  
    Ven, ángel de la paz. El labio sella  
del luchador con ósculo amoroso.  
Triunfante y victorioso,  
recubre con tu planta la honda huella  
por el hierro y la sangre señalada;  
haz que se trueque la temida espada  
en útil instrumento,  
cooperador del hombre y su sustento.  
¡Caigan al suelo en polvo convertidos  
de Marte los altares!

Vencedores depongan y vencidos  
 sus odios seculares  
 en fraternal abrazo confundidos,  
 y, embargadas las almas de contento,  
 alcen la vista al arco esplendoroso  
 trazado por el Todopoderoso  
 en el limpio cristal del firmamento.

Artista del lenguaje, ¿cómo no había Molleja de consagrar uno de su poemas al idioma, el divino instrumento de su creaciones? ¿Y cómo no alzarse hasta la figura sublime que simboliza el genio de la raza? Era el supremo esfuerzo, y ello reclamaba un alarde de dominio, de técnica, y no añadido que de buen gusto, porque, como ya se ha visto, el más refinado luce en todas sus poesías.

Recuerda que Juan de la Cueva había enseñado:

El verso suelto pide diligente  
 cuidado en el ornato y compostura,  
 en que vicio ninguno se consiente.

Porque como la ley estrecha y dura  
 del consonante no le obliga o fuerza  
 con ningún atamiento ni textura,  
 la elegancia y cultura en él es fuerza  
 que supla la sonora consonancia,  
 con que el verso se ilustra y se refuerza.

Y como se siente capaz de lo que el verso suelto pide, y la ocasión memorable lo inquieta, y no puede callar cuando tantas voces se alzan con loores al numen poderoso del Príncipe de los Ingenios, escribe de la maravillosa fábula sus

## IMPRESIONES DE "EL QUIJOTE"

¡Oh, libro de los  
 libros españoles

### I

¡Oh, sin igual esplendoroso alcázar  
 de la española lengua, donde moran,  
 —del hombre y su existencia soberanos—  
 la eterna risa y el dolor eterno!

Como en los prados del abril florido  
 brinda la abeja saborosas mieles  
 y al punto clava su aguijón punzante,  
 así en tus folios, de castiza prosa,  
 manjar apetitoso el labio apura,

en tanto que el rigor de las sentencias,  
que en ellos fija el vigoroso estilo,  
hiere en el alma cual agudo dardo.

¡Ay, cuantas veces, en mi larga vida  
lloré con llanto inacabable y rudo  
la locura del cuerdo! Y ¡cuántas, cuántas  
reí con franca risa atronadora  
la cordura del loco! Desde niño  
viven en mí los portentosos hechos,  
los combates y extrañas aventuras  
que en tus vívidas hojas se relatan.

Cuando el juicio y la razón dormitan,  
y torpe el pensamiento ahondar no puede  
las cultas frases y períodos pulcros  
de la genial y peregrina historia,  
ya se espaciaba con plumaje de oro,  
«por el antiguo y conocido campo  
de Montiel», mi ardorosa fantasía.

Y ser creía caballero andante:  
casco y celada, la sencilla gorra  
de mal papel y pico prominente,  
lanzón enorme de acerado filo,  
el coroto sable de fibrosa caña;  
y, en el extremo de carrizo endeble,  
la de color poligonal estrella,  
sus puntas dando al ondear del viento,  
semejaba las aspas del molino.

Diestro jinete en el escueto palo,  
más corredor que el mismo *Rocinante*,  
—de la razón y la verdad a espaldas—  
ya en el ardor de mi infantil empresa,  
las parras de mi patio, los cipreces  
del cementerio de mi humilde *Aldea*,  
los álamos que guardan las orillas  
del claro Betis, los extensos hilos  
que en brillante pentágrama transmiten  
todo el comercio de la humana vida,  
los transformaba mi ilusión creciente  
en endriagos, vestiglos y follones,  
grandes duques y andantes caballeros,  
que, al fuerte golpe de mi recio brazo,  
lanza en ristre, cobardes y rendidos,  
caían a mis piés, y me sentía  
—dulce mentir de mi exaltada mente—  
de todos ellos triunfador famoso.

¡Oh, edad feliz! ¡Oh, infancia halagadora!  
¡Oh, de *El Quijote* bienhechor recuerdo!

## II

Hoy, que la triste realidad abate  
mi espíritu, inclemente, y que, anheloso,  
«con ansias vivas, con mortal cuidado»,  
sediento busca del saber la fuente,  
sólo en tí encuentra venturosa calma,  
blanda caricia, punzador misterio...

Al inquirir, en inquietud constante,  
los profundos secretos del enigma  
que en tu fondo purísimo se esconde,  
¿por qué—pregunto, en las felices horas,  
en que al abrirte, prodigioso libro,  
abismado el sentido en tu lectura  
y ávida el alma de supremos goces  
a la región de lo ideal me elevas?;  
¿por qué—pregunto con tenaz porfía,  
si aseguras de modo indubitable  
los fines del autor, y realizados  
viólos la Historia y vieron las edades  
bajar al fondo de ignoradas fosas  
a *Palmerín de Oliva*, a la *Segunda  
del Salmantino* y a *Amadís de Gaula*—  
gozas de eterno universal renombre?

Y a mi ferviente invocación, rasgando  
las caóticas sombras de la duda,  
sacra beldad de juvenil semblante  
lleva a mi alma el sonoro acento  
con las estrofas de su grave himno:

Ciño mi frente de perenne lauro,  
gusta mi labio de agridulce néctar,  
y en mis altares su oloroso incienso  
quema el Olimpo.

Yo, si la vida, con aleve clava,  
llena afanosa de dolor mi pecho,  
dócil al yugo de la dura suerte,  
río llorando.

O si, elevando la dorada copa,  
goces eternos su licor me brinda,  
libo las heces con horror vitando,  
lloro riendo.

Yo las edades sigilosa burlo,  
y, si los genios mi favor zahieren,

hunde su fama mi letal mutismo:  
¡soy la Ironía!

¿Quiérese otra muestra, y gallarda también, de su maestría en el manejo del verso suelto? Hé aquí los magníficos trozos de un mármol péntico. Sobriedad, pureza, dignidad, elegancia. Creeríase versión pulida de un latín clásico.

## LA ESTATUA QUE LLORA

Sobre gallarda basa de granito  
se alza la esbelta escultural figura  
de insigne campeón. Egregio artista  
concibió, al modelarla, el loco empeño  
de competir con las famosas obras  
de Fidias, el maestro soberano.

Dió a su mirada audacia, a su semblante  
dura expresión, a su actitud la inquieta  
marcial postura del que atento aguarda  
con impaciencia que el clarín guerrero  
vibre estridente y a la lid convoque;  
saliente el pecho, la cerviz erguida,  
la mano asida al puño de la espada,  
quiso simbolizar el estatuario  
en aquella creación severa y ruda  
de un pueblo belicoso las proezas.

Es fama que en pretéritas edades,  
congregados allí nobles y ancianos,  
henchida el alma de entusiasmo, honraban,  
recitando romances y canciones,  
del gran caudillo los gloriosos hechos.  
Mas, ¡ay!, que el tiempo, destructor contante,  
aniquilando va con fiera saña  
valor y aliento. Los varones fuertes,  
que antes alzarán sonoras voces  
para ensalzar las cívicas virtudes  
del héroe celebrado, ya no existen.

Borróse su memoria, y en la tumba  
cayó con ellos el mortal olvido.

Crece el césped al pie del monumento,  
circúndanle en redor plácidos sauces,  
y la frondosa yedra y atrevida  
escala el pedestal, la estatua ciñe  
y se entrelaza en su espaciosa frente;  
puro el sol que alumbró victorias tantas

de luz corona las bronceínas sienas,  
 cual nimbo brillador, y del rocío  
 las purísimas gotas van cayendo  
 sobre las secas órbitas, que truecan  
 —¡oh de los siglos poderoso influjo!—  
 su dureza y audacia en dulcedumbre.  
 Y el pueblo, al contemplar estas mudanzas,  
 fiel guardador de añejas tradiciones,  
 dice, admirado, que la estatua llora.

. . . . .  
 . . . . .

No es para maravillar que acertara con el verso suelto, de manera tan acabada, cuando, como él recordaba donosamente, se había dado a conocer con una composición «nada menos que en verso libre». Así, resueltamente, sin tanteos. Vuelvo, pues, a los principios desusados de mi poeta, que no me perdonaría la falta de este laurel en su corona, ni podía remontarme, por mis débiles alientos, al empezar el panegírico, a la cumbre más eminente del elogio. *Tu Musa* es canto augusto a la Egabro inmortal de Valera; defensa elocuente, en los términos más ejemplares, del severo canon del clásico decir; y profundo treno arrancado de la entraña patriótica en el ocaso de un imperio. Soberbio lenguaje de español de raza.

## TU MUSA

Al poeta V. Toscano  
 Quesada.

Nunca imprudente mancilló tu labio  
 la sentenciosa, dulce y grave lengua  
 del Manchego inmortal. . . . .  
 . . . . . De clara stirpe  
 te formaron los rayos brilladores  
 del fecundante sol del Mediodía;  
 los copos virginales que coronan  
 la venerada cumbre, templo y trono  
 de la Madre de Dios, trocarse vieron  
 sus senos de cristal en rico manto;  
 las de purpúreo y encendido cáliz  
 flores que cría el egabrense suelo  
 circundaron tu sien, ¡oh egregia musa!,  
 y viviste feliz cantando alegre,  
 hollando bulliciosa los senderos  
 de perenne verdor, aprisionados  
 en las corrientes cristalinas aguas

que fingen en su limpio y claro fondo,  
 como un cuadro viviente, las beldades  
 que Valera trazó con firme mano;  
 y, en sus murmullos de sin par contento,  
 los místicos arrobos y las cuitas  
 del apuesto doncel don Luis de Vargas.  
 «¡Inspiración, inspiración!», clamaste  
 con vívido anhelar; y el aura leda,  
 sumisa a tu laud, dócil conmueve,  
 en apacible y rumoroso ritmo,  
 la fronda extensa, y de tu lira brota,  
 con irónico son, festivo canto  
 que, en protesta suave, se desliza  
 contra los hijos del moderno arte,  
 que, altivos, truncan el severo canon  
 del clásico decir; en su delirio  
 manchan el lienzo con los tonos grises;  
 olvidan de la línea la belleza  
 que el sabio griego, en inmutables leyes,  
 a la escultura dió; y, entusiasmados  
 con las tempestuosas armonías  
 de atronador metal, luchanilosos  
 para mostrar un dilatado abismo  
 entre el tiempo pasado y el presente.  
 ¡Oh gran poder de los flamantes dioses!

«¡Inspiración!»... y en luctuoso día,  
 no ya con cuerdas de vibrante acero,  
 con las fibras sensibles arrancadas  
 al fondo de tu ser, Musa española,  
 de tu patria lloraste los dolores,  
 y *el déspota gigante*, el ambicioso  
 que, hipócrita, clamaba: «¡Paz al mundo!»,  
 en tanto que el acero apercibía  
 a horrendo, injusto, desigual combate,  
 y *el vil esclavo que adoptó por hijo*,  
 con amoroso afán, la noble Iberia,  
 juntos sintieron del terror las ansias  
 ¡al contemplar en sus sombrías frentes  
 del pérfido Caín el rojo estigma,  
 que su orgullo abatió...!

Vate, no temas  
 que en tus hondos pesares te abandone  
 ni en las horas de plácida ventura  
 no se acuerde de tí tu dulce amiga;  
 ella perdura en tus sonoros cantos;

y cuando el tiempo, en su veloz carrera,  
 apague de tu voz los dulces ecos,  
 ella, piadosa, ceñirá a tu frente  
 la corona inmortal de bellas flores,  
 selecta gala de la Egabro hermosa;  
 y, en testimonio de tus altos triunfos,  
 tu nombre escribirá, con letras de oro,  
 en el cenit, donde eternals brillan,  
 del arte hispano en la gloriosa esfera,  
 los de Quintana, Moratín, Herrera.

He dejado para el final tres, muy notables, de sus excelentes composiciones, para regresar con don Diego a Córdoba y a su pueblo, a la espera de la paz definitiva, a reposar de la caminata de esta tarde y de toda su vida por los campos que cultivó.

Córdoba glorifica a uno de sus genios,

*«Sol de la raza,  
 »flor de los cielos de Andalucía».  
 «Góngora, Príncipe de la Poesía».*

se alza, soberano del Parnaso, entre el concurso de los eximios vates que lo celebran.

*«Refulja el nombre del gran poeta»*

resuena de Sol en Sol, y el eco hechicero enciende los entusiasmos, aviva la inspiración de los elegidos, levanta la elocuencia de sus voces hasta el empíreo. Y allí se escucha, magnífica, la de otro cordobés, que canta con la dignidad y sabiduría que la ocasión pide.

## A LA MUSA DE DON LUIS DE GÓNGORA

### I

Venid, venid, camelias oreadas  
 por el latino mar, flores sutiles  
 que naceis cabe el hosco Gibralfaro  
 para mejor lucir vuestra hermosura;  
 jazmines del Alhambra ensoñadores,  
 constelación que al cielo de las fuentes  
 daís romances, leyendas y kasidas,  
 mientras, en ritmos de quebrados aires,  
 los surtidores cantan la amargura  
 del Rey Boabdil, y el clamoroso hosanna  
 del pueblo vencedor, ante sus reyes;  
 claveles pasionales que, ora ufanos,



ora en gemidos trágicos, las cuitas  
de la Madre de Dios llorais, y a un tiempo  
a la hispalense modulais amores;  
azahares, venid, los que en la falda  
de la mística sierra dais al Cielo  
—unido a la oración del eremita  
ante la cruz, corona de la cumbre—  
no ya perfume, incienso sacrosanto;  
venid, que «flor de maravilla» os llama,  
y, en guirnaldas de pétalos y cálices,  
a la Musa prestad tejida alfombra.

## II

Nimbe tu frente el sol de las Españas,  
tus sienes ciña fúlgida diadema  
de preseas magníficas, cedida  
por la que fué imperial corona, y luego  
regía en la férrea diestra del segundo  
Felipe, memorable entre los reyes,  
a quien, ¡oh egregia Musa!, dedicaste  
histórico joyel de su reinado  
y fábrica de traza asaz severa,  
que, al conjuro del cetro poderoso,  
sumiso Herrera, levantó a las nubes,  
¡de Iberia orgullo, humillación de Francia!

Eleva, ¡oh Musa!, el verbo soberano  
de la elocuencia a la región, y admira  
de Monfort y de Lepe las grandezas:

«Llegué a este monte fuerte, coronado  
de torres convecinas a los cielos,  
el tiempo ví a Minerva dedicado,  
de cuyos geométricos modelos,  
si todo lo moderno tiene celos,  
tuviera envidia todo lo pasado...»

«A los campos de Lepe, a las arenas  
del abreviado mar en una ría,  
extranjero pastor llegué sin guía..  
Muro real orlado de cadenas,  
a cuyo capitel se debe el día,  
ofreció a la turbada vista mía  
el templo sacro de las dos sirenas».

Unan salterio y arpa los marciales  
acordes a la par que religiosos,  
y en el empíreo escuche extasiado,  
milite santo, el gran Hermenegildo:

«Príncipe mártir, cuyas sacras sienas,  
 aun no impedidas de la real corona,  
 la fiera espada honró del arriano;  
 tú, cuya mano, al cetro sí perdona,  
 no a la espada, que en ella agora tienes  
 digna palma, si bien heróica mano.  
 Conozca el carro helado,  
 ¡oh católico sol de vise-godos!,  
 la espada que te ha dado  
 vida a tí, gloria a Betis, luz a todos».

¡Oh quien no siente estremecida el alma,  
 el orgullo abatido, y la conciencia  
 contra el vicio clamar y las pasiones,  
 cuando del caos en las honduras vibra  
 el funeral clarín, profético,  
 y horrísono, ¡ay Señor!, y apocalíptico...!  
 «Urnas plebeyas, túmulos reales  
 penetrad sin temor, memorias mías,  
 revolved tantas señas de mortales,  
 de huesos secos y cenizas frías.  
 Bajad luego al abismo, en cuyos senos  
 blasfeman almas en su prisión fuerte,  
 hierros se escuchan siempre y llanto eterno,  
 si queréis, ¡oh memorias!, por lo menos,  
 con la muerte libraros de la muerte,  
 y el Infierno vencer con el Infierno».

### I I I

¿Qué importan elegancias peregrinas,  
 figuras (¿en desorden...?) ordenadas  
 al bien decir, por tu «genial ingenio»,  
 —sol del ayer, oriente de un futuro—  
 y a nuestro idioma dar el cuatrilingüe,  
 —del arte ornato—singular soneto?  
 Libe tu abeja el néctar agridulce  
 que a los genios otorga la ironía,  
 y clave el aguijón en el cobarde  
 que mancilla su fama y sus laureles  
 por mancillar la fama y lauro ajenos.  
 ¡Opón a ultraje audaz piadoso olvido...!  
 Mira, ¡oh excelsa Musa!, hacia «Colombia».  
 Desde los Andes viene al Guadarrama  
 —precursor del «Plus-Ultra»—el gigantesco  
 cóndor que bate, en trémolo sonoro,  
 «marcha triunfal» de renovados ritmos

e ideario nuevo. Los espacios hienden  
«claros clarines», altos pregoneros  
de abrazo fraternal entre dos mundos.  
Y llega a tí, que eternamente velas  
del perínclito Góngora la tumba,  
a posar en tu sien las tensas alas,  
que ante los hombres son y ante la Historia  
¡airón!... ¡coronal!... ¡cisne!.. ¡cruz!... ¡bandera!...

Ocaso de la existencia. Serenidad de espíritu tras de las borrascas mundanales. Elevación tranquila sobre lo terreno. Adiós sosegado a las turbulencias de la vida. Alegría de arribada cierta a puerto seguro, del gozo de paz perpetua.

Versos pulidos, estrofas difíciles; poema de ática elegancia:

## CANCIÓN A LA ANCIANIDAD (DEL BIEN NO HALLADO)

¡Ay! Ya la recia tempestad no ruge,  
olas lazando de furor nutridas;  
ya no difunde la tenaz tormenta  
triste presagio.

De la azarosa juventud no vive  
torpe la cuita del placer funesto,  
ni los halagos de pasión nefanda,  
nuncio de males.

Ven, amorosa, senectud fecunda,  
dulce gemela de niñez riente,  
noche apacible de estrellado cielo,  
sueño de gloria.

Que, reclinado so la blanca vela  
de mi barquilla, jubiloso miro  
mar en bonanza, reluciente faro,  
puerto seguro.

La emoción fluye del venero de ternura inexhausta de la vida en la cuna del regazo materno, del hogar de los padres, del pueblo natal. Y corre mansamente inundando el corazón de melancolía, velando la voz con tono de tristeza, derramándose en lágrimas de memorias tétricas. Pensaríamos que el poeta lanza su canto del cisne.

Décimas rotundas, cinceladas, de armonía innumerable:

## LA CANCIÓN DE MIS AMORES

Cantad, cantad, ruiseñores,  
rimando arpegios, gorgéos,  
trinos, píos y aleteos,  
la canción de mis amores,  
la de campestres dulzores,  
la que es por sencilla bella,  
la que entre todas descuella,  
desde el ciprés de la Ermita  
do está la imagen bendita  
de la Virgen de la Estrella.

Ya el acento sonoro,  
mensaje del viento blando,  
los álamos agitando,  
gima en el Betis undoso,  
y en murmullo quejumbroso,  
porque el sufrir mayor sea,  
llegue a Sevilla, presea  
del Arte, do, en tierna lira,  
triste el poeta suspira  
la nostalgia de su Aldea.

Cantad los felices días,  
—¡ay, por felices, fugaces!—  
como testigos veraces  
de infantiles alegrías.  
Cantad gratas melodías  
con acento no aprendido,  
que recreen el oído,  
ya que en este cautiverio  
lloran notas de salterio  
los ecos del bien perdido.

Cantad, cantad, trovadores  
del campo la cantilena  
que brota en la vega amena  
del suspiro de las flores.  
Sus tonos multicolores  
con lenguaje de candor,  
de inocencia y de pudor,  
nos dicen que es el vivir,  
desde el nacer al morir,  
relámpago brillador.



Extended el raudo vuelo  
sobre los altos trigales  
y espesos cañaverales,  
llegad al manso arroyuelo  
espejo claro del cielo;  
y, cabe el árbol en flor,  
que embalsaman con su olor  
el romero y el tomillo,  
rimad con el jilguerillo  
dulces endechas de amor.

Suspended vuestro volar  
como agitado latido  
de corazón dolorido,  
y cese un punto en mi hogar.  
Melancólico cantar,  
página fiel de mi historia,  
rimad allí a la memoria  
de lo puro, de lo eterno,  
del sublime amor materno  
que brilla con luz de gloria.

Y el gañán en la besana,  
y la alondra mañanera  
—cantora de la ribera—,  
y la moza en la solana,  
y el chorro de la fontana,  
y el suspiro de las flores,  
al par de los ruiseñores  
concierten la canción bella,  
la que entre todas descuella,  
la canción de mis amores.

\* \* \*

¿Es digno Molleja del aplauso de los cultos, del lauro del triunfo, de la luz de la gloria? La excelencia de su obra ciertamente no puede perecer en la fosa del olvido. Para mí sus poemas están entre aquéllos que Horacio reputaba merecedores de ser untados con aceite de cedro y dignos de guardarse en armarios de ciprés. Pues, si no anduviera extraviado, por los velos que el afecto corre siempre ante los ojos, pido para ellos unas páginas de honor en las hojas de nuestra revista. Y como don Diego fué maestro—por cierto salido de la Normal cordobesa—, y ha muerto de dolor de haber dejado de ser Maestro, pido también para el Maestro un homenaje.

Muy pronto, en Villa del Río, se abrirán unas escuelas nuevas en magníficos edificios. Él soñaba en acudir allí el día que se inauguraran, con el presente de sus versos, y a dirigir el Himno a su pueblo, para el que había compuesto letra (1) y música; para ofrendar a su *Aldea*, en la solemne ocasión, lo más rico, y puro, y sublime de su sentir. Los hados no han querido que esta ilusión colmara su pecho del gozo que torna al anciano en niño. Pero yo creo, y ahora con persuasión más arraigada, que el nombre de Molleja tiene que brillar allí, por títulos legítimos y numerosos.

Su pueblo le debe un homenaje adecuado a sus actividades, una memoria perdurable de su vida y de su obra, una ejemplar dedicación definitiva. En suma, señores académicos, se me ocurre, y lo deseo fervientemente, que la escuela nueva de Villa del Río, la dedicada a niños, se consagre al hijo ilustre de *la Aldea*, que él llamaba, el cual consumió sus días cantando bellezas y virtudes, y enseñando a los muchachos los arcanos de la cultura y los mineros de la bondad. Y os pido para terminar, y solicito rendido de vosotros, que sea esta Academia cordobesa quien proponga al Ayuntamiento de Villa del Río el acuerdo de fijar en la fachada del edificio respectivo un mármol con esta inscripción:

ESCUELA NACIONAL GRADUADA	
DE NIÑOS	
POETA MOLLEJA	
VILLA DEL RÍO	SEVILLA
1861	1932

HE DICHO.

(1) Gala del Betis,  
risueña Villa,  
pueblo bendito  
donde nací,  
quiero ser bueno,  
quiero ser sabio,  
para ser hijo  
digno de tí.

Quiero ofrecerte de ciencias y artes,  
de inventos e industrias copioso caudal,  
hacer de tu suelo jardín delicioso  
y alzar en tus muros soberbia ciudad.

Ser parte en las altas empresas de España;  
unir a su nombre el nombre inmortal,  
llevar en mi pecho la fe inquebrantable  
y ungida mi frente con noble ideal.

Gala del Betis,  
etc., etc., etc.

## APÉNDICE

Considero de sumo interés la publicación aquí de una carta que don Diego Molleja me dirigiera a la hora de la selección de sus composiciones para la Antología de poetas cordobeses que preparaba yo. En la crítica de la propia obra, la conciencia del mérito logrado, aún cobijada por la modestia, se enturbia con la tristeza de no gozar plenamente de la aureola de la fama. Sus palabras tienen la autoridad de una amplia cultura literaria, la imparcialidad de unos juicios serenos y contrastados y el prestigio de los reflejos de un gusto exigente.

Decíame así (sin poner fecha): «Muy estimado D. José: por el afecto que U. me profesa, ha llegado a concederme el título de maestro de crítica literaria. Indocumentado para tales trabajos, no debí dar mi cuarto a espadas durante la colaboración a que fui invitado por espontáneo llamamiento, para mí muy honroso, y que me obligó voluntariamente a excederme a mí mismo. Mis funciones debieron ser tan limitadas como limitado es el campo que puedo recorrer en esta materia. Me declaro convicto y confeso del crimen de lesa literatura, y solicito el indulto, en gracia al deseo de complacer a U. y al amor a las letras cordobesas. A difíciles pruebas me he sometido libremente, y ahora a la más dura de todas, la de ser comentarista de mis poesías.

»A la vista del material remitido y con las demás composiciones que completan mi obra, mariposeando por el estéril prado donde cultivé y cultivo muy modestas florecillas, recolectaré algunas que, de haber crecido lozanas y bellas, podrían formar un lindo ramillete, digno de la antología. Las que reuno con tal fin pueden constituir dos grupos: florecillas silvestres (cantares populares) y flores de estufa (poesías académicas). En las primeras voy de lo meramente local hasta lo patriótico, pasando por las de sabor cordobés, provincial y regional. A partir del *Mantón de Manila* y de la *Balada*, que son lazo de unión entre unas y otras, las demás pertenecen al segundo grupo. Entre la *Balada* e *Impresiones del Quijote*, incluiría yo la *Oda*, que es tema mundial, según se dice en nuestro tiempo.

»Acerca de la *Balada*, de la *Oda* y de la *Impresiones del Quijote*, me voy a permitir algunos comentarios. Con paciencia benedictina léalos, amable amigo, que son curiosos e interesantes. Ellos prueban que «unos nacen con estrella y otros nacen estrellados».

»*Balada*. En buen castellano es una letrilla. La denominación balada corresponde a la moderna nomenclatura, traída de las literaturas del Norte.

»El intento (siempre en mí el intento y nunca la bella realidad), el intento, repito, fué compendiar en una poesía de metro breve, más breve aún que la seguidilla (para apartarme de los imitadores de Grilo), el pensamiento español en la meditación de la heroica derrota de Santiago y Cavite, y su reacción después del trágico suceso. Invitado por una sociedad obrera que había de celebrar una velada literaria en el teatro de Ecija, para corresponder a la cortesía compuse la *Balada*, bajo la amarguísima impresión de aquel infausto acontecimiento y sus consecuencias. Mi poesía no llegó a leerse; porque a la fiesta había de concurrir con trabajos en prosa mi..... y éste opinó que, tratándose de individuos que militaban en el campo republicano, debíamos disculpar nuestra ausencia. Confieso que a los promovedores de la velada no les guió más móvil que el de honrarnos ante el público, para probar que había educadores en España que conocían los problemas pendientes de solución. Amigo de alguno de ellos, sabía yo y conocía de antemano los trabajos de los obreros, los cuales trabajos todos se referían al magno y palpitante asunto. La idea política ni remotamente se esbozaba; pero el retraimiento de... fué seguido por mí.

»Después de esto, decidí mandar a Toscano, que ya estaba en Córdoba, la poesía para su inserción en el *Diario*. Y mi buen amigo cumplió tan bien el encargo que la entregó acéfala... La primera estrofa, que es la llave, no se publicó. Ahora se dará U. cuenta de que el comienzo, tal como figura en las columnas del periódico,

Termina la guerra...

pide algo que se consigna. La protesta cálida y vibrante que se levantó de todo pecho español contra el pueblo, que, artero e hipócrita, nos llevó a horrendo, injusto y desigual combate; esa protesta y la vergüenza que ese mismo pueblo había de sentir después de su pérfido proceder; esos extremos abraza la primera estrofa. Ahora va íntegra.

»Intenté contener dentro de una letrilla todos los problemas *novecentistas*, y hasta me arriesgué a hacerme yo mismo una sentencia popular, parafraseando la que reza: *el tiempo todo lo cura*.

»¡Vaya la bendecida prenda de mi alma al florilegio! ¡Vaya íntegral

»*Impresiones del Quijote*. Disponíase la España intelectual, por una



de las *ideicas* de Mariano de Cavia, —si la memoria no me es infiel— a la conmemoración del más fausto acontecimiento de nuestra historia literaria, el tercer centenario de la primera edición del *Quijote*. Córdoba respondió a este llamamiento, y, si mal no recuerdo, se celebraron tres veladas en el Círculo de la Amistad. Allí se leyeron trabajos referentes al magno asunto. Los desconozco.

»Por mi parte, pretendí unir mi voz a la de todos mis compatriotas, y compuse la poesía *Impresiones del Quijote*, de la cual ha tenido U. a bien elegir acertadamente el primer fragmento. Sus dos partes forman muy visible contraste. Remitida al *Diario* en tiempo oportuno, vió la luz pública dos o tres días después de terminar las fiestas. ¡*Trasnochada!*

»Si esta poesía hubiera llevado al pié la firma de un Manuel Reina, de un Blanco Belmonte... y su autor, de frac o de smoking, la hubiera leído ante el selecto auditorio de aquellas veladas, acaso hubiera alcanzado notoriedad; pero la selló mi pobre nombre y pasó como pasan las obras de los humildes.

»Ciertamente el intento va más allá de lo que a primera vista puede juzgarse. De la audición o de la lectura de la novela inmortal, el niño y aún el hombre iletrado no ven más que lo aparatoso, lo externo; y de ahí nació la idea que informa todo el primer fragmento, a excepción del preámbulo. En cuanto al segundo fragmento, en balde los cervantistas buscan solución al eterno enigma que se oculta en la sublime epopeya —páseme la frase— y por toda conclusión afirman, casi todos ellos, que Cervantes triunfó, como todo genio, por la Ironía. El común sentir de los más autorizados me sirvió de motivo para la segunda parte, y en ella se da una singular circunstancia: la de unir, en una misma composición, el verso libre con el sáfico. Creo que no hay otro ejemplo en toda la poesía castellana.

»El himno que pongo en labios de aquella «sacra beldad de juvenil semblante» es un esfuerzo digno de más lisonjero resultado; pero al fin esfuerzo grande del poeta que pretende expresar dentro del molde artístico y complicado del verso sáfico el más complicado de todos los pensamientos: lo que es la ironía.

»A pocos días de publicadas mis *Impresiones*, limé los sáficos, para que si algún comentarista quería hablar algo sobre la poesía en total, encontrara los sáficos más pulidos.

»*Oda*. Esta llegó a tiempo. Premiada en público certamen y leída por

mí en la fiesta, obtuvo, inmerecidamente, elogios muy expresivos del selecto auditorio. Me propuse, siguiendo las reglas de la Preceptiva, hacer una oda moral. Pensé en los días más horribles de la conflagración europea (1916), que al poeta no le era dado fallar acerca del tremebundo hecho; quedábase el fallo para el historiador, pasado el tiempo suficiente para juzgar sin apasionamiento y con la innumerable suma de datos recogidos con gran paciencia y tino, una vez que la bendita paz restableciese el derecho de gentes. No hay en la oda una sola palabra que indique la más remota parcialidad. Condenar la guerra, sentir el sacrificio de las víctimas y pedir la paz son los tres pensamientos capitales de la *Oda*.

»Prescindi en ella del largo preámbulo que muchos de nuestros clásicos suelen unir al pensamiento total. Durante mis estudios de piano y armonía en el Conservatorio, asistí como oyente a la clase de declamación que dirigía entonces Vico; y, aunque nunca he declamado, estos conocimientos me han servido de guía para ponderar las poesías que he compuesto con destino a ser leídas en público. De los conocimientos musicales que poseo también hago uso, a fin de medir lo mejor posible hasta donde puede llegar el esfuerzo del lector en los periodos de fuerza, procurando que a un periodo de tonalidad brillante siga una modulación de modalidad sentimental y dulce.

»De que en mi *Oda* no estuve muy desacertado en los extremos que indico, es prueba muy ostensible el juicio, que en su carta acuse de recibo por el ejemplar que dediqué a D. Félix Martí Álpera, insigne pedagogo y muy versado en literatura, consigna: «Estimado amigo D. Diego: recibí oportunamente su hermosa *Oda*, tan lindamente editada. La leí enseñada de llegar a mis manos, la leí después a mi familia, y del buen efecto que produjo le diré sólo que mi hija, que en estos días cumple nueve años, ya la recita casi toda de memoria.

»Y de los demás esfuerzos realizados para dar cima a la composición, también esta otra cita es motivo para sospechar que no fueron baldíos. Trátase de D. Manuel de Sandoval, catedrático de Preceptiva y autor muy conocido por la publicación de varios libros de poesías, y persona poco dada al elogio de los cordobeses:... «con gran placer he leído y admirado la magnífica *Oda* que ha tenido U. la bondad de dedicarme. Ya sabe U. de antiguo que soy un sincero y entusiasta admirador de sus versos; y, hablando con franqueza, he de decirle que esta vez se ha excedido U. a sí mismo, y ha compuesto una verdadera obra maestra. El asunto no puede ser más oportuno ni más acertado, y la forma es, como de us-

ted, correcta, limpia, fácil y sonora». No hay un verso flojo, ni un consonante forzado, ni un acento fuera de su sitio. Y digan lo que quieran los modernistas, los versos han de ser versos; y los que como U. saben hacerlos, los hacen, y los que no saben se fastidian, y fastidian a los que tienen la desgracia de sufrirlos.»

»Cito estos comentarios ajenos para que vea U. que no siempre tuve mala suerte, y porque ellos han de llenar a U. de satisfacción, dado el entrañable deseo que siente de que mi nombre sea conocido.

»De los veinte sonetos mal contados que he compuesto, van los que estimo menos malos. No los remito para que se incluyan, sólo los mando para que, si una vez reunido el total contenido del florilegio, ve U. que alguno de los sonetos encierra un pensamiento no expuesto por otro autor, le dé cabida, si a bien lo tiene.

»Si no le parece bien el orden y obras que elijo, reforme una y otra cosa a su gusto. U. manda.

«Su afmo., *DIEGO MOLLEJA RUEDA*».





## CORDOBESSES ILUSTRES

# Obra póstuma del Médico montillano Doctor Solano de Luque y las crisis en Medicina

(POR EL DOCTOR JOSÉ SALAS Y VACA)

Excelentísimos señores e ilustres Académicos, respetables asistentes a este torneo histórico donde no tratamos más dentro de nuestra modestia, que dar honra y prestigio a la tradición, ensalzando justos merecimientos al recordarlos, para que en nosotros vivan historias que envuelven un pretérito más grande sin duda que el presente que nos guía, con la luz de esa antorcha de nuestros antecesores, y que a veces por desgracia la echamos a nuestra espalda, dejando oscuro nuestro camino por proyectarse ante nuestros pasos, las lóbregas tinieblas de nuestra sombra. A todos, y a autoridades tan amables, ofrecemos nuestro reconocimiento por su presencia, que envuelven estímulo y defensa; pues ciertamente Miguel Servet hubiera quedado libre de sus perseguidores, si defensores tan prestigiosos hubieran velado como vosotros por la custodia de la ciencia. (Menéndez Pelayo, Historia de los Heterodoxos. Número 22. Capítulo VI. Miguel Servet).

Honar ilustres cordobeses es nuestra misión en esta semana. ¡Hay tantos prestigios en nuestra capital, orladas de tan heroicos hechos de abnegación en los cordobeses! que no hubiera sido preciso para cumplir nuestro programa, extenderse a la provincia; pero ésto, al estimarse un tanto impropio, fuimos autorizados por la Academia para ocuparnos de este montillano distinguido, y con gran beneplácito por nuestra parte oíamos las pasadas tardes un canto de gloria a otras tradiciones de fuera, cuando el ilustre Académico señor de la Torre y del Cerro hablaba del montillano ilustre santo sin par, San Francisco Solano, como uno de los elementos más valiosos, que intervinieron en la conquista del Perú.

Por ésto hemos querido honrar la memoria de Solano de Luque, que

nacido en Montilla en 10 de Noviembre de 1684, hijo de Rodrigo José de Segovia y de Francisca María de Luque, su mujer, fué bautizado en la parroquia de Santiago, de aquel pueblo, por el regente de entonces don Juan del Arbol, figurando su partida en el asiento número tres, folio 39 del libro 31 de bautismos de aquella Iglesia. Y que sin duda por la preponderancia blasónica de la época, fué apellidado Solano Luque, en atención a la preeminencia del Santo montillano y quizás a la primacía de valor del apellido materno; cosa acostumbrada, pues bastaba con la intervención de un padrino de mérito especial para que se trasladaran los apellidos al apadrinado; no siendo extraño que estas costumbres hicieran que nuestro biografiado, después de cursar sus primeros estudios en 1704 en el Colegio de Jesuitas de Montilla que a la sazón allí existía, apareciese después en 1707 a 1709 a su licenciatura de Médico en la Universidad de Granada, con el nombre de Solano de la Cruz, quizá por la intervención del apellido del padrino, en este acto.

Casado en 1711 con doña Josefa de León Navajas, natural de Rute, con la que tuvo quince hijos, de los que siete de ellos fueron varones, «hecho indicador de las actividades de la época, que eran compatibles con las investigaciones, trabajos y labor de Solano en su profesión de Médico y marido». De estos hijos, dos fueron aplicados a la Medicina y Pedro, nombre que figura en el libro del pulso que criticamos, sobrevivió a Cristóbal, fallecido prematuramente.

Solano falleció a los 54 años en Antequera, en 1738, según consta en el libro número 13 de los muertos en aquella ciudad, en su folio 57, y que figura en la Parroquia de San Sebastián.

En este tiempo, y con sólo veintinueve años de profesión médica, fueron fechas suficientes para destacar sus investigaciones en méritos escritos como son: *Origen morbozo*, *Triunfo de las crisis epidémicas sevillanas*. Y su obra cumbre *Lapis Lydos Apollinis*. Que la juzga como método seguro y el más útil así para conocer, como para curar las enfermedades agudas. Venerada por los antiguos, aunque no practicada, por no ser advertida por los modernos. Obra editada por don José González en el año 1731 en la calle de la Encomienda, de Madrid. Su obra póstuma *Observaciones sobre el pulso*, de 1797, fué editada en Madrid de orden superior en la Imprenta Real, por don Pedro Julián Pereira, impresor de Cámara de S. M. De la edición de este libro figura un ejemplar que nosotros sepamos en la Biblioteca Nacional de Madrid, y existen dos, uno de ellos en la de este Instituto provincial de Segunda Enseñanza, y que con

la obra *Lapis Lydos* forma en la colección que cuidadosamente atiende en aquella Biblioteca el ilustre Catedrático de Literatura don Manuel Camacho, y de éste se obtiene el retrato del autor que ilustra la exposición que hacemos de su obra. Perteneciente al señor García Delgado, Procurador de los Tribunales de Montilla, existe otro ejemplar procedente de la Biblioteca del erudito montillano don Dámaso Delgado López, con la casualidad de que tanto aquél como éste que dedicamos a este Centro, fueron regalados por aquel político honorable, Diputado durante muchas legislaturas por Montilla, don Jerónimo Palma y Reyes. Tal vez se conserve alguna publicación de Solano en la Facultad de Medicina de Granada, de los que sin duda obtuvo el Doctor García Solá, Catedrático de aquella Escuela, los datos para su discurso de apertura del Curso Académico en 1882 a 1883.

Antes de imprimirse esta conferencia y debido a la amabilidad de los doctores don Fermín Garrido y don Juan Nacles Herrera, Catedráticos ambos de la Universidad de Granada, llega a nuestras manos el erudito y documentado discurso de apertura de curso de aquella Universidad, que en 1882 a 83 fué leído por el sabio Catedrático ya fallecido Doctor García Solá, y que trata del sabio montillano de que nos ocupamos.

Aparte del justo elogio que este trabajo merece por sus documentados datos para el estudio biográfico de Solano de Luque, la oración de García Solá, como todas las suyas, encierra el máximun de acierto que preside el genio cumbre de tan distinguido maestro granadino,

Un preámbulo adornado del oportuno recuerdo histórico de la evolución de las ciencias y artes en el primitivo pueblo hebreo, con las dinastías faraónicas de la antigua Grecia, en la que recuerda el arte guerrero de Milciades, Leónidas y Temístocles: el progreso médico con Hipócrates hasta llegar en nuestra Patria al descubrimiento de América, como la más grande de las epopeyas históricas del mundo, y desde luego muy superior a la Reconquista, en la que después de siete siglos de guerra no tenemos aún muy garantidas su firmeza.,.

El arte literario con Marot, Ronzart, Virgilio, Garcilaso de la Vega y demás genios, que pusieron los primeros cimientos de una civilización continuada más tarde en la guerra, ciencias y artes, por Gonzalo de Córdoba, Duque de Alba, Hernán Cortés, Almagro, Pizarro, Alarcón, Moroto, etcétera, etc., hasta llegar a tratar de la figura insigne del Montillano Solano de Luque, al que dedica su meritorio trabajo el Profesor García Solá.

Datos biográficos cuidadosamente recogidos, avalan los nuestros, aunque en algunas fechas, como son las del nacimiento y desposorios de Solano,

hay un año de diferencia con los nuestros, cosa que ya hace notar Ramírez de Arellano en su diccionario biográfico, al mencionar este error, frecuente en los historiadores. Nuestras referencias, tomadas algunas de las partidas originales, se encuentran de acuerdo con las mencionadas por Ramírez de Arellano.

Estudia García Solá a este Médico ilustre, pensando en el tiempo en que desarrolló su meritoria actividad, haciendo un juicioso alarde de severa crítica científica de la doctrina Solaniana, que al pasar las fronteras enriqueció la medicina patria en tiempo en que los profesionales no tenían más recinto que la interpretación de las doctrinas Hipocráticas y Galénicas, de las que Solano supo soltar las ligaduras, quedando un tanto olvidado desde entonces el canon de Avicena, con su arte médico y las teorías de Paracelso, Boerhave, Hoffman, etc., etc.

De la doctrina de Solano de Luque se ocupa también don Francisco García Hernández, Médico del Deán y del Cabildo catedral de Toledo en un interesante libro dedicado al patrono de Valencia San Vicente de Ferrer y editado en Madrid por don Joaquín Ibarra en 1765 en la calle de la Urosas. En éste libro se habla de la utilidad de la sangría con arreglo a la doctrina de Solano de Luque, y este ejemplar a que nos referimos se conserva también en la Biblioteca del Instituto provincial de Córdoba.

En el año 1788 y en el periódico «Memorial literario» de Madrid, se publicaron unos artículos hablando de la vida, doctrina y descubrimientos del Médico Doctor Solano de Luque, según notas de Morte Molina en la Historia de Montilla, editada en 1888.

No dudamos haya otro caso que más puedan valorar los nuestros, afirmando el mérito de Solano; y a este propósito repetimos lo que decía un distinguido Profesor levantino durante la colocación de una primera piedra para un grupo escolar en pueblo de la provincia de Albacete, que a la sazón regenteábamos como Gobernador. Pues aquel ilustre maestro cuando todos los presentes habían fundado el argumento de sus discursos en el axioma de que *la escuela cierra cárceles*, al tocar el turno del suyo afirmó de igual modo esta repetición sin preocuparse de ella más que por la razón de su veracidad, estimando que aunque se repitiera el concepto nada por ello perdería. A los que se ocuparon de Solano y de su obra no les pertubará el que nosotros resucitemos su recuerdo, que nunca es poco si la repetida mención es justa.

En el libro *Lapis Lydos Apollinis*, se nota ya desde su epígrafe el do-



lor de Solano por la falta de buen acogimiento de sus doctrinas, pues un entusiasta y convencido de su obra no se resigna a la indiferencia. La convicción que Solano siente por la verdad descubierta por él, y acariciada en sus prácticas, le hace poner en su defensa la pasión de su vida. Sus conciudadanos profesionales algo se interesan ya, y en aquel tiempo surgen comentaristas, como es el don Francisco García Hernández, antes mencionado. La fama del pulista pasa la frontera, y en el extranjero, como casi siempre ocurrió a los españoles, se comentan sus trabajos, elogiándose la doctrina del humilde práctico, arinconado en un pueblo andaluz, aunque Solano fuese médico honorario de la Real Familia y Catedrático sustituto de la Universidad de Granada, desenvolvía su práctica en la ciudad de Antequera.

La presencia del médico inglés Jacobo Jaime Nihell, que desde Inglaterra viene a España sólo con el propósito de estudiar la doctrina solaniana, le hace practicarla al lado del maestro que lo recibe en Antequera, donde realiza oportunas experiencias de su método y que lo propaga en el Hospital de San Juan de Dios en Cádiz, siendo transportada a Inglaterra, y conocida desde entonces por todos los profesionales de su tiempo. De este aprendizaje saca la síntesis para el interesante preámbulo que se publica en la obra a que nos referimos en su página 4, como resultado de su labor desde el 17 de Septiembre al mismo día de Noviembre de 1737 al lado del maestro.

La circunstancia de haber conocido nosotros familia descendente del Doctor Nihell, don Jaime que hemos visto, su nombre repetido en éstos descendientes a que me refiero, que por lo demás fueron personas distin-



guidas en Cádiz dentro de unas genialidades de carácter que los hacían un poco excéntricos, aunque de una gran preponderancia de imaginación y de inteligencia: Lo que nos hace prejuzgar el valor indiscutible de su antecesor ilustre colaborador del médico Solano.

Muerto Solano en 1738, quedan en poder de su viuda las notas de sus observaciones para este libro que como trofeo de un glorioso pasado de trabajo y abnegación, guarda, y con el legítimo anhelo de que su publicidad sirva para remediar en parte la triste situación económica en que queda una pobre viuda con numerosos y necesitados hijos. Conviene con varios editores la publicación que no se llega a realizar por lo escaso de las ofertas hasta que asesorado Carlos III de la utilidad y mérito de estos trabajos, dá orden para su impresión en la Imprenta real, según tenemos dicho, de este libro: *Observaciones sobre el pulso*.

\* \* \*

Permitidme, señores académicos, lea unos cuantos renglones del prólogo del autor, pues ellos ciertamente expresan la forma comedida y juiciosa de la exposición de esta doctrina y que en estas declaraciones se prejuzga la duda de Solano por la aceptación de sus experiencias.

«Muy señores míos: llamar yo la atención de todos los lectores en este prólogo, fuera exponer esta obra a que unos la menosprecien, otros la maldixesen, y la calumniasen, y muy pocos la aplaudiesen: lo primero en consecuencia de la presunción, lo segundo efecto de la malevolencia, y lo final inseparable del amor a la verdad».

Con ésto es suficiente para juzgar de la modestia y del temor de este ilustre maestro, a que no se apreciara la meritoria justicia de su invento.

Funda Solano sus pronósticos anunciando las crisis, en las circunstancias del pulso, y que como condición fisiológica resulta advertido en cada momento; pero que su reposada observación le lleva a interpretar con acierto sus geniales atisbos «pulsa Solano un enfermo, decía Nihell» y en el dicrotismo encuentra la señal cierta de futura hemorragia de narices. Si observa la bipulsación a las treinta pulsaciones, viene regularmente la hemorragia a los cuatro días, poco más o menos; si a las diez y seis, viene a los tres días; si a las ocho, viene a los dos, o dos y medio días; si a las cuatro, a los tres días: y si a las dos o una, viene la hemorragia dentro de las veinticuatro horas. Establece circunstancias múltiples, dando importancia en el dicrotismo, a la energía del golpe en la bipulsación de la que prejuzga la abundancia de la hemorragia, insistiendo sobre los fenómenos

unilaterales o bilaterales para prejuzgar el lado de la nariz por donde se ha de realizar la evacuación sanguínea.

Los fenómenos de intermisión del pulso los juzga como signo de futura crisis por diarrea, estimando que el gran intervalo entre las pulsaciones denota la cantidad de materia crítica que ha de evacuarse por cursos. Así como también la intermisión, con tensión arterial, es señal cierta de futuros vómitos coincidentes o nó con la diarrea. La intermitencia con molicie de la arteria, es señal cierta de crisis por orina con más o menos excreción intestinal. El pulso incíduo es señal cierta de futura crisis por sudor, y de movimiento al ámbito en general.

Claro es que Solano se previene ante la circunstancia de que las cosas no salieran con arreglo a estos pronósticos; haciendo notar que la naturaleza altera o retarda la crisis fuera del orden referido: y en algún caso como el de la observación segunda de la página 35, explica el cambio en los fenómenos críticos, por las mutaciones humorales que pueden sobrevenir en el enfermo sobre todo, por circunstancias emotivas.

Sin los antecedentes y estudios modernos era capaz este médico según hemos dicho, de prejuzgar lo que hoy mismo es difícil dentro de la abundancia de los métodos objetivos que como los gráficos tanto facilitan. En la época de Solano en el pulso no se veía más que la manifestación de una mecánica hidráulica representada por la impulsión del corazón con traslado de la sangre a través de la cavidad vascular; aprecia sin embargo como hemos visto el dicrotismo del pulso, y en él apoya sus observaciones, y en las circunstancias patológicas del mismo con sus distintas variantes, prejuzga la crisis por sangre, diarrea, orina y sudores con acierto en la mayoría de los casos.

Veán, pues, señores, el mérito de una observación de hace más de dos siglos cuando en la época actual, según vemos dentro de la riqueza de nuestros medios de exploración, tan difícil no es cumplir este cometido de pronóstico; que yó sin ninguna reserva atribuyo a nuestra *falta de fe en todos los sectores de nuestras actividades*.

Recuerdo en este momento y esta disgresión no huelga, la diferencia entre nuestros antiguos cirujanos anatómicos representados en la historia contemporánea por los Creus, Rubio, que sin otros medios y en ambiente perjudicial por ser menos limpio que ahora en la época del reinado de la asepsia, ejecutaban sin mácula y hasta sin mancharse las manos desnudas, toda clase de artísticas intervenciones que, hombres de la ciencia y práctica actual, no han podido superar todavía. No teniendo inconveniente en

hacer lo que Creus practicaba por mucho que fuera su público antes de dar principio a las operaciones, que jamás emprendía sin santiguarse, como poniendo su obra al amparo de designios más superiores, que la habilidad de sus manos (Dr. Decref, Homenaje a Creus). Granada 1928.

\* \* \*

En el pulso, señores academicos, intervienen factores múltiples que justifican la complejidad de sus manifestaciones. Trasladaos conmigo un momento a las disciplinas médicas. Yo os lo suplico en la seguridad de que nada perdereis en ellas, si al contemplar el dolor se despierta vuestra piadosa fraternidad: viendo de cerca la muerte se estimulará vuestra resignación humilde dentro de la doctrina de Cristo. Y si ese adentramiento lo hacéis en el recinto de la *psiquiatría*, iréis ganando en el concepto de disculpa que la humanidad merece ante sus actos irreflexivos y de los procederres injuciosos, que tanto abundan en la vida.

En el pulso, repetimos, intervienen influencias cardíacas, de orden muscular, y vasculares sostenidas por las tónicas contractiles de las arterias y venas. Un sistema nervioso de estimulación a la potencialidad que es el *tríspánico* o de la vida vegetativa, y otro frenador cerebro espinal relacionado íntimamente con nuestra esfera sentimental. Este conjunto se íntegra en el plexo cardíaco mediante ganglios automotores de acción simpática, e inhibitorios en conexión con el gran nervio pneumogástrico. En este complejo intervienen acciones glandulares que, por sus secreciones internas, mucho influyen en el normal funcionamiento del pulso, y lo perturban por los distintos motivos patológicos capaces de alterar el gran aparato circulatorio; tal es el mecanismo del pulso que solo podemos esbozar ligeramente dada la índole de ésta conferencia, ampliando solo un punto especial necesario para la mejor comprensión de estas nociones,

Cualquier motor en acción se destrozaría si su función no estuviese reparada por el necesario engrase en la quietud. El corazón y los vasos necesitan nutrirse; y tienen por tanto que hacer un paro del que nace el ritmo cardíaco y vascular; el *sístole*, es la acción, y el *diástole* alternando ambos entre corazón y vasos, es la parada nutritiva: el sistema nervioso cerebro-espinal se encarga en este momento de detener la acción del simpático para que el músculo cardíaco por sus arterias coronarias y las de las paredes arteriales, den sangre a sus órganos propios. Con estos factores comprenderéis con cuanta complejidad se ha de manifestar el pulso que depende, en síntesis, de acción impulsora, regularidad entre el *sístole* y

diástole, estado de los músculos y su elasticidad; acciones motoras y frenadoras, influencias glandulares, y subordinado todo a una gran pureza orgánica y a la influencia normal de nuestro sistema nervioso. Comprenderéis todos, con cuanta cautela hay que interpretar el pulso y a cuantos errores se haya expuesto su valor semiológico,

Yo os pido, señores, en vista de ésto un poco de piedad para los Médicos: siempre hemos suplicado un átomo siquiera de disculpa para los errores en estas interpretaciones a la cabecera del enfermo que sufre, y que alterado su organismo por la enfermedad, éste está desorientado, confundiendo al médico a veces, víctima del agobio por la presencia de los deudos, ante un cuadro de temor con el que a veces nos sugestionamos formando entre todos dentro de un marco de locura, que en miniatura queda muchas veces el recinto de un manicomio bien poblado de delirantes agitados.

Así nos vimos muchas veces: y recuerdo el caso de un distinguido Ingeniero que en Madrid exigía de nosotros, con desacostumbrada rapidez, la curación de una dolencia diciéndonos, dentro de un impulso disculpable por su estado, *que nada sabíamos en medicina para curar pronto y bien*. «Poco sabemos desde luego, contestábamos», pero dá la casualidad que ese poco en medicina lo conocemos solo los profesionales del intrincamiento biológico, que supone a veces el inútil esfuerzo de defender la vida. Ustedes, señores matemáticos, podeis calcular metódicamente la fuerza necesaria de resistencia en un puente para sufrir los embates de una avenida: pero hecho todo muy estudiado y medido, la primer tormenta fuerte produce a veces la arriada destructora, ¡qué pena sentirán ustedes!

Aquel enfermo curó de sus molestias, pero a los pocos meses de nuestra asistencia, sufrió el contratiempo de ver derrumbarse una obra cumbre de su ciencia, donde había puesto toda la veracidad y exactitud del cálculo matemático. . . . .

La última, señores, nadie la cura: ¡si supiéramos cual ha de ser la última! sobraríamos ciertamente todos los profesionales; y a este propósito recuerdo que en pasados tiempos solicitábamos de un alcalde pueblerino su favor para que un médico amigo nuestro, ocupase la titular de su feudo; y al hablarle yo de los méritos del solicitante y de la ventaja que el nombramiento de aquel médico traería a la salud de sus convecinos, procurando con ello convencer a dicha autoridad de que la designación sería mucho más acertada en éste que en su candidato, después de una larga peroración rascándose la cabeza y con la intencionada reticencia de

su probada astucia, nos dijo: «Don José: ese médico que V. recomienda ¿cura la última?, «porque si no es así, para la penúltima bueno es el mío».

\* \* \*

Solano ciertamente no curaba la última, pero hay que admirar en su práctica el acierto de su buena intención por la fe que ponía en sus indagaciones.

El pulso que por su fisiologismo es dícroto, se manifiesta por la impulsión del corazón entrando la oleada sanguínea en la arteria, realizándose esta dilatación en línea recta, en la gráfica, y su descenso en el diástole cardíaco y sístole arterial se produce en dos fases de descenso que integran el dicrotismo que apreciaba Solano por el tacto, dado que entonces faltaban los gráficos que hoy puede obtenerse con la esfigmografía; y si ahora se duda ante una línea que fijó en el papel teñido un aparato de relojería, ¡cuánta sería la dificultad de apreciar por el tacto los caracteres! pues nuestros dedos no solo están pendientes de lo que tocan, sino que también se hayan influídos por el factor emotivo de lo tocado que en ocasiones se enlaza enmarañándolo influencias pasionales, que al quitar conocimiento, anulan funciones y anhelos para convertir en estéril e ineficaces actos que en la vida fueron deseados con insistente demanda.

De todas estas perjudiciales inhibiciones se hayaba libre sin duda Solano a la hora de ver sus enfermos, y por esto durante ellas pudo seguramente valorar ese dicrotismo que tanto menciona en su libro y en el que fundó sus pronósticos; sin dejar por esto de suponer que este gran maestro debió apreciar la aloritmia actual con sus formas paradoxal bigeminada y alternante sin desconocer la arritmia del pulso que tanta importancia tiene hoy, y sin duda se la concedería también el gran pulsista.

En calidad del pulso sentó las bases de la celeridad, tensión, blandura y dureza, plenitud, y vacuidad que en su máxima expresión se caracteriza por el pulso *miuro* de los agonizantes. Ni de las gráficas, ni de la tensión sanguínea que tanto tortura a la moderna medicina, pudo en su tiempo darse las noticias de ahora; y menos mal que así sería para bien de Solano, y para no morir con la duda atormentadora que hoy tienen los presuntos enfermos pletóricos, cuando después del tiempo que se lleva estudiando esta cuestión circulatoria, no estamos de acuerdo si lo importante es la máxima o la mínima tensión; pues parece que ya se han fijado «en la media» en un tiempo que no podemos subir *de la media para arriba*, en virtud de lo deficiente de la circulación actual de la sangre en este siglo que corre.

Solano dedicó su genial intuición al estudio de las enfermedades críticas de carácter infeccioso suponiéndolas determinadas por una materia pecante «gruesa, media y leve» que ya la critica el prologista de su libro. Los procesos tíficos, conocidos entonces con el nombre de sinocales; los maláricos, los recurrentes, los de origen estreptocócicos y pneumocócico, fueron sin duda en los que fundamentaba sus observaciones y que hoy resucitan con todo el esplendor, el valor indiscutible de una medicina justa de observación meditada, en la que entonces no podía atenderse a otra cosa que ayudar a la naturaleza con ajenos medios cuando ella «no pudiera vencer el morbo». Lo demás quedaba al arbitrio divino que se servía de las resistencias no gastadas en organismos vírgenes de todos los procedimientos destructores de la época actual, en la que se emplea la pintoresca y elegante jeringilla de morfina, con el fin de buscar placeres de paraíso, *para acabar más pronto*, mediante una vida cómoda y artificial.

La medicina de Solano de Luque fué noble y generosa atendiendo al enfermo y tranquilizando a la familia con una prudente predicción tan lejos de la de actualidad; que hoy aunque se curen los mismos que entonces porque más en número intentan matarse, era más meritoria la labor de aquella época, aunque la estadística se encuentre a la par desde hace dos siglos largos de las actividades médicas del pulsista.

\* \* \*

Desde el año 1915 al 1931, aparte del advenimiento de la República en España, hemos contemplado hechos que también merecen seria meditación por parte de los profesionales, y por la de los fácilmente sugestionables.

La aparición de un santón, titulado Custodio, en un rincón apartado de la provincia de Jaén, en la Hoya del Salobral, creo término de un pueblecito llamado Frailes, en la zona de Alcalá la Real; y a cuyo paraje fuimos hace tiempo para observar el médium y eficacia de sus milagros. Sería muy complicada la descripción de lo observado; pues en un paraje campestre, realizaba su actuación ciertamente con poca industria, por ser modestas sus exigencias; aunque los industriales eran sus atláteres, que vivían en aquellos campos merced a la concurrencia que buscaba los milagros de Custodio.

Después de un día entero de estudiar sus procederes y de examinar con respeto los ex votos y mandas de los agradecidos a sus consejos, que alternaban pronosticando la curación de un escema infantil con el trata-

miento para el dolor en una mula, y que recetaba un sortilegio en papel de fumar a todos; nuestros acompañantes, personas juiciosas y de sentido crítico, se anticiparon a nuestra opinión, estimando aquello como una *idiotéz en una película movida*; no pudiendo nosotros más que pensar que la imbecilidad se contagia a distancia; pues desde la Línea de la Concepción, con tres días de viaje, venían clientes buscando las curas de Custodio. El acierto de éste, que pudimos reconocer más tarde, se refería a cosas previstas por los que no disfrutamos de la santidad; pues creemos que los que se mueren es porque tienen que morir, y los que viven porque no se ha dispuesto de ellos por la providencia, es cosa sabida entre los humanos, sin ser milagros de santos.

\* \* \*

Los milagros del Cristo de Limpias no eran necesarios a los doctrinarios católicos: una imagen representante de la tradición cristiana que lleva en su cara el sello del dolor y las huellas del sufrimiento, no necesitaba a nuestro juicio para ser más grande, lágrima más o menos que no podía elevarlo a mayor altura que la gloriosa de la redención. Así convino con nosotros un párroco de aquella región santanderina cuando prejuizando que la iglesia no confirmaría las declaraciones expuestas, nos decía con un poco de humano egoísmo, «¡cuánto siento, ya viejo, que esto no lo hubiera visto la gente veinte años antes!».

\* \* \*

De reflejismos comerciales, que borrarón su aspecto científico pueden clasificarse las *curaciones por el trigémino*. Nervio de relación con múltiples centros de distintas derivaciones, y al que su choque es capaz de dar reacción favorable en múltiples procesos morbosos, se ha llegado a bastardear matando la gallina de los huevos de oro; y no podían por otra parte transigir los grandes investigadores de la medicina, en que todo el problema terapéutico estuviese vinculado, a que el enfermo le tocaran las narices.

## **LAS CRISIS**

Y llegamos, señores académicos, para terminar a hablaros dos palabras de *Las crisis en medicina*. Y con esto ponemos fin a este discurso de colaboración que no tiene más objeto que añadir una gota de agua a las muchas derramadas ya para honrar una causa, para contribuir al establecimiento de un prestigio que ya supo la naturaleza poner a la altura de



los genios para que no fuese preciso descubrirlos. ¡LAS CRISIS! Si de ellas hubiéramos de hablar, no sería un solo rato el de nuestra disertación, pues está todo en crisis; y si ésta supone la caída de una preeminencia orgánica, el descenso de un pedestal, el arrastramiento de un ideal, todo señores está en crisis durante la época en que vivimos, en la que nada vale, y donde todo, absolutamente todo, es igual en los distintos aspectos de la naturaleza que por muy definidos que fueran en lo antiguo, vivimos hoy en un plan ambiguo, y conste, señores, que no he querido decir anfibio...

Las crisis en las enfermedades las estudió Solano de Luque; y más tarde, cuando de las cenizas de este sabio no quedan más que las esencias letradas de las fragancias de sus geniales flores, surge otra en la actualidad y en 1917 de nuestro siglo, el doctor Velázquez de Castro, Catedrático de la Facultad de Medicina de Granada donde estudió Solano de Luque, presenta al Congreso de la Asociación española para el Congreso de la ciencia, ocho comunicaciones que a nosotros nos tocó el honor de criticar; y donde después de unas nociones de medicina astronómica para las que trae a cuenta las doctrinas del sabio doctor Letamendi, nos expone «el aspecto médico de la vida: el valor de los sentidos: la interpretación del sueño y de la función clorofiliana», y otras teorías más, donde aparece la vigencia de un destello mental que se graba en letras de molde, antes de que se acabe su inteligencia en uno de los manicomios próximos de la capital de España. Así son de ordinarios los genios; y no porque se anule su mentalidad, dejan de serlo. ¡Dios nos libre de los mediocres cuando deliran...!

El Doctor Velázquez de Castro nos habla de la influencia de los astros en las crisis y establece una relación juiciosa entre el día y la noche con los estados de salud y enfermedad, que se encierran en los conceptos de nutrición, dentro de lo normal y patológico pues según Velázquez de Castro, nuestro organismo como gran molécula en la que se realizan los fenómenos de apetencia, saturación y eliminación, se hallan influidos por los cambios cósmicos del día y la noche, del verano e invierno, del plenilunio y nubilunio; por las radiaciones solares y las sedaciones lunares que trae consigo la existencia de vulgares predicciones con atisbos de certidumbre casi siempre. Nada más interesante que la crisis de gota que se alivia cuando el gallo canta; la depresión de temperatura que normal y patológicamente se suceden por la mañana, hora que con gran frecuencia se producen las crisis, como si éstas coincidieran con choques eléctricos relacio-

nados con los movimientos de los astros; y a las que a veces se subordinan los fenómenos de inquietud, insomnio, neuralgias, etc., que hacen del organismo un molesto barómetro, cuando por edad y desgaste, se polariza más a las influencias externas que a sus necesidades de íntima nutrición, que es donde se gastan mejor las actividades bioquímicas y sensibles en los primeros tiempos de la vida.

Interpretemos, señores académicos, todas estas funciones y cambios en los conceptos que se nos dieron y que no fueron infalibles; aceptando una tradición que Solano nos legó por su valor justo, pendiente de una revisión que ya el tiempo se encargó de hacer sin menoscabo de su mérito. Observemos la naturaleza en todos sus aspectos que es la fuente más fructífera de enseñanza; pues más se aprende a veces contemplando un pájaro entretenido en la construcción de su nido, a un perro ladrándole a la luna y a otro animal amamantando y defendiendo sus crías, que con muchos discursos académicos adornados de un decorado artificioso, y abrigados con charoladas camisas bajo un frac de corte irreprochable, que a veces no se pagó su confección...

Creo, distinguidos oyentes, que debo terminar rindiendo un tributo a la distinguida dama que se molestó en colaborar con su presencia a este torneo histórico. Sólo quiero que conste en la Biblioteca de esta Academia el libro del Pulsista, del que hago gustosa donación; y al hablar de este montillano ilustre como lo hice, no quiero dejar de que unido a él, quede el recuerdo del llamado don Antonio de Pablo Fernández Solano, EL SABIO ANDALUZ, que nacido en aquel pueblo en 22 de Marzo de 1744 y después de una vida de meritorios trabajos honrosas empresas, y abnegadas misiones en relación con su genio cumbre, murió en aquel pueblo de mis amores, en 1823 a los 79 años de edad, y siendo motivo de gran homenaje, el traslado de sus restos desde el Cementerio de la Vera-Cruz al nuevo de San Francisco Solano, según expediente que figura en el archivo del Ayuntamiento de Montilla, y en cuyo acto cantó sus méritos en notable discurso que fué leído el 14 de Julio de 1914 por nuestro tío don Francisco Salas Arjona, Médico prestigioso de Montilla, fallecido ya hace tiempo.

En los archivos del distinguido biógrafo don Dámaso Delgado López, figura un discurso del sobrino del sabio andaluz, el presbítero don Alejandro de Palma, discípulo de Fernández Solano, que fué leído en Córdoba en 1831, para enaltecer los méritos de este ilustre montillano.

He terminado, distinguidos señores, y como con mi conferencia no me

propuse valorar más que una faceta de montillanos ilustres, no puede tomarse en consideración el no mencionar las grandes virtudes de San Francisco Solano, que dejó su estela para la invocación de los montillanos, y su nombre y apellido, en nuda propiedad, para todos los de aquella tierra.

El gran capitán (1), que llenó el mundo de gloriosas conquistas: los Alvear, los Núñez de Prado y los Aguilar, y demás ilustres personas que llenan la tradición de aquel pueblo sosteniendo su grandeza, y que ya quisiéramos copiar en la actualidad los que hemos tenido la suerte de sobrevivirlos.

Y el que dedicó toda su actividad a esperar el oportuno vivir en sus lares de nacimiento, afanoso de que la tierra en que nació le recoja cariñosamente en el momento de su muerte, os dice que por ser cordobés y montillano, quiere rendir este tributo a su pequeña patria, y parodiando un cantar andaluz termina afirmando que:

Tres cosas tengo metidas  
dentro de mi corazón,  
que las tendré «toa» mi «vida»:  
Córdoba su tradición,  
y mi Montilla querida.

HE DICHO.



(1) Muy discutido su nacimiento, aunque parece probado su origen cordobés, según la carta que parcialmente insertamos, debida a la amabilidad del Académico don Antonio Sarazá, que ha podido recoger los datos de su origen.

El Gran Capitán, en una carta escrita el 3 de Marzo de 1504, para recomendar al Ayuntamiento de Córdoba Próspero Colono, Duque de Trajecto, que venía a España. La carta dice así:

«A los muy magníficos Señores, los Señores del Regimiento de la M. N. ciudad de Córdoba. (Muy magníficos señores). Hallándome hijo de esa muy noble patria de donde mi origen y naturaleza proceden, siendo muy cierto servidor de toda la nobleza de ella...»



## UNA TRADICION CORDOBESA

# EL DOBLE DE CEPA

SEÑORES ACADÉMICOS:

Invitado para tomar parte en la «Semana Cordobesa» organizada por nuestra Ilustre Academia, y en libertad de elegir tema, he juzgado adecuado al acto que se celebra, el que encabeza este escrito, haciendo un ligero extracto de esta tradición, una de las más notables de las muchas con que cuenta nuestra querida Ciudad, y que se conserva grabada en nuestra memoria, desde que en la infancia la oímos relatar, recostados en el regazo materno.

No es posible abarcar en este modesto trabajo, todos y cada uno de los detalles de tradición tan interesante, pues sería tarea larga e impropia del reducido marco que lo limita, y molesto además para vuestra atención, de la que no es lícito abusar.

Esta como todas las tradiciones, tiene su parte histórica más o menos enriquecida con las galas producto de nuestra imaginación meridional, que al ser transmitida de generación en generación y al ser cantada por nuestros poetas, ha sido admitida como artículo de fé, ya que se funda en hechos heroicos de nuestros antepasados en los que debemos creer, así como otras se fundan en hechos de carácter religioso de los que no debemos dudar.

Los hechos origen de esta tradición, tuvieron lugar en el reinado de Don Pedro I de Castilla, que duró desde el año de 1350 al 1369 en que fué muerto. Durante el mismo cometió este Monarca tantas y tantas crueldades, que mereció el dictado de Cruel.

El insigne y laureado vate, Cantor de Granada, don José Zorrilla en el tomo VI de su obra titulada «Poesías» y en el drama «El Zapatero y El Rey», hace esta semblanza del Monarca:

»Por odio y contrario afán  
calumniado torpemente

- »fué soldado más valiente
- »que prudente Capitán.
- »Osado y antojadizo
- »mató, atropelló cruel,
- »más por Dios que no fué él,
- »fué su tiempo quién lo hizo».

Sea como dice el coronado poeta, pero lo cierto es, que su dureza en el mando, mejor dicho sus crueldades, fueron motivo para que el pueblo le odiase, y para que muchos de los nobles que le servían fueran desertando de sus banderas, para engrosar las filas de Don Enrique de Trastamara, enarbolándose el pendón rebelde en varias Ciudades, una de ellas Córdoba.

Prolijo sería narrar uno por uno, los hechos que la historia cita, para atestiguar los motivos que tuvo Córdoba para tomar tan extrema resolución, pero lo cierto es que habiéndose hecho coronar en Burgos Don Enrique, ya que Toledo se había declarado a su favor y habiéndose empezado a llamar el Infante, Rey de Castilla, Córdoba tomó el partido de Trastamara.

Don Pedro que tenía sus tesoros en el Castillo de Almodóvar, bajo la custodia de Martín Yáñez, ordenó se cargasen en un barco en Sevilla, y seguidamente partió para Inglaterra, dejando huérfana de su autoridad a Andalucía, viniendo a ella Don Enrique, que a su paso por Córdoba para Sevilla, fué recibido por los cordobeses con muestras de júbilo y grandes festejos, como a legítimo Soberano suyo.

Poco duró el reinado de Don Enrique, que perdió el año de 1367 en la batalla de Nájera, y al volver Don Pedro y pasar por Córdoba para Sevilla, en una noche de Agosto de dicho año, recorrió sus calles, entró y atropelló las casas de sus vecinos, y mandó prender y dar muerte a 16 de sus más principales hijos, sin otro fundamento que el de haber sido los primeros que salieron a recibir a Don Enrique; y al proseguir su viaje; dejó en la Ciudad de Capitán Mayor a don Martín López de Córdoba, que aunque muy afecto al Monarca, no por eso dejaba de ser un buen cordobés, como dió pruebas mostrándose complaciente y benigno con sus paisanos, hasta tal punto, de haber sostenido con algunos una conversación por demás interesante, en la que les reveló, que el Príncipe de Gales no estaba contento con el Rey, deseando se casase y tuviese sucesión, para gobernar él en nombre del heredero, a cuyo efecto nombraría gobernadores de su entera confianza para los distintos reinos.

Esta conversación, por su índole tan grave, fué inmediatamente puesta

en conocimiento de don Enrique por los nobles que la habían escuchado de labios de Martín López, lo que motivó que don Pedro cobrase odio al Maestre de Calatrava, que no cesó por ello de dar nuevas muestras de cordobesismo a sus paisanos, pues habiendo invitado a comer con él a don Gonzalo Fernández de Córdoba, a don Alfonso Fernández de Montemayor y a don Diego Fernández de Córdoba, de sobremesa les mostró una albalá del Rey, en la que le ordenaba cortarles la cabeza, pero a la vez les tranquilizó diciéndoles que no temiesen, que guardasen el secreto, y que les otorgaría la vida, aún a costa de que peligrase la suya.

Enterado don Pedro, no podía perdonar tamaña falta de cumplimiento a su orden, y dispuso que Pero Girón fuese a buscar al Maestre de Calatrava, y en la primera ocasión que se le presentase le dieso muerte, pero apercibió Martín López de esos propósitos, escapó y fué a encerrarse en el Castillo de Martos, donde lo prendió Pero Girón, y seguramente se hubiesen cumplido los deseos del Monarca, si no hubiese sido por haber intervenido en su favor el Rey Moro de Granada, que envió una embajada a Sevilla para suplicar el perdón para su amigo, y que no sólo le fué concedido por el Rey Castellano, sino que también volvió a su gracia, por el resto de su vida.

Estos y otros sucesos que se omiten en obsequio a la brevedad, motivaron que Córdoba se mostrase rebelde al Monarca y se declarase resueltamente en favor de don Enrique, llamando en su auxilio a varios nobles Caballeros adictos al de Trastámara, que vinieron y se posesionaron de la ciudad, no contentándose los cordobeses sólo con mantener la población por el Infante, sino que además realizaron correrías a otros lugares de los dominios del Rey Don Pedro.

Este, decidido a castigar tanta deslealtad y rebeldía, se alió con el Rey Moro de Granada, y en una deliciosa y espléndida mañana de Mayo del año de 1368, presentó la ciudad un aspecto desolador: sus calles totalmente solitarias, reinando un silencio absoluto, ella siempre tan llena de vida, tan animada, tan alegre, ¿qué sucedía, qué motivos podían influir para un cambio tan repentino y completo? Sencillamente que como reguero de pólvora había corrido la noticia de que el Rey Don Pedro, aliado con el Rey Moro de Granada, venía a ponerle cerco. Aquél, para vengarse de la deslealtad de sus habitantes, aplicándoles un ejemplar castigo. Este para reconquistarla, apoderándose de tan preciada joya, y que por añadidura poseía la gran Mezquita.

Sus moradores, poseídos del mayor espanto y convencidos de que los

ejércitos enemigos se aproximaban, salieron de sus casas, y las mujeres, con la mayor desesperación y anegadas en llanto, suplicaban a los hombres las defendiesen para no caer cautivas de la morisma.

A la vez, y como consecuencia de haber enviado don Pedro como parlamentario al leal Martín López, se celebraba Consejo en la Sala del Capítulo de San Pablo, y no había terminado éste, cuando fué tomado por sorpresa el Castillo de la Calahorra, y puesto cerco al recinto amurallado del Alcázar Viejo, que atacado briosamente le abrieron algunas brechas, escalando el adarve, donde colocaron sus pendones.

Con la rapidez del rayo acudieron los cordobeses mandados por Juan Martínez Argote, Alcalde de Donceles, a rechazar al enemigo, y con tal heroísmo se portaron, que lograron desalojarle de las posiciones conquistadas y ponerlo en precipitada y vergonzosa fuga, cogiéndole a la vez muchos prisioneros, que más tarde fueron empleados en reparar las brechas, y como trofeo de la victoria, varios de sus pendones.

Tan señalada victoria, evidencia de lo que es capaz un pueblo, cuando ve atacada su religión y su independencia, siendo así que los cordobeses combatían a un enemigo, no solo muy superior en fuerzas, sino muy aguerrido, pues el del Rey moro de Granada, algunos historiadores le hacen ascender a 5.000 caballos y a 30.000 entre peones y ballesteros, y al de Don Pedro a 1.500 caballos y 6.000 peones, y otros hacen subir a 94.000 hombres, reunidos ambos ejércitos.

Retirados los sitiadores a sus campamentos, se pasó la noche en Córdoba, entregados a fiestas y bailes la gente pacífica, y la guerrera, con los Maestres y Caballeros a reparar las murallas y cerrar los portillos, organizando el recinto en forma de poder resistir los ataques del siguiente día.

Durante esta tregua, se presentó el Adelantado don Alonso Fernández de Córdoba, con algunos nobles y 2.000 caballos, para defender la Ciudad, habiendo hecho el recorrido sin contratiempo alguno, por encontrarse libre de enemigos la margen derecha del Guadalquivir, pero halló muchas dificultades para entrar en la población, a causa de haber corrido falsos rumores de que venía con propósitos de entregarla, pero al fin se impuso la cordura y pudo penetrar por la Puerta de Almodóvar.

Celebrado Consejo en el Palacio Episcopal, expuso el Adelantado la imprescindible necesidad de tomar la ofensiva, pues de no ser así, la Ciudad estaría perdida o en inminente peligro de perderse, opinión que produjo un efecto deplorable en los reunidos, tanto que llegaron hasta llamarle traidor, y divididos en dos bandos y empuñando las espadas, trata-



ron de acometerse, y seguramente se hubiese producido una sangrienta colisión, si el Obispo don Andrés Pérez Navarro, venerable y virtuoso Prelado, no hubiese hecho valer su indiscutible autoridad, interponiéndose entre ambos bandos, y con gesto enérgico y palabras persuasivas, no les hubiese exigido envainar los sables, tomar asiento y escucharle.

Les hizo un llamamiento a sus sentimientos religiosos y patrióticos, les rogó olvidasen las ofensas recibidas, y que con voluntad de hierro y como un solo hombre, hiciesen un esfuerzo supremo, para evitar el peligro, encargándoles que al despuntar el sol del siguiente día, ondease el pendón victorioso sobre los Visos, ofreciendo por su parte con palabras de padre cariñoso y con lágrimas abundantes, que pediría en tanto con todo fervor al Señor y a su Madre la Santísima Virgen María, su protección, tanto para vencedores, como vencidos o fugitivos, frase esta última que sonrojó a todos, y tanto influyó en sus ánimos, lográndose una sola opinión, la de morir peleando por la libertad de Córdoba, su Ciudad bella y querida, librándola de que por segunda vez fuese conquistada por los moros.

Preparáronse pues, con todo entusiasmo a reanudar la pelea, pero antes, les prometió el Obispo, que las cuatro campanas que doblaban lúgubremente en aquellos momentos en la alta torre de nuestra grandiosa Catedral por los cordobeses que habían perdido sus vidas en el primer ataque de la morisma, harían sentir sus tristes sonos en lo sucesivo, siempre que muriese alguno de sus descendientes, y revistiéndose acto continuo con los ornamentos pontificales, y acompañado de todos los presentes, se trasladó al Patio de los Naranjos de la Catedral, donde encontrábanse reunidos los combatientes, y los bendijo.

Sin más espera, salieron las fuerzas, formando grupos por collaciones al mando de sus respectivos Jurados, constituyendo un conjunto que bien pudiera calificarse de soldados bisoños, a los que se unieron la nobleza en masa, con sus lanzas y hombres en armas, al mando único de Don Alonso Fernández de Córdoba, que se proponía (según se dijo) intentar la temeraria empresa, de tomar la ofensiva.

Para despedirlos siguiéronles sus familiares y demás vecinos que literalmente ocupaban la calle de Palacio y Plazuela del Puente, por cuya puerta desfilaron, y cuando hubo pasado el último hombre, todos anegados en copioso llanto, se trasladaron a postrarse a los pies de la Virgen Santísima, cuya imagen estaba en una plazoleta contigua al Arco que unía el Palacio con el Seminario, dirigiéndoles fervientes súplicas, y entre ellos, la madre del Adelantado, con creencias de católica práctica, exclamó con es-

peranzas de ser atendida: «Reina y Señora, tú que eres también su Madre, sírvele de guía».

Pasado el Puente por las fuerzas y llegado al Campo de la Verdad, el Adelantado les previno que aún estaban a tiempo de regresar a sus hogares, si no querían sufrir los peligros que ciertamente se esperaban, pues proyectaba cortar (como lo hizo) dos arcos del mismo, con objeto de impedir la retirada en caso de un descalabro. Nadie intentó regresar, al contrario todos mostraron vivos deseos de entrar cuanto antes en pelea, prosiguiendo valerosos la interrumpida marcha y presentando batalla.

El Jurado de Santa Marina, Juan Aguilar, al frente de doscientos picconeros, se precipitó como un huracán sobre la retaguardia de la caballería mora, y con los hocinos empezaron a desjarretar a los caballos, sembrando el espanto y produciendo la huída precipitada de todos, hecho eminente de esta historia, que a tan alto nivel de heroísmo colocó a los cordobeses, y que sin duda valió se impusiese el nombre de «Jurado Aguilar» a una calle del barrio, que aún perdura.

Derrotado el ejército moro, restaba el de don Pedro de Castilla, que durante el fragor del combate había organizado sus huestes, situándolas para presentar combate, en una llanura llamada la «Àmargecena», y como medio de precaución, mandó prender fuego a un bosque próximo, en evitación de un ataque por ese punto, pero de nada les sirvieron las medidas tácticas desarrolladas, puesto que como su aliado el Rey Moro, perdió el Castellano la batalla, y ciertamente hubiese perdido la vida, a no ser por la proverbial nobleza y generosidad de los cordobeses que se la perdonaron, aumentándose si más cabe, el brillo de hechos tan gloriosos.

Estos gloriosos hechos motivaron que a nuestra ciudad se le concediese un nuevo y honroso título, el de «Muy Noble», que ostenta su escudo, y a los cordobeses descendientes de aquellos que perdieron su vida, el «Doble privilegiado de Cepa», según promesa del Obispo, que fué sancionada más tarde por el Cabildo Eclesiástico, y que hemos oído algunas noches, en la torre de nuestra incomparable Santa Iglesia Catedral.

ANGEL TORRES.

Córdoba, 5 de Mayo de 1933.

# Ideas sociales de Séneca

---

## I

Decía un gran poeta, que en ocasiones, aunque el cuerpo del hombre esté en pié, su alma está de rodillas; y la mía hállase en esa actitud reverente ante el recuerdo de la obra la vida y la muerte, del más ilustre de los hijos de Córdoba.

Séneca es un moralista de talla superior para mí a Epícteto y Marco Aurelio, Gracián y Labrouyere. Supo, siendo rico, despreciar la riqueza, y en la hora de la muerte, mostró una serenidad y elevación de espíritu sólo comparables a las del maestro de Platón.

Si Emersón pudo decir del autor de «Los Diálogos» que fué algo más que un filósofo, porque fué toda la filosofía, nuestro malogrado Ganivet tenía razón al afirmar que el mejor intérprete del alma española no es otro que el preceptor de Nerón. No trato de descubrir Mediterráneos, sino de rendir modesto homenaje al eximio pensador, induciendo de sus doctrinas éticas sus ideas sociales, que contrastan sarcásticamente con las de un siglo de mal disimuladas codicias, de vanidades ridículas y de criminales rencores. La cuestión social no es sólo un problema de vientre, como piensa el materialismo histórico; porque el hombre es algo más que un estómago ambulante; no es lucha de apetitos felinos por la posesión de la despensa, sino eterna aspiración por resolver de modo incruento la dolorosa herencia que los siglos nos legaron, y que sólo la equidad cristiana podrá mitigar con la caridad aliada a la justicia; virtudes que no riñen entre sí como piensa cierto alto vulgo, cuya mentalidad, semejante a la del topo, tiene demasiada piel sobre los ojos del alma, para percibir los resplandores del sol y de las estrellas.

¿Qué pensaba Séneca de esta pugna entre seres desiguales que constituye el drama perdurable de la historia?

¿Cuáles eran sus ideas sobre estas crisis y fenómenos naturales que una filosofía satánica alhagadora de los instintos infrahumanos ha envenenado?

¿Tendrá razón el poeta para decir:

•que aquí para vivir en santa calma,  
o sobra la materia o sobra el alma?•

No la tiene; no debe tenerla, por que cuerpo y alma son acreedores y deudores recíprocos, y sin embargo, los más de los hombres, apesar de llamarse hijos de Dios, proceden en su vida interna y social como seres divorciados de su excelso origen, escuchando los rugidos de la bestia orgánica con preferencia a las exortaciones del angel piadoso y soñador.

Séneca vivió la mayor parte de su vida en Roma, y su gran talento pudo enriquecerse con preciosos datos experimentales derivados de las enseñanzas del pasado y las crueles realidades del presente.

La historia de Roma es un compendio de la historia del mundo. La Ciudad Eterna conoció todas las formas de estado; padeció todas las enfermedades político-sociales; abundó en arbitristas y embaucadores, como en apóstoles sociales malogrados, y antes que por la cobardía de uno de sus pretores fuera crucificado Jesucristo, dió suelta a muchos Barrabases y elevó el puñal y el veneno a la categoría de título y modo de adquirir la soberanía.

La Ciudad de las siete colinas, que hoy tiene por su nuevo Julio César a Mussolini, fué Monarquía, República e Imperio; en ella pasó la propiedad por todas las metamorfosis del socialismo, del individualismo y el derecho de gentes representadas en el *mancipium*, el *dominium* y la *propietas*; sufrió toda suerte de oligarquías; contempló los primeros chispazos del incendio de las rebeldías proletarias, y aparece como imagen viva, en ocasiones, de ese Proteo del alma humana, capaz de lo más sublime y también ¡ay! de lo más abyecto. Nada humano le fué ageno como diría su ilustre hijo Terencio, y al lado de instituciones imperecederas como el derecho romano tiene manchas que sólo pudo limpiar el agua purificadora del cristianismo. La historia se repite porque los hombres son siempre por desdicha los mismos. Así se registraron en Roma como se registran hoy guerras civiles, conflictos sociales, huelgas revolucionarias y horribles extravíos dictados por las pasiones de secta. ¿Recordáis a los Gracos y sus famosas leyes agrarias?

¿No viene a vuestra memoria el episodio de aquel esclarecido varón romano a quien dió muerte una plebe incapaz de agradecer sus solicitudes y de estimar en cuanto valía su abnegación? Yo recuerdo también que no hace muchos años un español ejemplar—don Eduardo Dato—fué asesinado por unos cuantos miserables indignos de nuestra nacionalidad, el mismo día que ponía a la firma de don Alfonso de Borbón un decreto

extendiendo a los obreros del campo los beneficios y reparaciones de la Ley de Accidentes del Trabajo.

¿No teneis noticia de infames bacanales de cenas pantagruélicas de disipaciones sin fin que agotaron el imperial tesoro? Recordad también a aquel Cornelio Nepote que distribuía los cargos públicos entre sus parientes como cualquier Segismundo medieval, moderno o contemporáneo.

Estad ciertos de que el nepotismo, la prevaricación, el soborno y la apostasía son tan antiguos como el hombre y de que el beso de Judas viene resonando incesantemente en la historia estampado por los labios de los más pintorescos y siniestros histriones en la faz de los pueblos y de los reyes y hasta en la imagen augusta del Crucificado.

El fenómeno de la concentración de la propiedad fué también carcomía de la vida jurídica y económica de Roma, y provincia hubo como la Siria, que pertenecía en toda su extensión a dos o tres privilegiados plutócratas, los cuales no eran ciertamente almas gemelas de las del Marqués de Valdecilla y el Conde de Cartagena.

*Latifundiæ perdidere Italiam*, exclamaba amargamente Plinio y el contraste entre los grandes terratenientes y los infelices braceros era abrumador en una sociedad como la romana, donde no existió nunca esa calumniada clase media, vivero de virtudes y nervio del Estado.

Y en Roma hubo demagogos y tiranos; aduladores del César y de la plebe como en todo tiempo. No faltó un Cicerón que desenmascarara a los falsos revolucionarios, ni un Juvenal que esgrimiera el látigo de sus sátiras contra Mesalinas y depredadores, llegando a increpar a la ciudad con estas valentísimas frases: «Tú te venderás el día que haya alguien bastante rico para comprarte». No en balde el satírico y el moralista, como otros tantos mandatarios de Dios, aparecen en todas las épocas de corrupción y venalidad y si no hace mucho tuvo España a Costa, Roma conoció a Petronio y a Marcial, a Lucilio y Juvenal, como el Conde Duque de Olivares tuvo enfrente al inmortal Quevedo, y como en respuesta al desenfreno pagano e imperial, surgió el estoicismo del egregio hijo de Córdoba.

¿Qué debió pensar—repito—Séneca de la llamada cuestión social? De la lectura atenta de sus tratados y apotegmas, despréndese que para el gran pensador andaluz, los llamados problemas sociales eran cuestiones éticas. La moral es a la ciencia y la vida—según frase de Mace—, lo que el sistema nervioso al organismo humano; algo así como la reguladora de todas las funciones sociales. Los medios han de estar subordinados a los fines y el Derecho, por tanto, es secuela de la Moral. Son como la madre

y el hijo y cuesta trabajo concebir a éste alzando el brazo contra aquélla. Séneca debió plantearse el problema de este modo. ¿Tiene el hombre derecho a impetrar del Estado las condiciones necesarias a su bienestar material o es por el contrario esta bienestar cuestión de óptica mental y de visión propia? ¿Esta lo que llamamos justicia social en la obtención del mayor número de bienes materiales o sólo en la tenencia de los meramente necesarios al cumplimiento de nuestro destino?

Y así formulada la cuestión, es fácil de presumir la respuesta del filósofo. La dicha es algo más subjetivo que objetivo. Está en nosotros mismos más que en las cosas materiales. Si San Agustín pensaba que en el interior del hombre vive la verdad, Séneca pudo decir que la felicidad—si no es una entelequia—habita también en nuestro propio espíritu, y es como el botín alcanzado en la victoria de la razón sobre los instintos y apetitos. Un sabio estoico no puede pensar de otro modo. Lo único que debe pedirse, y si fuera preciso hasta conquistarse, es lo que yo llamo la *base física* de la vida (pan, vestido, albergue y libertad). Lo demás (trabajo, propiedad, ideales, fe, etc.), es inútil pedirlo al Estado. Han de amasarlo nuestras facultades. Un grande hombre ha dicho que el destino de la humanidad es progresar padeciendo, y yo modestamente añadiría que no concibo fórmulas de felicidad social ni individual que no se cimenten en el culto a los deberes.

Si un día por milagrosa providencia amanecieran los hombres con iguales bienes y derechos, no llegaría seguramente a ponerse el sol sin alumbrar con sus rayos la discordia en todo el planeta. Vive el pobre con lo que difícilmente subsistiría el rico; respira con deleite un pulmón sano el aire que mataría a un enfermo, y cumple su misión el obrero muscular con medios económicos que serían insuficientes al capitalista y al intelectual, para cumplir los suyos. Una igualdad económica absoluta sería una iniquidad absoluta. Los seres desiguales han de ser desigualmente tratados. Por ello se alzan Hospitales, Sanatorios y Montepíos; por ello la caridad del brazo de la ley acude en socorro de los inermes; por ello el Estado trata de levantar a los caídos en la lucha por la existencia. «Siempre habrá pobres entre vosotros», dijo el gran Nazareno, y nuestra estrecha obligación consiste en evitar que los pobres se truequen en miserables y tengan derecho a maldecir de una civilización que presume de cristiana.

Vamos a exponer y analizar algo de lo mucho bueno que hemos encontrado relejendo los tratados y reflexiones del conspicuo moralista, y se verá cuán cercano es el parentesco espiritual que liga sus doctrinas con

las de la llamada Sociología católica, cuya esencia como todo el Cristianismo es el amor.

## II

Vaya por delante una afirmación. Séneca es algo más que un pensador teórico y que un *dilettanti* de la moral: es un convencido que aprendió la verdad, no sólo en los libros, sino al través de la vida, maestra insustituible y desprovista de pedantería y sectarismo. Tampoco es un estoico rígido, sistemático, de alma fría y criterio exclusivamente devoto de la razón. Séneca era español y su lenguaje, a menudo bello y poético, denuncia un alma encendida y generosa. No conozco ningún filósofo hispano desprovisto de sensibilidad artística. Sobrados andaban de ella Huarte de San Juan, Gracian y Balmes. Y no digamos nada de Vives, Raimundo, Lulio y Ganivet. En nuestra patria no se conciben dialécticos ni moralistas de la estirpe seca de Kant. Hasta los médidos de talento son un poco poetas. Sirvan de ejemplo Letamendi, Pulido, Tolosa y el Conde de Jimeno, autor este último de un librito titulado «Viaje de una gota de sangre», rico en ciencia y en primores literarios. Séneca es un pensador artista y sus reflexiones están a menudo caldeadas por el fuego de la pasión y la elocuencia. Por ello nos convencen y seducen encadenando nuestra atención con la doble amarra de la lógica y del arte sentido.

¿Carecía de sentimientos humanitarios quien se preguntaba si en realidad era dueño de lo que todos reputaban como suyo?

¿De qué me sirve—decía—saber dividir un campo en parcelas si no se compartirlo con mi hermano?

Al expresarse así no andaba lejos de San Ambrosio, cuyas son estas palabras: «La tierra ha sido dada en común a todos los hombres. Nadie debe considerarse propietario de lo que le queda después de haber satisfecho sus necesidades naturales». La interrogación del filósofo cordobés representa sin embargo un grito del alma, un impulso caritativo al paso que las palabras del obispo Milán constituyen una limitación de la propiedad individual que la iglesia respetó siempre sin desconocer sus fines sociales, ni legitimar los excesos del *sus abutendi* carcoma de la producción y escarnio de la doctrina de Cristo.

«¿Para qué eres escaso de lo que tienes, guardándolo como si fuera tuyo? Advierte que eres *administrador* y no dueño de ello». Aquí Séneca coincide con Tartuliano que llamaba a los ricos tesoreros de Dios.

En otro pasaje afirma: «Si vives conforme a las leyes de la naturale-

za, jamás serás pobre; si con las de la opinión nunca serás rico, porque siendo muy poco lo que la naturaleza pide, es mucho lo que pide la opinión». Tiene razón sobrada el gran cordobés. Una alimentación frugal; un hogar saneado y un ropaje sencillo y cómodo, constituyen la mejor defensa de nuestra vida física. Lo demás es vanidad de vanidades. Bien dice el Padre Nuestro «el pan de cada día dánosle hoy». Pero el hombre quiere el pan de muchos días con perjuicio de tercero y así este pan viene muchas veces a nuestros labios manchado de sangre y suele sabernos tan amargo como un remordimiento.

«El lujo es contrario a la naturaleza»—insiste el insigne estoico—; la excita contra ella misma y creciendo de siglo en siglo presta auxilio a los vicios. Comenzó por desear cosas supérfluas; después cosas nocivas y al fin sometió el alma a los placeres del cuerpo. Todos esos oficios que tanto ruido hacen en las ciudades y que tan temprano nos despiertan, no trabajan más que para el servicio del cuerpo. Lo que no se le daba en otro tiempo, más que como esclavo, se le prepara hoy como señor». León XIII, el dulce y sabio Pontífice, honor de la Iglesia, suscribiría sin vacilar estas palabras: ¿No escribió en una de sus admirables encíclicas «que los males modernos pueden reducirse a dos, el disgusto de una vida modesta y activa y el olvido o menosprecio de los bienes eternos»?

Séneca reniega de Censos, Escrituras y libros de Caja, y eso que en Roma no eran obligatorios otros, preceptuados hoy por el Código de Comercio. Abomina de la contratación onerosa y no admite otro préstamo que el preconizado por San Pablo. Se pregunta qué es usura y qué son esos sanguinolentos intereses de tanto por ciento. ¡Ah! Ya se encargarían de enseñárselo los judíos y gentiles de la Ciudad Eterna, como se lo enseñarían hoy—si viviese—los que el ingenio popular cordobés llama con acierto y gracia *cordeleros* porque el préstamo en sus manos ofició de cuerda, con la que aprietan el cuello al prójimo hasta estrangularlo.

Escuchad ahora un pensamiento de Séneca, que barrunta la lucha de clases, el siniestro imperativo del credo marxista y lo refuta sabiamente en muy pocas palabras: «Nuestra sociedad—expresa—es como una bóveda de piedras trabadas, que caerían si no se sostuviesen mutuamente». ¡Cuán profunda, exacta y cristiana es la aseveración del gran estoico! Yo me represento hoy el capital y el trabajo como dos atletas de igual peso y energía muscular que tiran violentamente de los extremos de una sábana. Ninguno de ambos cede; cada uno de ellos quiere arrastrar al adversario, y como fuerzas iguales se destruyen; el resultado de ese estúpido empeño



no puede ser otro que el cansancio de los luchadores o la rotura de la sábana.

La caridad, la razón y el derecho piden que ambos cedan y se acerquen y se tiendan las manos, envolviéndose en esa simbólica sábana, a cuyo influjo sentirán menos frío en las almas y en los cuerpos.

Esta sencilla comparanza mía acaso haga sonreír a unos cuantos filósofos de similor y pseudo-sabios traducidos del alemán, pero la verdad debe decirse aunque se escandalicen los sectarios y se irriten los egoístas, y se rían los pedantes. Me sería muy fácil multiplicar las citas de Séneca, demostrativas de su concepción hondamente evangélica de los problemas sociales. El, como otros esclarecidos estoícos, habla de estas cuestiones, hoy envenenadas por el odio con la alteza de miras de un fiel discípulo de Cristo y la valentía de un apóstol Mateo, flagelando a los fariseos y plutócratas de aquel tiempo, que según feliz expresión de un pensador, «tenían vajilla de oro o de hierro, pero sus pensamientos eran de barro». Las opiniones—repito—del maestro de Nerón en materias ético-sociales, puede suscribirlas todo hombre a quien el triste y odioso espectáculo de las tragedias que ensangrientan los campos y paralizan la actividad económica, preocupe sinceramente, haciendo latir con angustia su corazón. No puedo resistir el deseo de copiar las siguientes palabras del gran hijo de Córdoba, donde están dibujados con trazos vigorosos los lineamientos de su alma recta y abnegada al par como la de un Padre de la Iglesia. «Si reunieras todo el dinero y los metales que tan cuidadosamente guardamos; si sacaras a la luz todos los tesoros que esconde la avaricia, cuando devuelve a la tierra todo lo que malamente sacó de ella, no creería que todo el montón mereciera un pliegue en la frente del hombre de bien.»

### III

¿Cuáles serían las ideas de Séneca si corporalmente viviera en este agitado y tenebroso siglo? ¿En qué campo social militaría? Para mí no es dudosa la respuesta, habida cuenta de su temperamento y de las acerbas experiencias recogidas en su vida anterior. Puede asegurarse que no comulgaría en los credos anarquistas, ni en el práctico de Bakounine, ni el llamado altruista de Tolstoi. No en el primero porque repugnaría a su noble espíritu una doctrina que llama por boca de su máximo caudillo *santo* al odio, y afirma que destruir equivale a crear. Este anarquismo de los dinamiteros e incendiarios; de la huelga universal a todo trance y del desprecio de todo artefacto jurídico, es sencillamente un caso de *vesania*.

No en el segundo porque una sociedad donde reina el orden sin gobierno sería posible sólo entre ángeles o filósofos, y Séneca conocía demasiado a los hombres para confiar en lo que un antropólogo candoroso llamaría el buen instinto de las multitudes. Este anarquismo es un estado de *hiperestesia* de la sensibilidad con todos sus arrobamientos y deliquios. ¡Cómo hubiera sonreído con sonrisa de incredulidad el filósofo al leer estas frases de Rousseau, verdadero padre del anarquismo! «El hombre nace bueno y la sociedad y el estado le corrompen». Acaso de conocerlos le hubiera contestado con los versos joco-serios del poeta:

«Todos nacemos hoscos, berrinchudos  
y con mala intención; todos traemos  
instintos sanguinarios y sañudos  
que desde que nacemos demostramos.  
En cuanto mano o pie mover podemos,  
si un pájaro nos dan le desplumamos,  
si atrapamos un tiesto le rompemos,  
y a nuestras propias madres arañamos,  
si pronto no nos dan lo que queremos».

¿Hubiera sido comunista? No ignoraba que una cosa es la igualdad humana y otra la individual. Los hombres son desiguales como individuos, y para que el comunismo fuera una doctrina justa sería necesario que todos los cerebros tuvieran la misma calidad de sustancia nerviosa, y todos los músculos idéntico vigor, y todas las almas en fin igual temple. En la naturaleza como en la sociedad alternan lo pequeño y lo grande, el cedro y el arbusto, el sabio y el mentecato, la gracia y la fuerza. Un mundo de seres iguales sería la negación de la omnipotencia divina, y al suprimir la diversidad, suprimiría la lucha que es la sal de la vida y su atributo más preciado.

¿Hubiera prestado su adhesión a la escuela socialista? De ningún modo. Sabía que el hombre tiene derechos independientes de la colectividad y que el Estado no ha creado la propiedad, sino que ésta, aunque haya de cumplir fines sociales, es un derecho individual anterior a todos los Césares, y más fuerte que todas las utopías de Moro y Harrington y que los Falausterios de Fourier y que los Talleres Nacionales de Luis Blanc.

Acaso hubiera visto con simpatía el Intervencionismo de Estado y la cooperación, pero esto no es socialismo, sino cristianismo puro; caridad y sólo caridad revestida con el ropaje augusto del Derecho. También hubiera prestado su aquiescencia a la noble aspiración del ilustre Azcárate, que pretendía que ciertos deberes éticos se trocaran en deberes jurídicos, como

el medio mejor de restañar heridas sociales y enjugar lágrimas de los jados de este banquete de la vida que para ciertos espíritus metal constituye una orgía sin freno y un festín de caníbales.

Nunca hubiera aprobado ese cruel ensayo de democratización de riqueza que llaman la dictadura del proletariado.

¡Triste dictadura, en que el supuesto dictador—el pueblo—se ve do de todas sus libertades, incluso de la de conciencia y sometido rudas pruebas de un trabajo abrumador, cuyos beneficios acaso van engrosar las bolsas de algunos oligarcas disfrazados con careta de c rios de la plebe! Séneca, el personaje más liberal de su siglo, hubie duda suscrito la bella y desgarradora carta de la hija de Tolstoi qu pocos días se dirigía a todos los espíritus humanitarios de Europa, p doles protección para esas masas de campesinos depauperados, a q explota infamemente, cuando no ametralla o destierra, un poder co das las apariencias de una República de obreros y soldados y tod realidades de una vergonzosa tiranía.

Decía Platón que sin justicia no se concebía ni una sociedad drones, porque éstos, que son injustos al apoderarse de lo ajeno, que ser por fuerza justos, al repartirse lo robado, sopena de disoluci la sociedad.

Yo ignoro si en Rusia se roba, pero dudo que se reparta equi mente la riqueza y tengo motivos para creer que las protestas legítim los menospreciados, son ahogadas con descargas de fusilería.

Si Séneca, según todas las probabilidades o inducciones racional hubiera sido hoy anarquista ni comunista ni socialista ¿qué podr dada su psicología y concepción del mundo? No creo que conquistar voluntad al Régimen Presidencialista de los Estados Unidos, ni al l mo italiano, ni las alborotadoras Repúblicas de Sur América. Ta hubiera fiado en Reyes ni Emperadores. Sobre estos últimos tenía a experiencias personales, y si alguna le faltara, hubiérala adquirido espantosa pugna de 1914 a 1918, donde veinte naciones, imperialistas monárquicas otras y republicanas las restantes, cavaron con sus codi

la intolerancia y la mentira. Vería con amargura que el hombre había adelantado tan poco en su educación eticopolítica, que no podía vivir sin tutelas o dictaduras. Lamentaría que tantos ensayos de Monarquías constitucionales y gobiernos poliárquicos no hubieran conseguido formar al ciudadano *autarca*, devoto del deber, obediente a los imperativos de la justicia y soberano, en una palabra, de sí mismo. Se preguntaría si el hombre del siglo XX, creador de tantas maravillas físicas, se diferenciaba en algo de aquellas plebes ineducadas y patriciados corrompidos que formaban la urdimbre de la sociedad romana del imperio.

Si él, con todo su inmenso talento y persuasiva dialéctica no pudo hacer mejor a su imperial discípulo, ¿cómo iba a humanizar a los incendiarios de iglesias, a los atizadores de odios y asesinos de guardias civiles?

Yo, por mi desdicha, se diría—supe de las crueldades de Calígulas y Claudios, y presencié los desmanes y atrocidades de Nerón, pero hoy el crimen se ha *socializado*, y ya no se mata sólo por venganza, ni por hambre, ni por impulsos morbosos, sino por oscuras sugerencias, por vandálicos instintos y por el placer de matar.

Y sería posible que vencida la fortaleza de su alma estoica por el peso de tan desconsoladoras reflexiones, el gran cordobés olvidara los postulados de la serena moral senequista, y sus claros ojos de analítico habituado a sondear las profundidades espirituales, se nublaran con lágrimas.

Los hombres pretenden en vano alejarse de Dios—continuaría—, pero no pueden; lo llevan dentro de sí, y tarde o temprano, de grado o por fuerza, habrán de rendirse a los influjos de esa ley que él supo grabar con indelebles caracteres en el fondo de nuestro corazón.

Gracias os doy, señoras y señores, por la benevolencia con que me habéis escuchado, y concluyo afirmando que mientras el sol alumbre al mundo y la razón sea nuestro atributo máspreciado, los apotegmas del filósofo cordobés constituirán la guía mejor de los hombres dignos de este título, y si hay un cielo para los grandes pensadores, Séneca estará en él, porque creyó en el bien, en la belleza y en la justicia, lo cual es tanto como creer en Dios.

PASCUAL SANTACRUZ.

# El Poeta D. Pedro de Lara

## SEÑORES ACADÉMICOS:

Si conveniente es la divulgación de la vida y obras de los astros de primera magnitud que Córdoba ostenta con legítimo orgullo como su más purísima gloria, y cuyos nombres no tengo que pronunciar, porque están en la mente de todos los que me escucháis, más que conveniente, necesario es el estudio y conocimiento de esas figuras modestas, pero también dignas de recordación, que en su tiempo consiguieron entusiasmos fervorosos y despertaron devotas admiraciones y que, por lo mismo que no les fué posible escalar las cumbres de la fama, están expuestas a perderse en la oscuridad y en el olvido.

Desde los más remotos horizontes es conocida la grandeza de los árboles gigantescos que en lo alto de las montañas unen el cielo con la tierra, desafiando y atrayendo al mismo tiempo las tempestades, pero la flor humilde, nacida en la frescura de los valles, guarda para el que la busca su belleza sencilla y la delicadeza de su aroma.

Y si de aquellos podemos decir, con sobrada justicia, que son nuestros, fuerza es reconocer que, al mismo tiempo, son de la humanidad entera, porque la universalidad es el soberano acierto del genio. Y en cambio, éstos, los humildes, los que apenas lograron traspasar con su renombre los términos de la Provincia, deben a veces su limitación a ser intérpretes de las notas diferenciales y características de nuestro espíritu, cualidad que los hace verdaderamente nuestros y nos impone el deber de honrar sus nombres, conocer sus vidas y estudiar sus obras.

Digno de perpétua memoria, porque su inspiración aportó valioso caudal al tesoro literario de nuestra Provincia, es el poeta don Pedro de Lara y Pedrajas, de quien voy a ocuparme en este trabajo.

Todos los que lo conocieron (y hay algunos entre los que me escuchan) lo recordarán siempre, pues su persona, de acusada originalidad, fué de las que con dificultad se olvidan.

La naturaleza, no le había adornado física ni moralmente, de facultades ni de virtudes ostentosas y brillantes, pero en cambio poseía, y en alto grado, las más verdaderas y preciosas, que suelen ocultarse, y por eso pasan inadvertidas para la generalidad.

Aquel señor apacible y sonriente, más bien bajo que alto, de cara marfileña, sonrosada a veces, con la puntiaguda barbita blanca, que todavía se acordaba de haber sido rubia, tímido como una colegiala, era, desde el instante que se le conocía, de irresistible atracción.

Junto a la muchedumbre de hombres sueltos de ademanes, de voz recia y juicios definitivos, prontos a la réplica, de basta y superficial cortesía, que andan y se mueven en plena posesión de sí mismos, resultaba D. Pedro una figura poco airosa.

Su timidez, le impedía tomar posesión con plenitud del asiento que ocupaba. Su voz suave, levemente irónica, temblaba, ruborizándose al sonar en el silencio de sus oyentes, para formular una indicación o alguna réplica modesta. Hasta la capa española, esa prenda airosa en otros hombros y que terciada con soltura presta arrogancia y gentileza al busto, era en D. Pedro, que con ella se hacía un ovillo, como el manto que ocultaba la modestia de su persona, tapándose el rostro con el embozo que después se escurría desmayado por la espalda.

Y es que D. Pedro, fué tan sólo flor de intimidad. Para sus amigos, se abría, siempre un poco ruborizado, su espíritu culto y fino, ávido de enriquecerse con nuevos estudios, aunque quizá poco dispuesto a dejarse convencer por sistemas o por formas diferentes a las que de antiguo había aceptado.

Lo excesivo, lo enorme, hasta lo grande, estaban fuera del campo de sus facultades y de su palabra, más sensible al encanto de las emociones humildes que a la fascinación admirativa de lo extraordinario.

Y éllo radicaba en lo más profundo de su manera de ser. Fué D. Pedro, en cierto sentido, como el capullo de sí mismo, sin llegar a desenvolverse con plenitud. Las penas, las estrecheces, las amarguras de la vida, sí las conocía por entero, pero de sus placeres, sólo tomó pequeñísima parte y con élla se daba por satisfecho y los recordaba siempre con beatífica delectación. Pasear por el campo en apacible tarde de primavera; beber a sorbos el agua fresca en los días calurosos del estío; mojar los labios en la copa de oloroso Montilla; pizar, menos que un pájaro, de los platos de sencilla comida; seguir sonriente la marcha gentil de la mujer hermosa, contemplándola, parado en la calle, a través de los quevedos que sos-

tenía en la mano a guisa de impertinentes... ¡Ese era el campo de sus placeres! La mirada amorosa o el beso de la mujer amada, colmaban en la realidad su posibilidad receptiva de impresiones y llenaban y endulzaban con su recuerdo glorioso largos años de estrecheces y amarguras.

Y no es que D. Pedro ignorase o censurase en los demás la mayor capacidad para los placeres. Es que su naturaleza y su espíritu, extraordinariamente delicados, encontraban aquietamiento y bienestar en lo que para otros es sólo fuente de incentivos y de deseos.

La dirección de la vida moderna, en constante persecución de sensaciones nuevas y raras; de caprichos extraños, lujosos y caros principalmente; de impresiones violentas o quintaesenciadas; todo éso que acaso alegre y sirva para entretener la vida, pero que, a la vez la complica y la dificulta, carecía de sentido para este hombre, al que el aroma de una rosa, el vuelo de una golondrina o la media lengua de un niño, hacían sonreír de felicidad.

De ahí, acaso, su actitud burlona, para el afanar constante, para el ambicionar sin medida, para el inmoderado deseo de vanidades. El espectáculo de lo falso y ostentoso, producía repugnancia a su alma clara y sencilla.

Amplio y comprensivo para las flaquezas humanas, sentíase en el fondo intransigente con la feria de mentiras que constituyen el ambiente social. Ante ella, un poco escandalizado por el impudor triunfante, no tenía más protesta que su sonrisa, aquella sonrisa benévola, dulce y quizá algo irónica, pero limpia de hiel, por la que resbalaban, sin herirle, los odios y las envidias de los demás, odios y envidias que despiertan hasta los hombres que son tan buenos y tan sinceramente modestos como él.

Su característica principal fué la delicadeza y la dulzura, en las que envolvía, escondiéndola de cuantos lo trataban y quizá de él mismo, la energía indomable de su carácter, esa energía de los tímidos que suele ser invencible y que, en momento determinado, adquiere fuerza arrolladora, por lo mismo que es inesperada.

Observándole atentamente, cuando se entregaba al más grande de sus placeres, a conversar con los amigos (aún lo recuerdo yo en su despacho de la biblioteca del Círculo de la Amistad) podían advertirse inequívocas señales de ello. Los argumentos que rebatían los suyos; la nueva teoría con la que no estaba conforme; no producían por el pronto en D. Pedro otro comentario que su sonrisa acogedora. Después, cuando más desprevenido se encontraba su interlocutor, volvía él suavemente sobre el tema:

«Decía V. antes...» Y repetía, refutándolas una por una, las hasta entonces no contestadas razones. Y así siempre, tardando, a veces, muchos días en formular la réplica.

Poseyó, D. Pedro, profundos conocimientos filosóficos y literarios, producto de sus continuadas lecturas.

Fué ferviente admirador de la elegancia y de la claridad francesas, y para saborear originales las obras de sus autores predilectos, consiguió, sin otros maestros que los libros, dominar tan cumplidamente ese idioma, que leía los escritores más difíciles, sin escapársele el sentido de retorcimientos, matices y sutilezas.

Y era delicioso escucharle traducir de corrido, con tanta naturalidad, que en sus labios encontraban palabras la gracia alada y la fina travesura puramente francesas.

Más lo que hace a D. Pedro digno de ser conocido y estudiado, lo que refleja, como un espejo, el tesoro de bondad que guardaba su corazón y la extraordinaria delicadeza y dulzura de su espíritu, es su obra poética y particularmente sus sonetos, verdaderas joyas cinceladas de sencilla y severa elegancia.

Pero antes de hablar de sus obras, quiero dejar consignadas las brevísimas notas que poseo acerca de su vida.

Nació D. Pedro en Montoro, de una familia de labradores, el 1.º de Enero de 1858.

Cursó en Córdoba varios años del Bachillerato, pero habiéndole sobrevenido cierta enfermedad nerviosa, tuvo que apartarse de todo trabajo intelectual, por prescripción facultativa.

No obstante estas prohibiciones, pronto se entregó con entusiasmo al estudio de la filosofía y la literatura, y siendo todavía un niño aparecieron sus primeras poesías en nuestros periódicos.

En 1882 publicó el tomo de poesías titulado *Los Primeros Cantos*, que fué recibido con aplausos por la crítica, y del que, años más tarde, un ilustre poeta de Córdoba, el malogrado Enrique Redel, había de decir: «en las páginas de ese libro veía yo las cosas de la vida como al través de una neblina misteriosa, floridas rejas en noche de luna, sombras de cipreses y siluetas de campanario; en esas páginas todo inspiraba melancolía, y el alma, sin darse cuenta, entre notas de órgano y rezo de monjes y rumor de hojas secas, evocando recuerdos no lejanos, parecía transportarse a las regiones de la leyenda y del misterio».

Desde 1884 a 1887, residió en Madrid, empleado en el Ministerio de



la Gobernación. Estos fueron los años venturosos de su vida. Allí cultivó la amistad de muchas de las principales figuras literarias, concurrió a las bibliotecas, escuchó conferencias y aprovechó, en una palabra, cuantas ocasiones se le presentaron de enriquecer su espíritu.

Por esta época, formó parte de la redacción de *La Tribuna*, que dirigía el ilustre hombre público y elocuente orador don Rafael María de Labra.

Ni que decir tiene, que en la Corte continuó componiendo y publicando sus poesías, a las que Salvador Rueda, con quien tuvo íntima amistad, dedicó en la prensa los mayores elogios.

Y cuando más fundados eran sus entusiasmos y esperanzas, aparece otra vez la siniestra enfermedad, que le fué cortando todos los caminos y cerrándole todos los horizontes.

En su consecuencia, tuvo que regresar a Montoro para vigorizar su sistema nervioso con la tranquila vida del campo.

Tenía entonces treinta años, y los veinte y siete siguientes, hasta su fallecimiento, que ocurrió en el de 1914, los pasó principalmente en Córdoba, haciendo vida modestísima y muy retirada.

También aquí, frecuentó las bibliotecas y el trato de los hombres más eminentes de nuestra ciudad, entre los que, por entonces, descollaba, ya anciano, don Francisco de Borja Pavón.

A su tertulia concurrió D. Pedro. En ella, leyó sus versos, que merecieron calurosos plácemes, y tuvo ocasión de escuchar muchas veces la docta palabra de aquel selecto ingenio, glorioso patriarca de las letras cordobesas, de cuya sabiduría, donaire y elegancia, fué devoto admirador hasta los últimos días de su vida.

Tradujo para la prensa, con notable acierto, multitud de cuentos franceses, y escribió innumerables artículos sobre temas diversos.

Sus poesías, publicadas en los periódicos locales, diéronle fama de exquisito poeta, y algunas fueron premiadas en diversos certámenes.

En 1908, recogió en el libro *Cantos de un Poeta*, prologado (1) por Enrique Redel, la mayor parte de las composiciones que andaban dispersas en diferentes publicaciones.

Escuchad algo de lo que el prologuista escribió con respecto a este libro: «...Sus sonetos son admirables por su rotundidad, por su pompa es-

---

(1) Por cierto que en este prologo y referente a ciertos pormenores de la vida de D. Pedro, he encontrado ligeras diferencias con mis informes, que me fueron facilitados por el notable escritor, hermano de nuestro poeta, don Antonio de Lara.

»pontánea y por la impresión que dejan; pero... en igual caso están las  
»demás composiciones, por lo cual más bien se viene a deducir que el autor  
»es gran poeta...»

Las poesías posteriores a 1908, escritas en su mayor parte con ocasión de fiestas literarias o dedicadas a personas de su aprecio, esperan la mano piadosa que las recoja de los periódicos en que vieron la luz o de los autógrafos que muchos cordobeses conservan, y las reuna en un tomo que guarde para la posteridad, con los dos ya publicados, la obra íntegra de este poeta.

En los últimos años de su vida desempeñó el cargo de bibliotecario del Círculo de la Amistad.

A su despacho de la Biblioteca acudimos sus amigos, y en estas gratas tectulias mantenidas en voz baja para no distraer a los escasos lectores del salón inmediato, brillaban, próximas ya a extinguirse, para siempre, las luces de aquella inteligencia original, de aquel corazón extremadamente bondadoso, de aquella sensibilidad exquisita.

Pero hora es ya de que sus versos sean confirmación de mis palabras. Ellos acertarán a convenceros de que mi admiración no es hija del cariño que le profesaba, porque fué un gran poeta que supo describir maravillosamente los más variados sentimientos, si bien su característica fué la ternura y la delicadeza.

En el siguiente soneto, hay trozos de vigorosa energía:

## A V A R I C I A

Está en el lecho del dolor postrado,  
Y, aunque se encuentra ya tan abatido,  
Con la huesosa mano tiene asido  
El repleto talego idolatrado.

Una nueva desgracia le han contado  
Y una humilde limosna le han pedido;  
Y tampoco esta vez se ha conmovido  
Su corazón, de estiércol atestado.

Por fin llega la Muerte a su aposento:  
Entra y, vagando con su paso lento,  
En torno del avaro da una vuelta:

Este, convulso, su tesoro agarra,  
Y ella, al clavarle la temible garra,  
Le dice quedo y socarrona:—¡Suelta...!

Véase en éstos, como describe de modo insuperable:

### SEMBLANZA

Ved su talle flexible y elegante,  
Su pupila azulada y soñadora,  
La curva de su pecho tentadora,  
Su blanco cuello de marfil radiante.

La dulce paz que reina en su semblante,  
Que con pálidas tintas se colora,  
Sus rojos labios que besó la Aurora...  
Y aplaudiréis que sus bellezas cante.

Ved en su boca breve y hechicera  
Sus dientes, que son perlas y granizos,  
Preciosas joyas que el amor venera.

Y añadid a tan mágicos hechizos  
La espléndida y dorada cabellera  
Que se desata en luminosos rizos.

### EL POTRO CORDOBÉS

De finos miembros, de gentil figura,  
De airosa crín y de soberbia alzada,  
De valiente pupila dilatada,  
Dónde el sol andaluz arde y fulgura.

Ostenta con orgullo la montura,  
Y dócil, por la senda señalada,  
Con entusiasmo emprende la jornada,  
Que nunca es para él larga ni dura.

En la alegre y brillante romería,  
Del picadero en los amenos lances,  
Arrastrando un landó por ancha vía,

De la batalla en los terribles trances,  
Aún luce la pujanza y gallardía  
Cantadas en los clásicos romances.

### VIDA NUEVA

Estás casi en mujer ya transformada:  
Es otro el timbre de tu voz, ameno;  
Hay mayores encantos en tu seno;  
Mucha más expresión en tu mirada.



La sangre por tus venas dilatada  
 Trueca en torrente su raudal sereno,  
 Y afluye al corazón, de vida lleno,  
 Por invisibles fuerzas impulsada.

Te halagan con halago misterioso  
 Sensaciones ayer desconocidas;  
 Y van dando contorno más hermoso

A tus mórbidas formas escondidas,  
 De tu perfil flexible y vigoroso  
 Las líneas elegantes y atrevidas.

Acaso, el más perfecto de todos, verdadero prodigio de técnica y de elegante delicadeza, sea el que titula

## D I A M A N T E

De las piedras preciosas la más bella,  
 Deja que ufano con placer te elija  
 Para engarzarte a la gentil sortija  
 Que será humilde ofrenda para ella.

Sé de mi amada la propicia estrella,  
 Que cualquiera amargura que la aflija  
 Calme amorosa si sus ojos fija  
 En el fulgor que tu cristal destella.

Cuando en la noche y en la reja oscura  
 Sus lindos dedos a mis labios llevé  
 En felices instantes de ternura,

Tú alumbrarás, diamante, con tu leve  
 Fosforescencia misteriosa y pura  
 Su blanca mano de marfil y nieve!

El siguiente, ostenta la brillantez y la elocuencia propias del asunto:

## C O R D O B A

Al notable jurisconsulto y orador  
 don Manuel Enriquez Barrios.

Ciudad patricia cuando fué romana,  
 Delicia de la Bética riente,  
 Y esplendorosa Atenas de Occidente  
 Cuando brillante corte musulmana.

¿Cuál tiene una campiña más lozana,  
Una sierra más bella y floreciente,  
Un cielo más azul y transparente...!  
¿Cuál con tan altos timbres se engalana...!

Todo pregona de su historia el brillo:  
Y hasta evocan ocultas por la yedra  
O bajo el polvo denso y amarillo,

Un recuerdo glorioso cada piedra  
En este edén donde pintó Castillo,  
Nació Morales y cantó Saavedra.

Ved, cómo pinta la naturaleza después de la lluvia:

### POST NUBILA

Huyó la tempestad con sus horrores;  
Del ronco trueno se apagó el ruido,  
Y siguen su concierto interrumpido  
En la selva los pájaros cantores.

Tornan de Abril las perfumadas flores  
A levantar su cáliz abatido,  
Y muestra el iris de la paz, tendido,  
Sus círculos de espléndidos colores.

De nuevo heridas por el sol brillante,  
Las ramas de los árboles, frondosas,  
Lucen más vivo su verdor radiante.

Y desprenden, vibrando rumorosas  
Al blando soplo de la brisa errante,  
Fresca lluvia de perlas luminosas.

Y cómo, igual que las del mundo externo, sabe describir las tempestades del alma:

### CELOS

¿Por qué no escuchas mi sentido canto!  
¿Por qué lágrimas viertes de amargura  
Si de mi ardiente amor estás segura,  
Si sabes, Celia, que te adora tanto!

Cese, bien mío, tu angustioso llanto:  
Alza tu frente nacarada y pura,  
Y déjame gozar de tu hermosura  
El inefable y misterioso encanto!

De tus ojos, soñadas maravillas,  
Las cristalinas luminosas perlas  
Que ruedan por tus pálidas mejillas,

¡Ay! Debieran los ángeles, al verlas,  
Postrados a tus plantas de rodillas.  
En cálices de oro recogerlas!

El poema *El Último Amor*, consta de ocho sonetos que son acaso la expresión más alta de la ternura y de la delicadeza de nuestro poeta. Hay en él palpitations y amarguras tan hondas y tan hermosamente expresadas y tal grandeza de sentimientos, que puede considerarse, sin exageración, digno de figurar entre las obras de nuestros grandes líricos.

## EL ÚLTIMO AMOR

### I

#### DESPEDIDA

¡Adios, Leocadia, adios. Sigue el camino  
Que no propicia te ofreció la suerte;  
Y compadece a aquel que, ¡ay! al perderte,  
Tan rudo golpe descargó el destino!

Por escondida senda peregrino,  
Jamás mis ojos tornarán a verte,  
Astro radioso que apacible vierte  
En otros cielos su esplendor divino!

¡Pronto no habrá sino cenizas frías  
De aquellos ardentísimos excesos  
Que fueron tus venturas y las mías...!

¡Mas sé que aún llevas en el alma impresos,  
Como recuerdos de mejores días,  
Mis canciones, mis cartas y mis besos!

### II

#### EL PARQUE

A la luz del crepúsculo dudoso,  
Que lo baña en dorados resplandores,  
Miro el parque gentil, lleno de flores,  
Que fuera un tiempo nuestro edén hermoso!

Silba en la verja el vendaval medroso;  
Y parece decirme en sus rumores  
Que para siempre huyeron los amores  
De su recinto augusto y misterioso!

¡Cansado el sol en el Poniente arde...  
Declina melancólica la tarde...  
Y siento que redoblan mis angustias,

De la ancha fuente los perdidos ecos,  
Las viejas tapias, los verdores secos,  
Las aves tristes y las flores mustias...!

### III

#### TU RETRATO

Me lo entregaste trémula y callada  
De tu partida en el fatal momento:  
Lo recibí turbado y sin aliento  
Como una cosa para mí sagrada!

Del no aparto un instante la mirada;  
Mas cuando impulsos de besarlo siento,  
Lo retiro con hondo sentimiento  
Por no empañar la imagen adorada!

Aun así no contemplo luminosa  
Esa faz celestial, mi dulce encanto,  
A través de mis lágrimas borrosa...!

Y tú, Leocadia, a quien adoro tanto,  
No vendrás compasiva y amorosa  
Con tu cariño a restañar mi llanto!

### IV

#### CONSUELO

Ya que nada mi espíritu recrea,  
Sumido en melancólica amargura,  
Como deidad de mis ensueños pura  
Dejadme que la invoque y que la vea!

Que en sus pupilas adoradas lea  
La efusión, como ayer, de su ternura,  
Y que su clara lumbre y hermosura  
Consuelo dulce a mis pesares sea...!

¡Dejad que doble la abatida frente  
Y que mire cruzar, indiferente,  
Del mar del mundo las turbadas olas...

Y, en el rincón de mi retiro oculto,  
Que me consagre a su divino culto  
Con mi amargura y su recuerdo a solas!

## V

## VELADAS

Del hogar en las íntimas veladas  
Y al rumor de la lluvia en los balcones;  
Evocando quimeras y emociones  
Entre el bullicio mundanal borradas,

¡Cuántas veces, las manos enlazadas  
Y enlazados también los corazones,  
Forjamos las más locas ilusiones,  
Por dicha luego en realidad trocadas!

¡Y cuántas, sobre el libro reclinados,  
Disfrutamos dulcísimos instantes  
Recorriendo a la par y entusiasmados,

(Del culto ingenio y de lo bello amantes)  
De Maupassánt los cuentos inspirados  
Y de Gautiér las páginas brillantes!

## VI

## ÍNTIMA

¡Hoy que buscando en la amistad consuelo,  
Como otras veces tu amistad invoco,  
Me dices, Carlos, que me juzgas loco  
Y que refrene a mí locura el vuelo!

¡Que no descorra del pasado el velo;  
Que cuando el fin de mis lamentos toco  
Por la que acaso mereció tan poco  
Este profundo y prolongado duelo!

¡Sé para mí tan bondadoso amigo;  
Mas nunca intentes ofender a aquella  
Que compartió mi corazón contigo!

¡Borra tus dudas y tus labios sella:



Porque tanto la quise, que bendigo  
Hasta el dolor que padecí por ella...!

## VII

### SACRIFICIO

¡Sí: será sacrificio sobrehumano  
Arrojar a esas llamas silenciosas  
Sus cartas, las memorias más hermosas  
De aquel tiempo feliz, aún no lejano!

¡Convertir en cenizas y humo vano  
Aquellas escrituras amorosas  
Donde tan bellas y sentidas cosas  
Dictó su pecho y trasladó su mano!

¡Oh dulces cartas con pasión leídas,  
Y con tanto cariño conservadas,  
Y con tanto dolor ¡ay! ya perdidas!

¡Recuerdos de su amor, letras sagradas,  
Ya fuísteis por el fuego consumidas  
Y no sereis por nadie profanadas!

## VIII

### PLEGARIA

¡Señor, vela por ella. Aunque delira  
A veces loca de dolor mi mente,  
Yo no puedo olvidar que tiernamente  
La amó mi pecho y la cantó mi lira!

¡Confórtala si lánguida suspira  
A la memoria de la patria ausente,  
Cuyo amoroso y perfumado ambiente  
A mi lado feliz ya no respira...!

¡No marchites la flor de su belleza,  
Dale el don de cristiana fortaleza,  
La reflexión que las pasiones calma...

Yo, para ser de tus mercedes digno,  
A mi grande infortunio me resigno  
Y alzo a la altura del dolor el alma!

Voy a terminar las lecturas con la poesía *Gracias*, cuya sencillez sabe llegar al alma, y demuestra, como dice Redel, que don Pedro acertaba, no sólo en los sonetos, sino en toda clase de composiciones:

## GRACIAS

Me ha sido, Emilia, muy grata,  
Y guardo, como un tesoro,  
Tu medallita de oro  
Con su cadena de plata.

Medallita que me ofreces  
Como prueba de cariño,  
Y he besado muchas veces  
Con la sencillez de un niño.

Esa joya venerada,  
(Dios perdone mis agravios)  
Es doblemente sagrada,  
Pues la han tocado tus labios.

Ante esa imagen prometo  
Elevar mis oraciones:  
Esa Virgen será objeto  
De todas mis devociones.

En perfumada pradera,  
Cual modesto relicario,  
Del Bétis por la ribera  
Recuerdo tu santuario

Entre huertas y olivares,  
Y mis plegarias sencillas  
Al pie de aquellos altares  
Con mi madre de rodillas.

¡Cuantas veces nos reunimos  
Ante la imagen hermosa,  
Y cuantas veces bebimos  
En la fuente milagrosa!

¡Claro río, azules montes,  
Entretejidos ramajes,  
Espléndidos horizontes  
Y luminosos paisajes...!

¡Madre, que entre amargas penas  
Por mi pensamiento cruzas...!  
¡Serenatas y verbenas  
De mis noches andaluzas...!

Esa imagen, dulce Emilia,

Despierta en mi corazón  
Recuerdos de la familia,  
La patria y la religión!

Por eso me fué tan grata,  
Y guardo como un tesoro,  
Tu medallita de oro  
Con su cadena de plata.

Un detenido análisis de su obra total o la lectura de cuantas composiciones de nuestro poeta merecen ser conocidas, dilatarían mucho esta conferencia. Juzgo preferible darla aquí por terminada, seguro como estoy de que con lo dicho, hay elementos bastantes para despertar, en los que no lo conocieron, el deseo de su estudio; en los que tuvieron la fortuna de tratarlo, los recuerdos que diez y nueve años de ausencia definitiva habrán comenzado ya a desvanecer; y en todos el anhelo de rendir tributo de justicia y de amor a la memoria del sabio modesto y bueno, del poeta de la sencillez y la ternura.

La tragedia de su muerte, que conmovió a Córdoba entera, requiere algún comentario, porque confirma ciertos aspectos de su carácter y arroja vivísima luz sobre su vida.

Como antecedentes, es necesario advertir que don Pedro residía en nuestra capital con dos hermanas suyas, una de las cuales falleció tres o cuatro años antes que el poeta, quedando éste, por tanto, al cuidado de la otra, a la que, por cierto, retenía en cama, desde quince o veinte años atrás, cierta enfermedad nerviosa.

Al finalizar el verano de 1914, creyose D. Pedro enfermo de gravedad y, aunque cuantos médicos lo reconocieron aseguraron que su mal carecía de importancia, desde entonces, la preocupación de los dos hermanos giró alrededor del caso, para ellos muy probable, de la próxima muerte de él y del desamparo y abandono en que élla quedaría.

En el estudio de este problema, llegaron a intervenir, a instancias suyas, algunos de sus más íntimos, buscando y encontrado diversas soluciones, pero entonces, según todos los datos, élla hubo de expresar a D. Pedro su verdadero deseo: morir antes que él, pues la vida, siempre en el lecho, sin los consuelos que le proporcionaba su hermano, única persona de quien se dejaba ver, era más triste y más dura que la muerte...

Algunos meses antes, había circulado por la prensa española, la noticia de un hecho que consiguió impresionar hondamente a los que meditaron algo sobre el mismo. Una madre, fervorosa cristiana, obsesionada por

el porvenir espiritual de sus dos únicos hijos, niños de pocos años, temerosa de que la vida los malease y pudieran ser en su día condenados al infierno, queriendo morir tranquila y segura de su salvación, se decidió a matarlos, suicidándose después, convencida de conseguir para ellos la gloria eterna, a costa de su propia y eterna perdición.

¿Fanatismo? ¿Locura...? Lo que queráis, pero este acto, partiendo de premisas para ella ciertas, es de lógica tan certera, que el espíritu duda si se encuentra ante la más grande de las locuras o la más insuperable de las heroicidades.

Y volviendo al caso de D. Pedro, debo deciros, que cuando el 5 de Diciembre de 1914, lo ví de rodillas, abatido su cuerpo inerte sobre la cama de su hermana, muerta también, y pude conocer los piadosos cuidados que rodearon el hecho, convirtiéndolo para ella en tránsito tan voluntario como inesperado, al mismo tiempo que la pena más honda, sentí en lo profundo de mi alma, que a falta de otras virtudes tiene la suficiente humildad para no erigirse nunca en juez de los actos ajenos, una voz que me decía que allí, entre pavorosos problemas morales, religiosos y científicos, había también la generosidad, la bondad, la abnegación y la ternura que rebosaron siempre en los versos y en la vida del desgraciado poeta.

BENIGNO ÍÑIGUEZ.

6-V-1933.

## SEMANA CORDOBESA

---



Hemos terminado nuestra primera Semana Cordobesa; y al hacer el balance de nuestra obra, queremos destacar dos hechos fundamentales: el primero—estas cosas un poco amargas es preciso decir las en primer lugar, acaso para que pase pronto la pena—ha sido la escasa asistencia del público de Córdoba, que ha coincidido con la falta de colaboración de la mayor parte de los señores que con nosotros forman nuestra colectividad; el segundo, el entusiasmo de unos pocos Académicos y la alentadora presencia de algunos señores que, tan decididamente han contribuído a hacer menos doloroso nuestro aislamiento.

¿Cuáles han sido las razones que han tenido nuestros compañeros para no acudir a nuestro llamamiento y hasta para negarnos su presencia en esta obra que nosotros creemos de pleno cordobesismo? ¿Cómo es que no ha llegado hasta el despacho de los curiosos esta cita nuestra, que quisimos hacer desde el primer momento extensiva a todos cuantos han sentido alguna vez la sollicitación de los temas de nuestra patria? Para nosotros es un secreto, escondido e inexplicable.

Nosotros, desde el mismo momento en que pensamos que esta obra era necesaria para ir dando a conocer a los cordobeses la marcha de nuestra casa, los estudios nuevos que sobre asuntos nuestros surgen todos los años, los hallazgos que a cada momento vienen a enriquecer los monumentos de nuestra historia, creímos que nuestra labor tendría la favorable acogida a que son acredores todos los esfuerzos desinteresados y románticos. Como creímos, y seguimos creyendo, que nuestra labor no es la única eficiente, quisimos levantar la voz de nuestro llamamiento, para que llegara a todos los rincones; y ofrecimos tácitamente nuestra casa—esta casa que siempre, siempre está abierta para todos aquellos que tienen de verdad algo que decir—para que desde ella se expusieran muchas de esas cosas que nosotros ignoramos. Hemos invocado, como argumento máximo, el amor patrio... y ¡triste es decirlo...! todo ha resultado infructuoso. Hemos venido a esta

sala unos cuantos tan sólo, a oír nuestra propia voz a veces, que se hubiera desvanecido en inflexiones de pena, si no hubiera sido por la amable colaboración que nos han ofrecido, ese puñado de amigos que han tenido la cortesía de venir a escucharnos.

Yo no me atreveré a decir que las gentes sabias de nuestra ciudad nos desprecian, porque sería algo demasiado duro que repugna al concepto que yo tengo formado del elemento intelectual de nuestra Córdoba; pero si nuestra voz no les causa desprecio, sí parece que les hace dibujar en sus labios una sonrisa de conmiseración.

Nuestra Semana ha querido ser la semana resumen de lo cordobés en el aspecto intelectual. Ha querido ofrecer el muestrario espiritual de nuestros días, sin sectarismos de ningún género, ofrendando el mismo interés a todas las ramas del saber. Nuestra Academia, que tiene ya probado, al mismo tiempo que su devoción a lo antiguo, su amor y su respeto a lo moderno—se acaba de publicar, como ya saben todos los que me escuchan, un número extraordinario de nuestra REVISTA con trabajos de gente joven, que acaba de llegar a las ciencias y a las artes—, ha querido huír, y lo ha conseguido, de toda estereotipia, y ha resucitado en sus sesiones, ya las cosas viejas—recuérdese a Séneca—ya las de nuestros mismos días—y la figura del poeta Molleja, muerto no hace aún un año, da fe.

Pues bien; nada de esto ha llegado hasta nuestros amigos. El quehacer político de estos días ha tenido seguramente apartados de nuestro lado a muchas gentes que aún no quieren darse cuenta de que, entre todos los quehaceres políticos, es el más importante, sin duda alguna, este quehacer de la cultura, este noble afán de las ciencias y las letras, porque es el que más desinteresadamente une a los hombres, si llamamos desinterés, a la noble despreocupación por las cosas de la materia.

Pero sí, como se ve, somos plenamente sinceros para enjuiciar el hecho de la colaboración que se nos ha prestado, también hemos de decir que lo somos al juzgar nuestro estado espiritual al acabar la Primera Semana Cordobesa. Nosotros nos sentimos satisfechos. Estamos contentos de nosotros mismos, porque hemos llevado a cabo la obra que nos propusimos. No hemos de hablar del resultado científico de nuestra empresa, porque no somos nosotros los llamados a hablar; nos referimos sólo a que hemos abierto el camino para que en años sucesivos, los enamorados de nuestra ciudad traigan a esta casa, solar vivo de las ciencias y de las artes, sus descubrimientos o sus fantasías. Ni por un momento se ha apo-

sentado en nuestras almas nada que no sea noble. El dolor que nos produjo la ausencia, ha pasado, apenas se extinguió el eco de las últimas palabras de don Benigno Íñiguez, que ha sido el último de los amigos que hablaron. Enlazado con esos últimos ecos, levantamos nosotros la voz para hacer de nuevo el llamamiento a todos los cordobeses, y los invitamos de nuevo a nuestra casa, para que vayan preparando sus trabajos, pues nosotros, el año próximo, celebraremos también nuestra semana, la segunda que nuestra casa celebrará, y para ella, queremos llevar lo mejor que en nuestra Córdoba se produzca.

Nuestro amor a nuestra ciudad está sobre todas esas cosas pequeñas que tanto deslucen los mejores entusiasmos; podremos individualmente sentir, porque somos humanos, las pequeñas discordias; pero apenas pasamos los umbrales de esas puertas, olvidamos todo lo nuestro, para no acordarnos más que de esta ciudad, tan grande siempre y todavía guardadora de infinitos secretos que no pueden descubrirse con el trabajo de un día, ni con el talento de un hombre, sino que necesitan la colaboración y el amor de todos.

Seguimos nuestra labor. La Academia marcha, sin pararse, por el camino de la ciencia y del bien, con la frente levantada, y con el alma siempre llena de amor y de paz. Con el aliento de unos pocos tenemos bastante para que nuestro paso sea firme. La Academia marcha.

JOSÉ MANUEL CAMACHO.







# ANTOLOGÍA DE CÓRDOBA

---

## AL EMPEZAR

Con pluma de oro el nombre augusto de Córdoba ha quedado perenne en las páginas de todas las culturas que florecieron en el suelo privilegiado de su solar de eternos destinos. Más que escrito, como esculpido en bronce heróicos y en mármol pentélico. Mejor que nombre es faro, luz antes que sonido. Estrella y raudal, poema y oración, suspiro y arcano, ciencia y santidad.

Al rodar de los siglos, y desde los orígenes de su ser, las esencias de Córdoba se han acendrado hasta la maravilla. Siempre una ciudad, en tiempos un imperio, Córdoba es Córdoba, en el poderío y en la decadencia, en el esplendor y en el ocaso, cuando pierde como cuando triunfa, cuando reza como cuando canta, a la sazón de prodigarse y a la hora de recogerse.

«*De sabiduría clara fuente*». Gala de Andalucía, «Flor de España».

En su corazón y en su mente, ha alentado de continuo para las grandes empresas. Mística o pagana, cristiana o mora, en su entraña palpita sin desmayos el ansia de la inmortalidad. Y le sobran alientos para llegar a la cumbre, porque un espíritu poderoso, magnífico de serenidad, bello de claridades, inmenso de honduras, la sostiene y guía, y la pasea en triunfo por las cimas eminentes de la palabra y de la acción.

El genio cordobés, de que hablara Navarro Ledesma-Séneca, Averroes, Maimonides, Aben Házam, Góngora, Cervantes (indiscutiblemente Cervantes: natural de Córdoba, nacido en Alcalá), se enseñoorea en el curso de las edades en las asambleas de todas las civilizaciones, elevando a los espíritus hacia el norte del ideal «a empeños románticos y a descabelladas empresas», a lo eterno. El alma de Córdoba es impercedera.

Matrona fecunda y sabia maestra, puebla con sus hijos las zonas de los privilegiados. Y en su cielo refulgen nombres de fama universal, y sus

ingenios ilustran los anales patrios, y sus mártires prevalecen en las persecuciones, y en su ámbito florece el Arte en prodigios de piedra y de luz, de plata y de colores, en los que Córdoba toma las formas definitivas de pueblo representativo.

Por tantos felices motivos innumerables, alrededor de Córdoba había de crecer una opulenta fronda literaria. Propios y extraños ingenios, que la han amado con apasionada devoción, la celebraron con entusiasmo, la colmaron de lisonjas, la cantaron con elocuencia. Copiosas las páginas donde las excelencias de Córdoba se exaltan, si se ordenaran, tendríamos la magnífica antología de una de las ciudades más alabadas de la Tierra. Y con el ingente elogio, una hoguera de amor que no se apaga y un caudal de poesía que no se agota. Algo para la sensibilidad y la imaginación como exquisito sustento de selectos espíritus filiales.

He aquí lo que intentamos: ilustrar las páginas de este BOLETÍN con las palabras de los enamorados de la ciudad, especialmente dedicadas a celebrar sus bellezas, y sus gracias y sus virtudes, a evocar sus esplendores, a encomiar su sabiduría. Nada importa un rigor histórico o cronológico en las piezas que compongan la colección. No será empresa crítica sino emotiva, e irán apareciendo, en prosa o verso, antiguas o modernas, según a las manos se nos vengán y las influencias del momento decidan.

Hagamos como el libro de horas de Córdoba, que por donde se abra encontremos la oración fervida del día, grata a la Madre y digna de los hijos.

## A CORDOBA DE MARCIAL

Uncto Córdoba laetior Venafro.

(Libro XII. Ep. 63).

Tú, Córdoba, que en bienes  
abundas, y más gozas  
que la tierra olivífera  
de Venafro untuosa:  
ni menos que allá a Histria,  
bodega vasta y honda,  
el jugo de tus frutos  
de tesoros te colma.  
Tú, que aquellas ovejas,  
que del Galeso en ondas  
emblandecen su lana,

en el albor mejoras:  
 ni con mentida sangre  
 ni púrpura engañosa,  
 mas con nativas tintas  
 tus rebaños coloras:  
 dí, ruégote, a ese hijo  
 que de vate blasona,  
 que más vergüenza gaste  
 y no cante mis trovas.  
 Si él fuese buen poeta,  
 en la moneda propia  
 pagarle yo podría:  
 mas es venganza ociosa,  
 célibe es él, que impune  
 mujeres varias logra,  
 del Talión a la pena  
 sin que su sién exponga:  
 y ciego, que no puede,  
 si sacó a otra persona  
 los ojos, por sí mismo  
 perder el bien que roba.  
 Pues cual ladrón en cueros,  
 no encuéntrase peor cosa;  
 ni hay poeta más seguro  
 que el de menguadas obras.

(Traducción de don Francisco  
 de Borja Pavón).

## ELOGIO DE CORDOBA

Del Maestro Fernán Pérez de Oliva,  
 en su «Razonamiento sobre la navegacion del Guadalquivir».

Amor le tengo y buen deseo, no solamente por la común ley de amar los hombres a su tierra, que les dió padres, y amigos, y leyes, y costumbres, y acogimiento en las adversidades, mas también por la mucha excelencia de Córdoba y gran fama de los suyos, que todas las gentes conocen y todas las escrituras celebran, con tanta admiración, que parece que la sabiduría y la fortaleza, por las cuales los hombres se gobiernan y se defienden, hijas engendradas son de vuestra ciudad y moradoras de ella.

Roma, que en riqueza y señorío tuvo gran ventaja, en esto otro no se compare, que si muchos buenos tuvo, los malos también fueron muchos. Y así ha acontecido en todas las gentes que de su nombre hicieron

fama, que entre mil pecados señalaban un hecho bueno. Sólo Córdoba mereció pura alabanza, no mezclada con vituperio, cuyos hijos en las ciencias son tomados por guía y en las virtudes por ejemplo, y en todas las memorias de los hombres, muchos tomados por buenos y ninguno por malo.

Troya, cuyo Héctor se honrará por muchos siglos, engendró también a París, que le llevó fuego en que ardiese, y a Eneas y a Antenor, que la pusieron en él. Las grandes ciudades de Grecia, a do hubo sabios y animosos, los mismos suyos las disiparon. Pues si a la memoria traeis a Babilonia, a Cartago y a otras ciudades que fueron nobles, en todas vereis cosas que por vergüenza deben encubrir. En nuestra ciudad no hubo cosa que no deseemos ponerla en los ojos y en los oídos de todas las gentes, pues grandes tiempos fué el escudo de toda España, do los moros quebraban sus armas y fuerzas, y fué después el cuchillo de todos ellos.

Siempre leal, siempre guerrera, siempre aparejada al servicio de su Rey: cierto, si las otras ciudades de España a ella parecieran, no fuera el tirano Rodrigo, señor de España, no entraran en ella moros, no echaran de nuestros templos nuestra santa religión, no sembraran en los corazones de los cristianos la secta maldita de Mahoma, no nos dieran que llorar en la sangre de los nuestros hasta nuestros días. Si las otras ciudades de España a esta parecieran, no fuera el reino... inobediente a su buen Príncipe, no prevaleciera el furor del pueblo, no fueran los buenos sojuzgados y favorecidos los malos, no fueran los templos robados y quemados los pueblos, y forzadas las vírgenes, no fuera vertida la sangre de los naturales con las armas de sus parientes. No fuera la tierra vacía de justicia y llena de temor. Esta sola ciudad acogió la paz, ésta la justicia, ésta la obediencia del Rey, que venían desterradas de toda España, y vertió la sangre de sus naturales, porque tuviesen seguro reposo; con la cual dió desconfianza a todos los malos pensamientos, y echó agua en los fuegos que se encendían, y puso freno a los comarcanos.

Todas estas cosas, porque de los Príncipes no habían de ser tan bien galardonadas como merecidas, Dios, que del pago de todas las buenas obras se encarga, quiso pagarlo en la natura de la tierra, porque fuese don perpetuo; la cual es tan poderosa en los frutos, tan cierta en los tiempos, tan extendida en los campos, que pareció a Homero, padre de la sabiduría griega, que éstos debían ser los Campos Elíseos, campos de felicidad, do los gentiles creían que las ánimas de los buenos iban a recibir galardón de lo que por virtud habían merecido. Plinio también, en la sa-

lida de su obra, hizo honor a su tierra, comparándole la nuestra en riqueza de suelo.

Esta riqueza es de tres partes: sierra, llanura y río. La sierra da vino, aceite, leña y caza y frutas y aguas; la llanura da lanas, carne y pan en tanta abundancia, que falta gente y sobra tierra, y el río, que es la mayor parte de esta riqueza, puso Dios por medio de las otras dos para que lo que os sobra llevase a otras gentes y los hiciese participantes de la fuente de los bienes do vivís, a donde viniesen como a obediencia a pedir socorro de la vida...



